
AMOR EN
MANHATTAN
NOMAYA JAX

Amor en Manhattan

Novela Romántica Contemporánea (Spanish Edition)

Nomaya Jax

Copyright © 2024 by Nomaya Jax

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en cualquier forma sin el permiso por escrito del editor o autor, excepto según lo permitido por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos.

Advertencia: La reproducción o distribución no autorizada de este trabajo protegido por derechos de autor es ilegal. La infracción penal de derechos de autor, incluida la infracción sin ganancia monetaria, es investigada por el FBI y se castiga con hasta cinco años de prisión y una multa de $250,000.

El derecho de Nomaya Jax a ser identificada como la autora de la obra ha sido afirmado por ella de conformidad con la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de1988.

Todos los personajes de esta publicación son ficticios, cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Contents

Amor en Manhattan
1. Capítulo 1
2. Capítulo 2
3. Capítulo 3
4. Capítulo 4
5. Capítulo 5
6. Capítulo 6
7. Capítulo 7
8. Capítulo 8
9. Capítulo 9
10. Capítulo 10
11. Capítulo 11
12. Capítulo 12
13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Capítulo 15
16. Capítulo 16
17. Capítulo 17
18. Capítulo 18
19. Capítulo 19
20. Capítulo 20
21. Capítulo 21
22. Capítulo 22
23. Anteprima: Sé mía

24. ¡Gracias!

Amor en Manhattan



Una madre soltera, un CEO multimillonario y un amor que ninguno de nosotros vio venir.

Cuando el soltero más codiciado de Manhattan entró en mi vida, no estaba buscando un héroe—solo intentaba sobrevivir.

Él vio las grietas en mi armadura, los miedos que escondía detrás de mi sonrisa, y no solo quería arreglarme. Lo quería todo.

Pero enamorarme de él no era simple—está mi hija, y un pasado que se niega a dejarme ir.

Su mundo está lleno de riqueza y secretos, ¿y el mío? Es desordenado, real, y ya complicado de maneras que él no podría imaginar.

Nuestra pasión es innegable, pero cuando la vida nos lanza un giro inesperado, el amor por sí solo podría no ser suficiente.

Ahora, tengo que decidir: luchar por el hombre que me hace sentir viva, o proteger mi corazón de un amor que podría cambiarlo todo.

1

EMMA

El reloj de la mesita de noche marca las 9:03 de la noche. Los suaves rizos rubios de Bella brillan bajo la cálida luz de la lámpara mientras está acurrucada en mi regazo, sus pequeñas manos aferrándose a los bordes de su libro favorito: La Oruga Muy Hambrienta. Lo adora, aunque lo hemos leído tantas veces que me sé las palabras de memoria.

"A ver, Bella. ¿Qué comió la oruga después?", pregunto, usando un tono melodioso para mantener su atención.

"¡Cuatro fresas!", exclama triunfante, sus ojos azules —tan parecidos a los de Jake que me produce un dolor en el pecho— iluminándose. Se inclina hacia adelante, señalando la página. "¡Mira, mami, fresas!"

"Así es, mi amor. Muy bien." Le doy un beso en la coronilla, aspirando el familiar aroma a champú de bebé y su paleta de cereza favorita, esa que había insistido en comer antes de dormir.

Este es mi momento favorito del día: solo nosotras dos, sus risitas llenando el silencio, su cuerpecito cálido contra el mío. Por un momento, me olvido de las facturas vencidas y del dolor en mis pies después de otro turno. Por un momento, solo existimos Bella y yo, y el resto del mundo deja de importar.

Estoy a punto de pasar la página cuando mi teléfono vibra en la mesita. La pantalla se ilumina con el nombre de Jake, y se me revuelve el estómago.

"¡Papi!", chilla Bella, estirándose hacia el teléfono. Me obligo a sonreír y se lo entrego.

"Adelante, mi cielo. Dale las buenas noches a papi."

Presiona el botón verde con su pulgar, sus deditos torpes pero decididos. "¡Hola, papi!", gorjea, su rostro iluminándose cuando la imagen de Jake llena la pantalla.

"Hola, princesa", dice Jake, su voz suavizándose como siempre lo hace con ella. Por un momento, me permito observarlos. Sin importar lo que Jake sea —mentiroso, infiel, un egoísta de mierda— sigue siendo su padre. Ella lo ama, y no puedo quitarle eso.

"¿Comiste toda tu cena esta noche?", le pregunta, y ella asiente con entusiasmo.

"¡Comí macarrones con queso y brócoli! Mami dice que el brócoli me hace fuerte."

"Esa es mi niña", dice él, sonriendo. Luego su tono cambia mientras añade: "¿Le puedes pasar el teléfono a mami un momento?"

Bella me mira, ofreciéndome el teléfono como si fuera un tesoro. "Mami, papi quiere hablar contigo."

Siento que me invade el temor mientras tomo el teléfono. "¿Qué pasa, Jake?"

"Tenemos que hablar de nosotros", dice, su voz cargada de esa familiar mezcla de frustración y súplica. "De nuestra familia."

Miro a Bella, que ahora está sentada con las piernas cruzadas, trazando las imágenes de su libro con un dedito. Se ve tan inocente, tan ajena a la tensión que burbujea entre sus padres. "No hagamos esto ahora", digo en voz baja, manteniendo un tono neutral.

"¿Entonces cuándo?", espeta Jake, su voz elevándose ligeramente. "¿Vas a ir a trabajar a ese trabajo de mierda otra vez esta noche? ¿Sirviendo tragos a un montón de ricos imbéciles?"

Aprieto la mandíbula, pero mantengo la voz firme por el bien de Bella. "Ya te dije, Jake. Ahora no es el momento."

Exhala bruscamente, y casi puedo verlo pasándose la mano por el pelo, como siempre hace cuando está molesto. "¿No lo extrañas? ¿No extrañas que yo me ocupara de ti y de Bella? No tenías que trabajar en ese entonces. No tenías que..."

Lo interrumpo antes de que pueda empezar con el mismo argumento de siempre. "Jake, ya hemos hablado de esto."

Él no se detiene. "Te debe gustar trabajar ahí, ¿no? Vestirte como una..."

Corto la llamada antes de que pueda terminar la palabra. Mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras dejo el teléfono en la mesita, volteándolo para no tener que mirarlo. Bella me mira, frunciendo el ceño.

"Mami, ¿por qué papi dejó de hablar?"

Me obligo a sonreír, con un nudo en la garganta. "Ay, es que tenía que irse, mi amor. ¿Terminamos tu libro?"

Ella asiente, aparentemente satisfecha, y se acurruca de nuevo en mi regazo. Tomo el libro, con las manos temblando ligeramente, y termino de leer sobre la oruga que comió demasiado y finalmente se convirtió en mariposa.

Para cuando Bella está dormida, su cuerpecito acurrucado bajo su manta rosa, siento como si hubiera corrido un maratón. La arropo, le doy un beso en la frente antes de apagar la luz y me deslizo fuera de la habitación.

Mi madre me espera en la cocina, con las manos envolviendo una taza de té. Levanta la mirada cuando entro, su expresión suavizándose al ver mi cara.

"Volvió a llamar, ¿verdad?", pregunta, sin esperar siquiera a que me siente.

Me desplomo en la silla frente a ella, apoyando la cabeza entre mis manos. "Sí. Quería hablar de 'nosotros'."

Mamá resopla, un sonido amargo. "Él perdió el derecho de hablar de 'nosotros' después de lo que hizo. Nunca debiste estar con él en primer lugar."

Pongo los ojos en blanco. "No empieces otra vez, mamá."

"No, necesitas escucharlo", dice, inclinándose hacia adelante. "Te lo dije en la preparatoria que no era suficiente para ti. Pero no quisiste escuchar. Pensaste que era un Príncipe Azul, y mira dónde te dejó eso."

"Mamá, ya no soy una niña. Sé que cometí errores." Mi voz se quiebra, y odio la manera en que me arden los ojos. "Pero lo estoy intentando. Estoy haciendo lo mejor que puedo."

Su expresión se suaviza, y estira la mano sobre la mesa para apretar la mía. "Lo sé, mi amor. Y estoy orgullosa de ti. Pero no lo necesitas. Nunca lo necesitaste."

Asiento, tragándome el nudo en la garganta. "Es que... me siento tan culpable, ¿sabes? Dejar a Bella para ir a trabajar, depender tanto de ti y de papá. Es como si le estuviera fallando."

"No le estás fallando", dice mamá con firmeza. "Estás haciendo lo que tienes que hacer para darle una buena vida. Tiene suerte de tenerte."

Asiento de nuevo, aunque la culpa sigue pesando en mi pecho. "Gracias, mamá."

Sonríe. "Ahora, ve a prepararte para el trabajo. Y no dejes que ese idiota te arruine la noche."

Me levanto, tomando mi chaqueta del respaldo de la silla. Mientras me dirijo a la puerta, miro hacia el cuarto de Bella, y se me encoge el corazón al pensar en dejarla. Pero mamá tiene razón. Estoy haciendo lo que debo hacer.

Al menos, eso me digo mientras salgo a la noche, lista para enfrentar otro turno en el bar.

El viaje al trabajo es silencioso, excepto por el suave murmullo de la radio del coche. Normalmente no me molesta el silencio; me da tiempo para pensar, aunque esos pensamientos suelen convertirse en preocupaciones. Esta noche no es diferente. Mi mente repite la conversación con Jake. ¿No extrañas que yo me ocupara de ti?

La verdad es que sí extraño lo fácil que eran las cosas cuando Bella acababa de nacer. Jake se encargaba de las facturas, del mercado, de todo. Pero esa versión de él parece de otra vida. Sacudo la cabeza, obligándome a concentrarme en el camino. Darle vueltas no cambiará nada.

El bar ya está lleno cuando entro, el murmullo de las conversaciones mezclándose con el tintineo de los vasos y las notas suaves de una lista de música rock clásica. Me deslizo detrás de la barra, atándome el delantal y saludando con un gesto rápido a mi jefa, Carla, quien arquea una ceja por mi ligero retraso pero no dice nada.

No es el peor trabajo del mundo, pero tampoco es lo que soñé. Las noches largas, los clientes borrachos, las miradas lascivas... es agotador. Sin embargo, paga las cuentas, y eso es lo que importa. Por ahora, al menos.

Un par de horas después de empezar mi turno, lo veo. Daniel. Está sentado en su lugar de siempre al final de la barra, su cabello oscuro perfectamente peinado, las líneas elegantes de su traje resaltando bajo la luz tenue. No es ostentoso como algunos otros clientes habituales. Sin logotipos de diseñador gritando por atención, sin cadenas de oro ni conversaciones ruidosas. Solo una confianza tranquila, de esas que hacen que la gente lo note sin que él siquiera lo intente.

Pide lo mismo de siempre: un bourbon solo, de la mejor marca. Ya ni siquiera tengo que preguntarle.

"Buenas noches, Daniel", digo, sirviendo su trago y deslizándolo por la barra.

"Gracias", responde, con voz baja y suave. Levanta la mirada hacia mí, y por un segundo, nuestros ojos se encuentran. Hay algo ahí, algo no dicho pero eléctrico. No es la primera vez que lo siento, pero siempre lo aparto. Los hombres como él no se mezclan con mujeres como yo.

"¿Todo bien esta noche?", pregunto, más por costumbre que por verdadera curiosidad. La charla ligera es parte del trabajo, después de todo.

Asiente, tomando un sorbo de su bebida. "¿Y tú?"

Dudo. Es una pregunta tan simple, pero me toma por sorpresa. La mayoría de la gente ni se molesta en preguntar. "Sí, estoy bien", digo finalmente, forzando una pequeña sonrisa.

No insiste más, solo asiente de nuevo y vuelve su atención a la copa que tiene en la mano. La interacción es breve, como siempre, pero se queda rondando en mi mente mientras avanza la noche.

Cerca de la medianoche, el bar empieza a vaciarse. Estoy limpiando la barra cuando Carla se acerca por detrás, con las manos en la cintura.

"Daniel sigue aquí", dice, señalando con la cabeza hacia su rincón.

Echo un vistazo. Está saboreando su segunda copa, con una expresión indescifrable. "¿Y qué?"

"Pues", dice con una sonrisa maliciosa, "que solo se queda hasta tan tarde cuando tú estás trabajando."

Pongo los ojos en blanco, ignorando el calor que me sube a las mejillas. "No empieces."

"Oye, solo digo. ¿Un soltero multimillonario, siempre sentado en tu sección, que apenas le dirige la palabra a nadie más? Suena a historia de novela."

"No es así", insisto, aunque mientras lo digo, ni yo misma estoy segura de creerlo.

Carla solo se ríe y se aleja meneando la cabeza. Me concentro en mi trabajo, negándome a dejar que sus bromas me afecten.

Mientras termino mi turno, Daniel se acerca a la barra con el abrigo sobre el brazo.

"Gracias, como siempre", dice, dejando un billete de cincuenta impecable sobre la barra.

"Sabes que no tienes que dejar tanta propina", le digo, dándole su cambio por costumbre.

"Lo sé", responde, sus labios curvándose en el más leve asomo de sonrisa. "Buenas noches, Emma."

"Buenas noches", digo, observándolo mientras se dirige a la puerta.

El resto de la limpieza pasa rápido, y cuando me doy cuenta, ya estoy de vuelta en mi coche, con el suave ronroneo del motor llenando el silencio. Pienso en Daniel, en cómo pronunció mi nombre, como si fuera algo digno de atesorar. Es un pensamiento peligroso, uno que no me puedo permitir.

Cuando regreso a casa de mi madre, las luces de la sala siguen encendidas. Entro, me quito los zapatos y me deshago de la chaqueta. Mamá está sentada en el sofá con un libro en el regazo, pero levanta la vista cuando entro.

"¿Qué tal el trabajo?", pregunta.

"Bien", digo, dejándome caer en el sillón frente a ella.

Me observa un momento, con el ceño fruncido. "Te ves cansada."

"Lo estoy", admito. "Pero no es nada nuevo."

Deja el libro a un lado, suavizando su expresión. "Jake no volvió a llamar, ¿verdad?"

Niego con la cabeza. "No, no desde antes. Pero... siempre encuentra la manera de meterse bajo mi piel."

Mamá suspira, con las manos entrelazadas en su regazo. "Ojalá lo bloquearas. O por lo menos dejaras de contestarle las llamadas."

"No puedo", digo, con la voz apenas audible. "Es el padre de Bella."

"Eso no significa que tenga derecho a tratarte así", dice con firmeza. "Te mereces algo mejor, Emma. Bella se merece algo mejor."

Asiento, pero la culpa vuelve a aparecer, instalándose pesadamente en mi pecho. "Es que... no quiero que me odie algún día. Por mantenerlo alejado."

"No lo hará", dice mamá, con un tono suave pero decidido. "Va a ver lo duro que trabajaste, cuánto sacrificaste por ella. Y te va a amar por eso."

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas, pero las contengo. "Gracias, mamá."

Sonríe y se estira para apretarme la mano. "Ve a dormir, mi amor. Te lo has ganado."

Asiento, me levanto y me dirijo al cuarto de Bella. Sigue profundamente dormida, su cuerpecito acurrucado bajo las mantas, su pelo rubio desparramado sobre la almohada. Le aparto un mechón de la cara, y mi corazón se hincha de amor y culpa a la vez.

"Lo hago por ti, mi vida", susurro, con la voz apenas audible. "Te lo prometo."

Mientras me meto en la cama unos minutos después, mis pensamientos vuelven a Daniel. Su presencia tranquila, la manera en que parece notar cosas que la mayoría no ve. Una parte de mí se pregunta cómo sería dejar entrar a alguien como él, volver a confiar.

Pero sé que es mejor no hacerlo. Los hombres como él no se quedan. Y ya tengo suficiente en mi plato como para añadir otro corazón roto a la mezcla.

DANIEL

El sol de la mañana se filtra a través de las cortinas transparentes de mi ático, bañando los muebles elegantes con un resplandor dorado. Ya estoy despierto, sentado al borde de mi cama, mirando fijamente mi teléfono. El horario del día está repleto, como siempre, pero mi mente no está en las reuniones directivas ni en la próxima gala benéfica.

Está en Emma.

Ni siquiera debería saber su nombre. Pero lo sé. Hace dos meses, entré en ese bar después de una reunión especialmente brutal con la junta directiva. No buscaba conversación, y definitivamente no buscaba nada —ni a nadie. Pero entonces la vi.

No era como las otras mujeres a las que estoy acostumbrado. Esas que van cubiertas de marcas de diseñador, con sonrisas calculadas y falsas. No, Emma era... radiante. No de una manera pulida y artificial. Real. Su largo cabello oscuro, recogido en una coleta despeinada, aún lograba atrapar la luz mientras se movía detrás de la barra. Sus ojos color avellana eran agudos, observadores, pero también había una suavidad en ellos.

Les sonreía a los clientes, pero la sonrisa no llegaba a sus ojos. Se veía cansada, casi frágil, como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros. Y aun así, se movía con determinación, sirviendo tragos, tomando pedidos, manejando todo con una gracia natural. Me quedé hipnotizado.

Dos meses. Es el tiempo que llevo yendo a ese bar, pidiendo el mismo bourbon, solo para tener la oportunidad de verla. Es educada y profesional. No adula ni coquetea como las otras. Apenas me mira, en realidad. Pero cuando lo hace... es como si el resto del mundo se desvaneciera.

Sacudo la cabeza, pasándome una mano por el pelo. No tengo tiempo para esto. A los treinta y dos años, no puedo darme el lujo de distraerme. No cuando he pasado años reconstruyendo todo lo que casi destruí.

El recuerdo de la cara decepcionada de mi padre aún me persigue —aquellos primeros días después de que me entregara la empresa cuando tenía veintiocho años. Tenía demasiado dinero, demasiada libertad, demasiado poder. Perdí el rumbo, gasté dinero como agua y coleccionaba modelos como si fueran cromos. La prensa rosa se dio un festín con el niño de oro de la familia Hart fuera de control.

Entonces papá enfermó. El estrés, dijeron los médicos. Ver a su hijo destruir todo lo que había construido. Esa fue mi llamada de atención. Enderecé mi vida, pero incluso ahora, cuatro años después, puedo ver el resentimiento que persiste en sus ojos. Algunas heridas nunca sanan por completo.

Me levanto y me dirijo al baño, donde las luces automáticas se encienden al entrar. El espacio es de mármol frío, como todo lo demás en mi vida. Eficiente. Impersonal.

La ducha es rápida, y en quince minutos ya estoy vestido con un traje a medida, la tela oscura ajustándose perfectamente a mi cuerpo. Mi chofer ya está esperando abajo cuando agarro mi maletín y entro al ascensor.

El trayecto a la oficina es suave, el perfil de la ciudad pasando como un borrón. Cuando llego al vestíbulo del edificio, Angela ya está esperando en mi despacho, sentada en la silla frente a mi escritorio. Tiene la tableta apoyada en la rodilla y ni se molesta en levantar la vista cuando entro. Después de cuatro años juntos, se ha ganado ese derecho. Me ha visto en mis peores momentos y me ha ayudado a reconstruirme en los mejores. Su lealtad inquebrantable y su discreción la han vuelto invaluable —es la única persona, además de mi padre, que conoce todos los esqueletos en mi armario, cada error que he cometido y cada paso que he dado para enmendarlo.

"Buenos días, señor Hart", dice, sus dedos moviéndose por la pantalla. "La llamada con Londres está programada para las nueve. Después tiene una reunión con el equipo de diseño a las diez y media para finalizar el lanzamiento de otoño. El almuerzo en el club con el señor Reynolds sigue confirmado para las doce y media. Y necesitamos hablar de la gala."

Me sirvo un café de la máquina en la esquina. "¿Qué pasa con la gala?"

"Necesita una acompañante", dice simplemente, mirándome. "No sería conveniente que fuera solo. Hemos trabajado demasiado en su imagen estos últimos años como para darle munición a las revistas del corazón."

Reprimo un gruñido. Tiene razón, por supuesto. Estas galas son parte del trabajo, pero nunca son algo que espere con ansias. Lo último que necesito es aparecer solo y que los medios empiecen a especular sobre el regreso del antiguo Daniel Hart, el playboy imprudente que casi destruye el legado familiar.

"Supongo que ya tienes una lista", digo, acomodándome en mi silla.

Sonríe con suficiencia, deslizando el dedo por su tableta. "Por supuesto. Veamos... Cecilia Rossi está de vuelta en la ciudad. Acaba de lanzar una nueva colección, y seguro que le encantaría la publicidad. Lila Martínez es otra opción. Ha estado preguntando por usted últimamente, por cierto. Y luego está Sophia Smith: discreta, refinada, sin compromisos."

Me recuesto en la silla, bebiendo mi café mientras ella enumera nombres. Cada uno me resulta familiar, y no de buena manera. Modelos, influencers, socialités: el tipo de mujeres que lo dejarían todo por la oportunidad de ser fotografiadas de mi brazo. El tipo de mujeres que he llevado a eventos como este innumerables veces. El tipo de mujeres que me recuerdan a una vida que he dejado atrás.

Y aun así, la idea de llamar a cualquiera de ellas me revuelve el estómago.

Angela hace una pausa, mirándome por encima de su tableta. "¿Sigo?"

"No", digo, dejando la taza. "Esta vez no."

Levanta una ceja. "¿No?"

"No", repito, con un tono más firme. "No me interesa ninguna de ellas."

Su ceño se frunce más, y deja la tableta sobre el escritorio. "Estás apurando los plazos, Daniel. No tenemos tiempo que perder."

"Ya me las arreglaré", digo, aunque sé exactamente a quién quiero llevar.

La idea ha estado en mi cabeza desde el momento en que vi a Emma.

Es absurdo. Ilógico. Es camarera, no modelo ni socialité.

Probablemente ni siquiera tenga un vestido de gala, mucho menos sepa qué tenedor usar en una cena formal. Pero nada de eso importa. No puedo dejar de pensar en cómo se vería su pelo oscuro recogido bajo las luces brillantes de la gala.

Cómo brillarían esos ojos color avellana cuando se diera cuenta de que pertenece allí, tanto como cualquier otra.

La voz de Angela me saca de mis pensamientos. "¿Está seguro? Puedo contactar a Cecilia, tenerla confirmada para el mediodía..."

"He dicho que no", la interrumpo, con un tono más cortante de lo que pretendía. "Yo me

encargo."

Me mira por un momento, luego asiente. "Muy bien. Pero recuerde que es un evento importante."

"Lo sé", digo, ya levantándome. La reunión del equipo está por empezar y necesito concentrarme. Pero mientras me dirijo a la sala de conferencias, mis pensamientos siguen volviendo a ella.

Emma no tiene idea de lo que me ha hecho. No tiene idea de que, por esta gala, planeo convertirla en el centro de un mundo que ni siquiera ha soñado.

3

EMMA

El aroma a pancakes inunda la cocina, dulce y reconfortante.

Mis manos se mueven por instinto mientras corto el desayuno de Bella en pequeños cuadrados, perfectos para sus deditos. Los trozos dorados brillan con el jarabe, cada uno cortado con la precisión que solo da el conocer exactamente cómo le gustan las cosas a tu hija.

Deslizo el plato frente a ella en la mesa del comedor, donde ya está sentada, con los ojos pegados a la tableta que tiene delante. El suave resplandor de la pantalla ilumina su rostro mientras mira su programa favorito: una serie animada sobre animales parlantes en una gran aventura. Ni siquiera sé el nombre, pero la hace reír, y eso es lo único que importa. Esa risa es el sonido de todo lo puro y bueno en mi mundo.

"¡Gracias, mami!", exclama Bella, agarrando su tenedor y pinchando un trozo de pancake con toda la fuerza que su manita de tres años puede reunir. Su determinación me llena el corazón de orgullo: sin duda heredó mi terquedad.

"De nada, mi amor", le respondo, sonriendo mientras me siento a su lado. La luz de la mañana se filtra por la ventana de la cocina, realzando los reflejos dorados de sus rizos—los rizos de Jake, pienso con esa punzada tan familiar.

Señala emocionada la pantalla, su carita iluminándose con esa alegría pura y sin filtros que solo poseen los niños. "¡Mira, mami! ¡El conejito tiene una capa!"

Echo un vistazo a la tableta, agradecida por la distracción de mis pensamientos. Efectivamente, el conejo animado luce una capa de superhéroe mientras vuela por el bosque. "¡Ya lo veo, mi cielo! ¡Super Conejo al rescate!", exagero, ganándome una carcajada sonora.

Ella ríe y vuelve a su plato, tarareando la melodía del programa.

Momentos como este son por los que vivo: su alegría pura, su vocecita llenando los espacios silenciosos de mi vida. Son los momentos que hacen que valgan la pena las noches en el bar, que hacen que cada sacrificio se sienta más ligero.

Me levanto y me dirijo a la encimera para servirme café.

El aroma amargo llena el aire mientras vierto el líquido humeante en mi taza desportillada favorita. Mi madre está sentada en la encimera, con los brazos cruzados, mirándome con esa expresión que siempre pone cuando está a punto de decir algo que no quiero escuchar. Conozco demasiado bien esa mirada; la he visto innumerables veces durante los últimos tres años.

"Mi amor", empieza, con voz cuidadosa pero firme, como si se acercara a un animal herido. "Deberías considerar mudarte con tu padre y conmigo."

"Mamá...", suspiro, girándome para apoyarme en la encimera, con el café calentando mis manos. "Ya hemos hablado de esto. Necesito mantener mi apartamento. Es importante para Bella y para mí."

Ella niega con la cabeza, frunciendo los labios de esa manera que me recuerda todas las veces que se ha preocupado por mí. "Emma, estás pagando mil seiscientos dólares al mes por un lugar donde apenas estás. Pasas más tiempo aquí que allá, y Bella ya tiene su propia habitación aquí. Te estás matando trabajando por ese lugar."

Miro por la ventana, evitando su mirada, observando cómo la luz de la mañana dibuja sombras en el patio trasero donde solía jugar de niña. El mismo patio donde Bella ahora construye sus castillos de arena. "Simplemente no quiero que piense que dependo de los abuelos para siempre."

Su tono se suaviza, cargado de años de preocupación maternal. "Mi amor, tu padre es camionero. Yo estoy sola la mayor parte del tiempo. Tú siempre estás trabajando o durmiendo aquí después de tus turnos. Tiene sentido."

"No sé, mamá", admito, removiendo el café en mi taza, viendo cómo el líquido oscuro crea un pequeño remolino. "Tal vez lo piense. Es solo que... no quiero perder toda mi independencia."

Independencia—lo que Jake me había arrebatado lentamente, poco a poco, hasta que apenas me reconocía en el espejo.

No dice nada por un momento, pero puedo sentir su mirada sobre mí. Amo a mi madre. Es mi roca, mi red de seguridad cuando todo se derrumba. Pero a veces, su manera de revolotear a mi alrededor se siente como un peso que no puedo sacudirme. Tiene buenas intenciones, pero tiene la costumbre de meterse donde no debe, como cuando intenta hacer de madre con Bella cuando yo soy perfectamente capaz de hacerlo por mí misma.

La risa de Bella me devuelve al momento. "Bien, mi amor, vamos a limpiar", digo, moviéndome para tomar su plato.

"¡No, mami! ¡Quiero ver mi programa!", protesta, con su labio inferior sobresaliendo en un puchero perfecto.

"Ya sé, mi cielo, pero papá va a venir a recogerte hoy. Tenemos que prepararnos", le digo suavemente, colocando un mechón de pelo detrás de su oreja. Mis dedos se demoran en sus suaves rizos, saboreando el momento antes de tener que dejarla ir.

Su cara se ilumina como si fuera Navidad. "¿Papá?"

"Sí", digo con una pequeña sonrisa, ignorando el nudo que se forma en mi estómago. "Vas a dormir en casa de papá esta noche."

Aplaude, chillando de emoción. "¡Síii!"

La levanto de su silla y la pongo en el suelo. "Vamos a elegir tu ropa, ¿vale?"

Asiente con entusiasmo, corriendo hacia su habitación delante de mí, sus pequeños pies resonando contra el suelo de madera. Juntas, elegimos su vestido rosa favorito, el que tiene pequeñas mariposas que Jake le compró el mes pasado. Levanta su conejito de peluche —"Saltarín", como ella lo llama— y lo abraza fuertemente. La tela desgastada cuenta historias de incontables noches de consuelo, de lágrimas secadas, de noches sin monstruos bajo la cama.

"¿Quieres llevar a Saltarín contigo?", le pregunto, aunque ya sé la respuesta.

"¡Sí!", exclama con un firme movimiento de cabeza, sus rizos bailando con el gesto.

La ayudo a hacer su maleta y agarro mi bolso, verificando dos veces que todo está en orden. Mi madre sigue observándome cuando regreso a la cocina, con expresión preocupada.

"Te tiemblan las manos, mi amor", dice suavemente, señalando con la cabeza mis dedos temblorosos mientras cierro la mochila de Bella. Tiene razón: siempre me tiemblan en días como este, días en los que tengo que enfrentarme a él.

Fuerzo una sonrisa, la misma que he perfeccionado tras años sirviendo copas a clientes pesados, lidiando con los cambios de humor de Jake, fingiendo que todo va bien. "Estoy bien, mamá. De verdad. Solo que... no me emociona esto, eso es todo."

No parece convencida pero no insiste. "Como te dije, piensa en mudarte. Podemos hablar con tu

padre..."

"Mamá, por favor", la interrumpo, exhalando profundamente. Cruzo la habitación para abrazarla, necesitando terminar la conversación antes de que se convierta en otra ronda de debates. El aroma familiar de su perfume —el mismo que ha usado desde que era pequeña— me envuelve como una manta protectora. "Lo pensaré, ¿vale?"

Asiente a regañadientes, y recojo la mochila de Bella, su tableta y a Saltarín antes de tomarla en brazos.

La abrocho en su sillita, colocando la tableta frente a ella con su programa ya en marcha —mi intento de crear una burbuja de normalidad a su alrededor.

"¡Mami, quiero a Saltarín!", se queja Bella, arrugando su carita con frustración.

"Vale, mi amor, aquí tienes", le digo, entregándole el conejito. Le beso la frente antes de cerrar la puerta, demorándome un momento mientras la veo acurrucarse contenta con Saltarín.

Guardo la maleta en el maletero, me deslizo en el asiento del conductor y arranco el coche. Mientras conduzco a casa, siento que el pecho se me oprime con cada kilómetro que pasa. Odio compartir la custodia de mi hija. Me preocupo tanto cuando no está conmigo, pero ¿qué otra opción tengo?

Cuando aparco, Bella ya está desabrochándose el cinturón. "¡Papá!", grita, su emoción es palpable. Se me revuelve el estómago al ver su coche ya estacionado.

Apago el motor y bajo. La ayudo a desabrocharse y la pongo en el suelo. Está prácticamente saltando de emoción mientras saco las bolsas del maletero.

Jake está en la puerta, con los brazos abiertos. Bella corre hacia él, y la levanta, haciéndola girar. "Aquí está mi princesita perfecta", dice, besándole la mejilla mientras ella ríe. Lleva esa colonia que antes me encantaba, la que ahora me pone la piel de gallina.

Miro mi reloj y pongo los ojos en blanco. "Has llegado temprano", digo secamente, acercándome con las bolsas. Mi voz suena más firme de lo que me siento.

Se encoge de hombros, con esa sonrisa de suficiencia. "Mejor temprano que tarde." La misma sonrisa que solía mostrarme cuando salíamos, la que antes hacía que mi corazón se acelerara. Ahora solo me dan ganas de huir.

No me gusta cuando llega temprano. Normalmente significa que tiene una excusa para entrar, para inspeccionar mi vida, para recordarme su presencia. Como era de esperar, me sigue adentro,

con Bella todavía en brazos, sus ojos recorriendo la casa como si buscara algo —o a alguien. Reconozco esta rutina; es tan familiar como agotadora.

"Ve a buscar tus juguetes favoritos, princesa. Voy a hablar un momento con mamá", dice, bajando a Bella.

Sus rizos rubios rebotan mientras asiente y sale corriendo, dejándonos solos en la sala.

Mi actitud cambia por completo mientras exhalo un suspiro tembloroso y me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja —un hábito nervioso que nunca he podido superar. Intento pasar junto a él, pero me detiene, su mirada se estrecha al ver unos zapatos junto a la puerta.

"¿De quién son esos zapatos?", pregunta, con tono cortante. El mismo tono que antes me hacía encogerme, que solía preceder a horas de interrogatorios y acusaciones, aunque él era el que me engañaba.

"Son de Patricio", respondo bruscamente, cruzando los brazos. "Y no es asunto tuyo." Patricio es mi mejor amigo desde el instituto.

"¿Patricio? ¿El Patricio gay?." Su voz está cargada de sospecha.

"Sí", digo, mi frustración desbordándose. "No tienes derecho a venir a mi casa e inspeccionar todo cada vez que vienes a buscar a Bella."

"Solo me preocupo por mi hija", responde, su tono goteando falsa preocupación.

"¿En serio? ¿Así lo llamas?", le suelto, con la voz temblando de rabia.

Su actitud se suaviza, pero veo a través de ella. Se acerca, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja. "Vuelve conmigo, Emma. Te necesito. Será como antes."

Niego con la cabeza, alejándome de él. "No. No puedo."

No volveré a perder pedazos de mí misma día tras día.

Sus ojos azules se clavan en mí. "Emma, pensé que ya habrías entrado en razón. Ha pasado un año y no soporto esto."

Doy otro paso atrás. "Centrémonos en nuestra hija. Nunca volveré a ser tuya."

Bella vuelve corriendo, con los brazos llenos de juguetes. "¡Ya estoy lista, papi!", dice con una

sonrisa radiante, ajena a la tensión en la habitación.

El rostro de Jake cambia al instante, su enfado transformándose en calidez. "Esa es mi niña", dice, levantándola. "Vamos al zoológico, mi amor."

Me mira de reojo, con una mirada calculadora. "Deberíamos invitar a mami también, ¿verdad?"

"No, Jake", digo con firmeza, pero los ojos de Bella se iluminan.

"¡Ven con nosotros, mami!", suplica, y por un momento, veo la familia que podríamos haber sido, si las cosas hubieran sido diferentes.

Fuerzo una sonrisa. "Hoy no, mi amor. Diviértete con papi, ¿vale?"

Asiente a regañadientes, y le beso la mejilla antes de que Jake se la lleve. Él le sonríe a Bella, pero en cuanto se gira hacia mí, su expresión se endurece. Sin decir una palabra más, se va, y cierro la puerta, sintiéndome agotada.

El silencio de la casa vacía me golpea como una ola.

Mi móvil vibra en el bolsillo. Lo saco, preparándome mentalmente para lo que viene. Con Jake, siempre hay un después —siempre otro momento en el que intenta arrastrarme de vuelta a su órbita, siempre otro intento de recuperar el control. Pero ahora soy más fuerte. Tengo que serlo, por Bella.

EMMA

Por suerte, cuando miro el móvil, la pantalla se ilumina con el nombre de Patricio.

Una oleada de alivio me invade al contestar, su voz aguda y dramática ya en pleno apogeo antes de que pueda siquiera decir hola.

El sonido familiar de su voz alivia instantáneamente el peso que siento en el pecho —Patricio ha sido mi ancla desde el instituto, en todos los momentos buenos y malos.

"¡Escucha, cariño!", exclama Patricio. "Cristina y yo vamos a ir a la discoteca esta noche, y tú vienes sí o sí. Esto no está a discusión."

Me río a pesar de todo, la tensión de mi mañana con Jake disminuyendo un poco. "Patricio, estoy agotada. De verdad necesito dormir. Ya ni sé ni en qué día vivo."

"Bueno, sí que lo sé", añado con una risa cansada, pasándome la mano por el pelo. "Pero apenas."

Las noches en el bar se mezclan entre sí, un borrón de cócteles y sonrisas fingidas.

"Nena, suenas fatal", dice Patricio. Su tono lleva la misma exasperación de cuando éramos adolescentes y me pillaba suspirando por algún chico. "¿Qué pasó ahora? Ah, espera —déjame adivinar. ¿Jake?"

Suspiro y me apoyo contra la encimera de la cocina, sujetando el móvil entre la oreja y el hombro. El granito frío contra mi palma me ayuda a mantener los pies en la tierra. "Sí. Acaba de venir a buscar a Bella."

Patricio jadea, una inhalación brusca y dramática que es tan típica de él. "¡Ay, Dios mío! ¿Qué

tan malo fue esta vez?"

"Bastante malo", admito. Le cuento toda la interacción —cómo llegó temprano, el comentario sobre los zapatos, y cómo me colocó el mechón de pelo detrás de la oreja como si todavía estuviéramos en el instituto. Se me eriza la piel solo de recordar su roce.

Patricio no se contiene. "¿Es broma? ¿Los ZAPATOS? ¿Hablas de los zapatos que dejé el fin de semana pasado después de volver de la discoteca? Que se deje de tonterías. ¿Qué va a hacer cuando por fin sigas adelante y tengas novio?"

Gimo, frotándome la sien donde está empezando a formarse una jaqueca. "No lo sé, Patricio. No le va a gustar nada, eso seguro."

"¡Pues que se aguante!", suelta Patricio, su voz elevándose con indignación. "Sinceramente, parece que está atrapado en una fantasía tóxica donde cree que vas a volver con él y todo será mágicamente mejor. Y cariño, déjame decirte —no va a mejorar. Te mereces mucho más."

"Lo sé", digo en voz baja, mirando por la ventana. "Es solo que... intento ser una buena madre para Bella. Intento compartir la crianza sin estar peleando todo el tiempo."

"Eres una madre estupenda, Emma", dice Patricio, su voz más suave ahora, llena de ese cariño sincero que me ha ayudado a superar innumerables noches difíciles. "Pero después de todo esto, se nota que necesitas una noche fuera. Duerme un par de horas y luego nos vemos en el Club Luna. No llegues tarde."

"Patricio..."

"¡No me vengas con 'Patricio'! Vas a venir. Cristina y yo ya tenemos la ropa planeada, y no voy a dejar que te pudras en tu piso otra vez."

Suspiro, con una sonrisa reluctante tirando de mis labios. "Vale. Pero primero voy a descansar un poco."

"¡Perfecto! Nos vemos esta noche, amor."

Cuelgo y tiro el móvil sobre la encimera. Con Bella fuera y la casa por fin en silencio, miro alrededor de la cocina. Hay un montón de platos en el fregadero, y agarro una esponja, pensando que bien podría limpiar antes de acostarme. La rutina resulta reconfortante —algo normal en un día que ha sido cualquier cosa menos normal.

Mientras friego, mis pensamientos vagan hacia el pasado. Ha pasado un año desde que terminé con Jake. Un año intentando reconstruir mi vida, centrándome en Bella y manteniéndolo todo en

pie.

Las burbujas de jabón giran en el fregadero, recordándome cómo mi mundo se puso patas arriba aquella última noche con Jake. Pero de vez en cuando, como hoy, me pregunto cómo sería volver a tener amor. Amor de verdad.

No como el que tuve con Jake. Eso no era amor —era control, obligación, angustia. Todavía puedo sentir el peso de todas las noches que me dejó sentada en la mesa con Bella, sus manitas sosteniendo el tenedor mientras ambas mirábamos su silla vacía. El recuerdo de su vocecita preguntando *"¿Cuándo viene papi?"* todavía me parte el alma.

El último San Valentín fue el punto de quiebre. Ni siquiera vino a casa. Sin flores, sin explicación. Solo una larga noche de espera, mi móvil en silencio y las horas pasando. Cuando por fin apareció a la mañana siguiente con una sonrisa avergonzada y una caja de bombones baratos, lo supe.

El perfume en su cuello no era el mío. Más tarde, mientras dormía, revisé su móvil y encontré las pruebas. Mensajes, fotos, conversaciones enteras con otras mujeres —una de ellas era Beatriz Blake, una chica con la que fuimos al instituto. Llevaban viéndose más de un mes. Las fechas de sus mensajes coincidían con todas esas noches que estaba "trabajando hasta tarde."

Intenté perdonarlo. Quise creer que podíamos arreglar las cosas por el bien de Bella. Pero no paró. Siguió con más engaños, infidelidades y mentiras. La gota que colmó el vaso fue encontrar una factura de hotel en el bolsillo de su chaqueta —del mismo día que Bella tuvo su primera fiebre, cuando ardía y lloraba llamando a su papi, la noche que dijo que estaba "atrapado en reuniones."

Friego con más fuerza una sartén, con el pecho oprimiéndose por el dolor del recuerdo.

Sería más fácil volver con él. Pero quiero algo real. El tipo de amor que no se siente como una jaula. El tipo que soñaba antes de Jake, antes de que todo se volviera tan complicado.

Cuando termino con los platos, me desplomo en el sofá y cierro los ojos. El suave zumbido del piso me arrulla hasta un sueño inquieto, los recuerdos de días mejores mezclándose con sueños de lo que podría ser.

Unas horas después, me despierto con la alarma que había puesto. Aturdida pero decidida, me arrastro hasta el baño. El agua caliente de la ducha se siente como un reinicio, llevándose el peso del día.

Después, me envuelvo en una toalla y me siento frente al espejo, aplicándome el maquillaje con movimientos lentos y precisos. Base para cubrir las ojeras, delineador para darme fuerza, rímel para el valor, un toque de labial rojo —mi armadura, pieza por pieza, transformando mi reflejo cansado en algo un poco más seguro.

Dejo que mi pelo caiga en ondas sueltas por la espalda, las hebras oscuras rozando justo por encima de mi cintura. El vestido que elijo es sencillo pero favorecedor —negro, ajustado, y con el punto justo de atrevimiento. No el tipo de vestido que una madre "debería" llevar, según Jake. Pero esta noche no va de él.

Cuando llego al Club Luna, la música ya retumba y la cola fuera da la vuelta a la manzana. Veo a Patricio al instante —alto, ancho de hombros y vestido con una americana plateada brillante que podría pasar por una bola de discoteca. Sus rizos castaños están perfectamente peinados, y agita los brazos como loco cuando me ve.

"¡Cariño, por fin!", exclama, envolviéndome en un abrazo dramático que huele a su colonia característica. "Estás espectacular. ¿Verdad, Cristina?"

Cristina, menuda, con el pelo rubio platino y un vestido de lentejuelas, sonríe. "Absolutamente deslumbrante. Ahora vamos dentro antes de que Patricio monte un espectáculo." Su sonrisa cálida me recuerda por qué ha sido una adición tan perfecta a nuestro grupo.

Dentro, la discoteca es un remolino de luces, música y cuerpos. Patricio nos guía hasta la barra, su energía tan contagiosa como siempre. "Necesitas una copa", declara.

"Aún no", digo, sacando el móvil, con la culpa maternal ya acechando. "Primero deja que llame a Bella."

Necesito dar las buenas noches a mi hija antes de emborracharme.

Patricio arquea una ceja pero me hace un gesto de aprobación. "Vale. Pero date prisa."

Me aparto a un lado y marco el número de Jake. Contesta al segundo tono, su voz tensa con esa ira contenida que conozco tan bien. "¿Qué?"

"Hola", digo, alzando la voz por encima de la música. "Solo llamo para dar las buenas noches a Bella." El corazón me late acelerado, anticipando ya su reacción.

"¿Dónde estás?", espeta, con tono helado.

"He salido con amigos", respondo, preparándome ya para el contraataque. La misma vieja discusión que hemos tenido cien veces.

"¿Una discoteca? ¿En serio, Emma? Eres madre ahora. Deberías estar en casa, no de fiesta." Sus palabras gotean juicio, el mismo tono que usaba cuando quería hacer algo sin él.

El estómago se me retuerce con una ansiedad familiar. "Jake, solo quería—"

"Eres tan irresponsable", me corta, su voz afilada como una navaja. "Madura de una vez, Emma."

La línea se corta. Miro el móvil incrédula, luego intento volver a llamar, pero salta directamente al buzón de voz.

Las lágrimas me pican en los ojos, pero las contengo, negándome a dejar que arruine otra noche. Vuelvo con Patricio y Cristina, con las manos temblorosas. "Me ha bloqueado", digo, con la voz quebrada.

Patricio me rodea con un brazo, firme y protector. "Ay, cariño. Es un completo imbécil."

Cristina asiente, su rostro lleno de comprensión. "No te mereces esto. Venga, vamos a por una copa."

Me dejo llevar hasta la barra, mis emociones un torbellino de rabia y dolor.

Cuando el camarero desliza un chupito frente a mí, me lo tomo sin dudarlo. El alcohol quema, pero es una distracción bienvenida del dolor en mi pecho.

Cuando dejo el vaso, mi mirada vaga por la sala —y se detiene en él.

Daniel. Está apoyado en la barra, su pelo oscuro perfectamente despeinado, su traje a medida abrazando su figura de una manera que habla de confianza tranquila en lugar de la desesperada necesidad de impresionar de Jake. Sus intensos ojos verdes recorren la multitud antes de fijarse en mí, y por un momento, olvido cómo respirar.

Todo lo demás se desvanece. La música, la gente, incluso la voz de Jake en mi cabeza —todo desaparece bajo el peso de su mirada. Pero entonces bajo la vista a mi móvil otra vez, la imagen de Bella sonriéndome desde la pantalla de bloqueo.

Sus rizos rubios y ojos azules me dan ganas de irme. Quiero correr hacia ella y darle las buenas noches, abrazarla fuerte y no soltarla nunca, pero sé que eso es exactamente lo que Jake quiere.

Patricio me da un codazo, sus ojos brillando con picardía. "Nena, ¿quién es ese?", susurra, señalando a Daniel.

No contesto. Estoy demasiado ocupada intentando decidir si salir por la puerta o dar otro paso hacia lo que —o quien— me depare esta noche.

El chupito de tequila calienta mi sangre, y la mirada de Daniel se mantiene firme y paciente. Quizás, solo quizás, es hora de dejar de huir.

5

EMMA

El corazón casi se me para cuando Daniel curva su dedo índice en un gesto para que me acerque, sus ojos verdes clavados en los míos con una intensidad que me eriza la piel. Quiere que vaya hacia él.

"Ay. Dios. Mío." La voz de Patricio se eleva con emoción. "¡Nena, te está llamando!"

Cristina me agarra del brazo, dándome un suave empujón. "¡Ve! Te mereces vivir un poco. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo solo para ti?"

Mis pies se mueven antes de que pueda pensarlo demasiado, atraída hacia Daniel como un imán. Se endereza cuando me acerco, y capto el aroma familiar de su colonia —cara pero sutil.

"No esperaba verte aquí", digo, intentando sonar casual a pesar de cómo me late el pulso. "Normalmente estás sentado en mi barra."

Sus labios se curvan en esa ligera sonrisa que he visto tantas veces antes, pero aquí, lejos del ambiente profesional del bar, se siente diferente. Más real. "Pensé en cambiar un poco", dice, con voz suave y profunda. "Aunque tengo que admitir que verte aquí es una agradable sorpresa."

"¿Lo es?", pregunto, genuinamente curiosa. En el bar, nuestras interacciones siempre son tan profesionales. Pero aquí, con la música vibrando a nuestro alrededor y sin mostrador entre nosotros, la energía es eléctrica.

"Mucho." Da un sorbo a su copa, sus ojos verdes sin abandonar los míos. "Sabes, en dos meses yendo a ese bar, todavía no sé casi nada de ti."

"No hay mucho que saber", respondo automáticamente, como siempre hago con los clientes.

"Lo dudo." Deja su copa, girándose para mirarme de frente. "¿Bailas conmigo?"

La pregunta me pilla por sorpresa, pero la calidez en sus ojos hace que mi respuesta sea fácil. "Sí."

Dejo mi bolso en una silla cercana, y su mano encuentra la parte baja de mi espalda mientras me guía a la pista de baile. El contacto es suave pero firme, enviando escalofríos por mi columna.

La música nos envuelve, pesada de graves, y Daniel me atrae hacia él. Sus manos se posan en mis caderas mientras nos movemos juntos, y soy instantáneamente consciente de cada punto de contacto entre nosotros. Su toque es diferente al de cualquier otro hombre —respetuoso pero seguro, como si supiera exactamente lo que quiere pero no tomará más de lo que estoy dispuesta a dar.

Me giro en sus brazos, mi espalda contra su pecho, y su respiración se entrecorta. Sus manos se deslizan por mis costados mientras nos movemos al ritmo, y cuando sus labios rozan mi cuello, casi olvido cómo respirar. El contacto es ligero como una pluma, apenas perceptible, pero enciende cada terminación nerviosa.

Mis caderas se mueven contra él por instinto, y siento su respuesta —dura e inconfundible. Su agarre se aprieta ligeramente, y se le escapa un suave gemido, el sonido apenas audible sobre la música pero suficiente para hacer que mi estómago dé un vuelco.

Cuando me giro para mirarlo de nuevo, sus pupilas están dilatadas, haciendo el verde de sus ojos aún más impactante. Su mano acuna mi mejilla, y por un momento, pienso que va a besarme. Quiero que lo haga. Dios, quiero que lo haga.

La canción se desvanece justo cuando su rostro se acerca al mío, y el hechizo se rompe. Ambos nos apartamos ligeramente, respirando con dificultad, el momento suspendido entre nosotros. La mano de Daniel sigue cálida contra mi mejilla, su pulgar acariciando suavemente mi piel.

"Ven", dice, con voz grave y ronca. "Déjame invitarte a una copa."

De vuelta en la barra, pide dos whiskys de primera. Cuando el camarero los desliza sobre la barra, Daniel me entrega uno, sus dedos rozando los míos.

"Por los encuentros inesperados", dice, sus ojos verdes intensos encontrándose con los míos.

Choco mi copa con la suya, intentando ignorar cómo me late el corazón. "Por los encuentros inesperados."

El whisky me quema la garganta con su calor, pero no es nada comparado con el ardor de su

mirada. Se acerca más, y puedo sentir el calor que irradia su cuerpo. Ha pasado tanto tiempo desde que sentí este tipo de atracción, esta fuerza que me atrae hacia otra persona. Ha sido un año centrándome únicamente en Bella y el trabajo.

"Eres diferente", dice Daniel de repente, con voz tan baja que solo yo puedo oírla. Sus ojos recorren mi rostro, y su intensidad me deja sin aliento. "No intentas ser algo que no eres."

La sinceridad en su voz hace que mi corazón se salte un latido. Se acerca más, y capto el sutil aroma de su colonia. Su pulgar recorre mi mandíbula, y mis ojos se cierran por un momento.

"Emma", susurra, y la manera en que dice mi nombre me provoca escalofríos.

Justo cuando se inclina hacia mí, mi móvil vibra contra la barra.

El número de Jake ilumina la pantalla, y el alivio me inunda —me ha desbloqueado. Quizás se dio cuenta de lo cruel que era impedirme dar las buenas noches a nuestra hija.

"Lo siento", digo, ya estirándome hacia el teléfono. "Es el padre de mi hija —me bloqueó antes cuando intenté llamarla."

La comprensión cruza el rostro de Daniel, seguida de algo que parece preocupación. "No hay problema", dice, apartándose para darme espacio.

"¿Diga?", respondo, girándome ligeramente para alejarme de la barra.

"¡Hola, mami!", la dulce voz de Bella suena clara a pesar del ruido de la discoteca.

"Ay, mi amor", digo, derritiéndome al instante al escuchar su voz. "¿Estás bien, cariño?"

"¡Sí! ¡Papi me leyó un cuento, pero quería darte las buenas noches!"

Ya estoy recogiendo mi bolso, haciéndole gestos de disculpa a Daniel. "Qué bonito, mi amor. ¿Qué cuento te leyó papi?"

"¡El del patito! ¡Hace todas las voces!"

No puedo evitar sonreír mientras me dirijo a la salida, el aire fresco de la noche golpeándome después del calor de la discoteca. "Qué maravilla, mi cielo."

"Ya tengo sueño", bosteza. "¡Buenas noches, mami! ¡Te quiero!"

"Buenas noches, princesa. Yo también te quiero." La llamada termina, y agradezco que Jake no cogiera el teléfono, aunque sé que esta pequeña muestra de bondad —desbloquearme, dejar que Bella llame— es solo otra forma de ejercer control, decidiendo cuándo y cómo puedo hablar con nuestra hija.

En mi coche, frente a mi piso, apoyo la cabeza contra el volante. El casi beso se repite en mi mente, junto con las palabras de Daniel: Eres diferente. No intentas ser algo que no eres. La forma en que me miró cuando lo dijo, como si pudiera ver a través de cada muro que he construido.

¿En qué estaba pensando? Es un cliente —de los que piden whisky de cien euros y llevan trajes de mil.

¿Cómo voy a volver al trabajo ahora? ¿Cómo puedo servirle copas y mantener las cosas profesionales cuando sé cómo se siente su contacto, cómo suena mi nombre en sus labios?

Pero mientras estoy aquí sentada, dividida entre la responsabilidad y el deseo, me doy cuenta de que la verdadera pregunta no es cómo voy a mirarlo a la cara de nuevo —es cómo voy a resistirme a descubrir adónde podría llevar esto.

Mi móvil vibra con un mensaje de Patricio: *"NENA. ¡La huida de Cenicienta ataca de nuevo! Uno de estos días vas a dejar algo más que tu dignidad atrás... como ese bombón con el que estabas bailando."*

No puedo evitar reírme, aunque la culpa me aprieta el pecho. No se equivoca. Nunca aguanto una noche entera —siempre encuentro alguna razón para irme temprano, incluso cuando Bella no está conmigo. La culpa maternal no entiende de horarios de custodia ni de que mi hija está perfectamente bien sin mí por una noche. Patricio bromea diciendo que tengo un temporizador en la cabeza, contando hacia atrás hasta que me convenzo de que necesito ir a casa a doblar la ropa o preparar el desayuno favorito de Bella, incluso las noches que está en casa de Jake.

"Perdón por salir corriendo", le contesto. *"Ya me conoces... Siempre el alma de la fiesta 😳"*

Su respuesta es instantánea: "Un día de estos voy a esconder tus llaves. Y tu móvil. Y posiblemente tu conciencia. ¡Te quiero!"

Sonrío, negando con la cabeza mientras escribo: *"Yo también te quiero ❤"*

Mirando hacia mi piso a oscuras, me pregunto qué habría pasado si me hubiera quedado. Si hubiera dejado que Daniel me besara. Si me hubiera permitido una noche para ser solo Emma, no solo la madre de alguien o la ex de alguien.

Pero quizás eso es lo que significa ser madre —nunca eres solo otra cosa, no realmente. Incluso cuando tu hija está sana y salva en casa de su padre, incluso cuando estás bailando con un hombre guapísimo que te mira como si fueras algo precioso, sigues siendo madre. No es solo lo que hago —es lo que soy.

6

DANIEL

Los números en la pantalla se difuminan mientras Johnson discute las proyecciones trimestrales.

Estoy en mi lugar habitual en la cabecera de la mesa de conferencias, pero mi mente está a varias manzanas de distancia, repitiendo cada momento en la discoteca en un bucle interminable.

Emma estaba impresionante con ese vestido negro —ese tipo de belleza que no necesita marcas de diseñador ni estilistas profesionales. Solo ella. Real, auténtica e increíblemente elegante. La manera en que su pelo oscuro caía en ondas suaves, rozando la piel desnuda de sus hombros. Sus ojos color miel brillando cuando reía. Dios, me dejaba sin aliento.

"¿Señor Hart?"

Parpadeo, volviendo a la realidad al oír la voz de Ángela. Alrededor de la mesa, una docena de ojos están fijos en mí, esperando. Me aclaro la garganta y me enderezo en mi silla. "¿Sí?"

La ceja alzada de Ángela lo dice todo, aunque no me delata. "El señor Johnson preguntaba sobre la próxima expansión de mercado."

"Claro." Me obligo a concentrarme en la presentación, pero el recuerdo de Emma en mis brazos —su calidez, cómo contuvo el aliento cuando le rocé el cuello— destruye cualquier esperanza de concentración.

Johnson me mira nerviosamente antes de continuar. Asiento en los momentos apropiados, con expresión tranquila y compuesta, pero mis pensamientos están a kilómetros de distancia. En la pista de baile.

La forma en que sus caderas se movían contra las mías, poniendo a prueba mi autocontrol de una manera que no había sentido en años. Dos veces estuve a punto de besarla. Primero en la pista, cuando cerró los ojos mientras le acariciaba la mejilla. Luego otra vez en la barra, después de las

copas.

La manera en que me miró cuando le dije que era diferente —está grabada a fuego en mi mente.

"Eso concluye mi informe", dice Johnson, su voz atravesando mi nebulosa. "¿Tiene alguna pregunta, señor Hart?"

Niego con la cabeza, ordenando mis papeles. "Buen trabajo. Envíeme los números finales al terminar el día."

La sala empieza a vaciarse, las sillas arrastrándose contra el suelo mientras mi equipo sale. Ángela se queda a mi lado, con su tableta en mano, sus ojos agudos entrecerrándose mientras me evalúa.

"¿Noche dura?", pregunta, con tono ligero pero conocedor.

"Estoy bien", digo, aflojándome la corbata y reclinándome en la silla. "Solo distraído."

"Evidentemente." Sus labios se curvan con diversión. "Tiene comida con Jaime a la una. Intente mantenerse concentrado en esa —vuelve a Londres esta noche."

"Jaime", repito, frotándome la nuca. Perfecto. Si alguien puede ayudarme a entender esto, es él.



El restaurante está lleno cuando llego, el habitual ajetreo del almuerzo. Jaime ya está en nuestra mesa de la esquina, su Rolex plateado brillando cuando mira la hora. Incluso después de quince años de amistad, sigue siendo más puntual que yo.

"Tienes una pinta horrible", me saluda alegremente, levantándose para darme un abrazo rápido. Típico de Jaime saltarse los formalismos.

Me desplomo en mi asiento con un gemido. "Gracias por eso."

"En serio", continúa, estudiando mi cara. "¿Cuándo fue la última vez que dormiste? Tienes la misma cara que en la semana de exámenes finales en la universidad."

"Tuve un fin de semana interesante", murmuro, aflojándome la corbata.

"Ah", dice, con ese brillo familiar en los ojos. "¿Esto tiene algo que ver con por qué has estado

tan distraído últimamente? Porque Johnson me llamó esta mañana quejándose de que casi te quedas dormido durante la presentación."

El calor me sube por el cuello. "No fue para tanto."

"Dijo que te quedaste mirando la misma diapositiva durante diez minutos." Jaime sonríe, claramente disfrutando esto. "Venga, tío. ¿Cómo se llama?"

El camarero aparece antes de que pueda responder, y Jaime pide dos cervezas. "Parece que la necesitas", dice cuando levanto una ceja. "Además, tengo mis propias noticias."

"¿Ah, sí?", agradezco el respiro temporal. "¿Qué pasa?"

"Sara está embarazada." Su cara se ilumina con una amplia sonrisa. "Me enteré la semana pasada."

"¡Hostia!", me inclino hacia delante, genuinamente emocionado por él. "Eso es increíble, tío. ¡Felicidades!"

"Gracias." No puede dejar de sonreír. "No lo estábamos intentando otra vez, pero... bueno, ya sabes cómo va esto."

"Tu tercer hijo en cuatro años. Nos estás dejando mal a los demás."

"Hablando de eso", continúa suavemente mientras llegan nuestras cervezas, "deja de darle vueltas. ¿Quién es ella?"

Doy un sorbo a mi cerveza, ordenando mis pensamientos. "Se llama Emma."

"¿Y?"

"Y es camarera de un bar."

Jaime casi se atraganta con su bebida. "¿Perdona, qué? ¿Daniel Hart, que una vez salió con una princesa literal, está colado por una camarera?"

"Es diferente", digo, a la defensiva sin poder evitarlo. "Deberías verla, Jaime. Es... auténtica. Sin pretensiones, sin juegos. Solo esta mujer genuina y preciosa que de alguna manera hace que servir copas parezca un arte."

"Vaya." Jaime se reclina, estudiándome. "Lo tienes mal. ¿Cuánto tiempo lleva esto?"

"Dos meses yendo a su bar. Pero..." Me interrumpo cuando el camarero vuelve para tomar nuestros pedidos. Jaime pide el filete, poco hecho, como siempre. Apenas miro el menú antes de pedir lo mismo.

"¿Pero?", insiste Jaime una vez que estamos solos de nuevo.

"La vi en el Club Luna. Estaba allí con amigos, y bailamos, y..." Me paso la mano por el pelo. "Dios, Jaime, era increíble. Llevaba este vestido negro ajustado que me hizo olvidar cómo respirar, y cuando se movía contra mí—"

"Vale, vale", se ríe, levantando las manos. "Ahórrame los detalles eróticos. ¿Qué pasó después?"

"Casi nos besamos. Dos veces. Pero entonces sonó su móvil —su hija la necesitaba."

El tenedor de Jaime choca contra su vaso de agua. "¿Su hija?"

"Sí." Me reclino, recordando cómo cambió por completo el comportamiento de Emma cuando recibió esa llamada. "También me enteré de eso anoche. Tiene toda una vida de la que no sabía nada. Su ex —el padre de la niña— le había bloqueado el número esa misma noche cuando intentó llamar a su hija. Luego la desbloqueó de repente solo para que la pequeña pudiera dar las buenas noches."

La expresión de Jaime se ensombrece. "¿Le bloqueó para que no pudiera hablar con su propia hija? Menuda manipulación más rastrera."

"Lo sé." Doy otro trago. "Debe tener veintidós, veintitrés como mucho. Madre soltera. Camarera. Mientras que yo—"

"¿Un adicto al trabajo de treinta y dos años con más dinero que sentido común?", interrumpe Jaime con sorna. "Sí, suena fatal." Hace una pausa y añade más serio: "Aunque tengo que decirlo —involucrarte con alguien que tiene ese tipo de drama con su ex... no es solo salir con ella, Daniel. Es meterte en toda una situación."

"Lo sé."

"¿Lo sabes? Porque este tío parece del tipo que va a hacer que todo sea diez veces más difícil de lo necesario. ¿Bloquear a la madre de su hija para que no pueda hablar con la niña? Eso no es un comportamiento normal de padres separados."

"¿Entonces qué me estás diciendo? ¿Que me aleje?"

"No", dice Jaime pensativamente, cortando su filete. "Te estoy diciendo que estés seguro. Porque si empiezas algo con ella, no solo estás saliendo con ella —te estás convirtiendo en parte de toda esa dinámica. Su hija, su ex, todo."

Asiento, dejando que el peso de sus palabras se asiente.

Se inclina hacia adelante. "Mira, ¿te acuerdas de la hermana de Sara? ¿La que pensaba que yo no era suficiente porque 'solo' dirigía una empresa de tecnología en lugar de tener riqueza generacional?"

Me río. "¿La que apareció borracha en tu boda y coqueteó con el cura?"

"Exacto. Mi punto es que le den a lo que piensen los demás. Te conozco desde hace años. Estuve ahí durante tus años locos, y estuve ahí cuando le diste la vuelta a todo. Y nunca —" enfatiza cada palabra, "—te había visto así por nadie."

Sé que tiene razón. Finalmente, digo: "Se fue antes de que pudiéramos hablar realmente. Su hija llamó, y simplemente... se marchó."

"¿Y? Ve a verla esta noche."

"¿Al bar? No puedo simplemente pedirle una cita mientras está trabajando."

"De hecho, sí puedes." Me señala con el tenedor. "Mira, ¿qué es lo peor que podría pasar?"

"Podría rechazarme. Podría ser incómodo. Podría dejar su trabajo y no volvería a verla."

"O", contraataca Jaime, "podría decir que sí. Pero no lo sabrás si no lo intentas."

Aparto mi plato, repentinamente inquieto. "¿Cuándo te volviste tan sabio?"

"Probablemente alrededor del segundo bebé." Sonríe. "Hablando de eso, Sara quiere que vengas a cenar pronto. Dice que estás descuidando tus deberes como padrino de Cata."

"Golpe bajo, usar a tu hija contra mí."

"Oye, lo que funcione." Hace una seña para pedir la cuenta. "Entonces, ¿qué vas a hacer?"

"No lo sé." Pero incluso mientras lo digo, sé que estoy mintiendo. He sabido desde el momento en que me desperté esta mañana dónde acabaría esta noche.

Después del trabajo, voy a casa a cambiarme. De pie en mi vestidor, me sorprendo a mí mismo preguntándome qué ponerme, como un adolescente antes de su primera cita. "Contrólate", murmuro, pero aun así acabo probándome tres camisas diferentes.

En el coche, pienso en la sonrisa de Emma, en cómo se sentía en mis brazos, en cómo se le iluminó toda la cara cuando llamó su hija.

Pienso en lo joven que es para estar lidiando con todo esto, y en cuánto quiero ser yo quien le haga las cosas más fáciles, no más difíciles.

7

EMMA

La clientela del lunes por la noche es escasa, solo un puñado de habituales dispersos por el bar. Estoy secando vasos, intentando concentrarme en la rutina en lugar de revivir el sábado por la noche por centésima vez.

La sensación de las manos de Daniel en mis caderas. Ese momento en que casi me besa, dos veces.

"¿Emma?", la voz de Carla interrumpe mis pensamientos. Me sonríe desde detrás de la caja. "Ese vaso ya está más que limpio."

Lo dejo, sintiendo que el calor me sube a las mejillas. "Perdón. Solo estoy cansada."

"Ya, claro." Arquea una ceja. "¿No tendrá nada que ver con el hombre misterioso con el que bailabas el sábado? Patricio me ha puesto al día."

Me río, negando con la cabeza.

Patricio ha sido cliente habitual desde que empecé a trabajar —viene al menos dos veces por semana para hacerme compañía durante los turnos tranquilos, criticando la forma de vestir de los tíos con Carla y convirtiendo todo el bar en su escenario personal.

Él y Carla conectaron al instante por su amor compartido por los reality shows y los chistes malos.

Suena la campanilla de la puerta, y el corazón se me para por un segundo.

Daniel.

Lleva otro de sus trajes impecables, este de color gris marengo. La corbata está lo suficientemente aflojada como para insinuar al hombre que hay bajo ese exterior pulido. Nuestras miradas se encuentran a través del bar, y de repente estoy de nuevo en esa pista de baile, sintiendo sus manos en mi cuerpo, sus labios rozando mi cuello.

"Buenas noches", dice, sentándose en su taburete habitual. Su voz es baja, íntima, como si compartieramos un secreto.

"Hola." Me enorgullece que mi voz suene firme. "¿Lo de siempre?"

Asiente, y me giro para coger su whisky preferido. Cuando pongo el vaso frente a él, nuestros dedos se rozan. Es apenas un contacto, pero la electricidad me recorre el brazo.

"Sobre el sábado", empieza, pero niego con la cabeza.

"Siento haberme ido así", digo rápidamente. "Mi hija—"

"Emma." La forma en que dice mi nombre me hace pausar. "No te disculpes por ser una buena madre."

Algo cálido se despliega en mi pecho. No hay juicios ni confusión —solo comprensión.

"Aun así", digo, jugueteando con una servilleta. "No fue precisamente mi mejor momento, salir corriendo en medio de una conversación."

"¿Eso es lo que estábamos teniendo? ¿Una conversación?." Sus ojos verdes sostienen los míos, y recuerdo cómo se oscurecieron cuando bailábamos, cómo escrutaron mi rostro antes de casi besarme.

Un cliente hace señas desde el otro extremo de la barra. "Debería—"

"Ve", dice. "Me quedo aquí."

Atiendo a los otros clientes, preparo copas y cierro cuentas. Pero soy extremadamente consciente de la presencia de Daniel, de sus ojos siguiéndome mientras me muevo. Cuando por fin vuelvo a su lado de la barra, sigue con la misma copa.

"Noche más tranquila de lo normal", comenta.

"Los lunes suelen ser así." Me apoyo en la barra, más cerca de lo estrictamente necesario. "Entonces... dime ¿por qué vienes tan a menudo?", bromeo.

Se ríe, y el sonido me hace dar un vuelco al estómago. "Bueno, el whisky es bueno, pero verte es mejor."

"Coqueto." Pero estoy sonriendo. "Sabes, para alguien que viene tanto, realmente no sé mucho de ti."

"¿Qué quieres saber?"

Todo, pienso. En cambio, digo: "Estaría bien empezar por lo básico. Ni siquiera sé cuántos años tienes."

"Treinta y dos", dice, y me mira interrogante.

"Veintidós", confieso, y observo su reacción. Algunos hombres dudan cuando se dan cuenta de lo joven que soy.

Pero él simplemente asiente. "¿Y tu hija?"

"Bella. Tiene tres años, casi cuatro." Estudio su rostro, buscando cualquier señal de duda.

"No debe ser fácil", dice suavemente. "Hacerlo sola."

"¿Quién dice que estoy sola?" Las palabras salen más a la defensiva de lo que pretendo.

Levanta las manos ligeramente. "Solo una observación. Por lo del sábado por la noche."

Cierto. Cuando Jake me bloqueó, y luego me desbloqueó solo para dejar que Bella llamara. Las mejillas me arden al recordarlo.

Carla pasa por mi lado, dándome un discreto golpe con la cadera. Cuando la miro, articula sin voz "Tómate un descanso" y señala con la cabeza hacia la barra vacía.

"Salgo en una hora", me escucho decir.

La expresión de Daniel cambia, se vuelve más intensa. "Cena conmigo."

"¿Ahora?"

"Mañana por la noche." Se inclina ligeramente. "¿A menos que tengas planes?"

"Yo..." Dudo. Mañana es martes —Bella estará con Jake. "Vale."

"¿Vale?" Su sonrisa se ensancha, y algo revolotea en mi estómago.

"Sí. Mañana por la noche."

"¿Te recojo a las siete?"

Niego con la cabeza. "Mejor nos vemos allí." Ante su mirada interrogante, añado: "Paso a paso."

Asiente, comprensivo. "Paso a paso. Conozco un sitio en Tribeca que creo que te gustaría. ¿Te mando la dirección por mensaje?"

"No tienes mi número", le recuerdo.

Desliza su móvil sobre la barra, con una nueva página de contacto abierta. Escribo mi número, muy consciente de lo íntimo que se siente esto —cruzar esta línea de camarera y cliente a... lo que sea que esto se está convirtiendo.

"Debería advertirte", digo mientras le devuelvo el móvil. "Vengo con complicaciones."

"Me he dado cuenta." Sus dedos rozan los míos otra vez, deliberadamente esta vez. "No me asusto fácilmente."

"¿No?" Pienso en Jake, en el drama que podría causar. En lo diferente que parece Daniel de mi mundo habitual, con sus trajes caros y su tranquila seguridad.

"No." Termina su copa y se levanta. "Te enviaré los detalles. Ponte algo bonito."

"¿Eso es una crítica a mi ropa de trabajo?", bromeo.

Sus ojos se oscurecen ligeramente. "Ese vestido negro del sábado puso el listón muy alto."

El recuerdo de cómo me miraba con ese vestido, de cómo se sentían sus manos en mi piel desnuda, hace que me falte el aire. "Veré qué puedo hacer."

Deja una generosa propina, como siempre, antes de salir del bar.

"¡Dios mío!", Carla prácticamente chilla cuando se ha ido. "Tienes una cita mañana por la noche."

Asiento, incapaz de contener la sonrisa. "Patricio va a volverse loco cuando se lo cuente."

"Tía." Me agarra del brazo. "¿Sabes quién es en realidad?"

Niego con la cabeza. "¿Debería?"

Saca su móvil, teclea algo y luego me muestra la pantalla. Se me cae el alma a los pies mientras leo el titular: "Daniel Hart, Director Ejecutivo de Industrias Hart, nombrado uno de los solteros más codiciados de América."

"Madre mía", susurro.

Mi móvil vibra con un número desconocido:

"Tribeca Grand, mañana a las 7. Deseando verte. -Daniel."

Me muerdo el labio, luchando contra una sonrisa mientras la ansiedad se apodera de mí. ¿En qué me estoy metiendo?

Llega otro mensaje, este de Patricio:

"Zorra, Carla me acaba de contar lo de tu cita de mañana. LLÁMAME YA."

"Os odio a los dos", le digo a Carla, pero me estoy riendo.

Ella solo sonríe. "Ya me lo agradecerás en la boda. Ahora, ¿qué te vas a poner mañana?"

Pongo los ojos en blanco, pero mientras guardo el móvil, no puedo evitar sentir una mezcla de emoción y nervios. Mañana por la noche. Una cita de verdad. Sin barra entre nosotros, sin obligaciones laborales, sin interrupciones.

Solo Daniel y yo, y toda esta electricidad entre nosotros.

El resto de mi turno pasa como un borrón. Cuando llego a casa, llamo inmediatamente a Patricio, que contesta al primer tono.

"¡Por fin!", exclama. "Cuéntamelo todo. Y no creas que he olvidado cómo nos abandonaste el sábado —aunque ahora que sé con quién estabas bailando, te perdono."

Me río, quitándome los zapatos. "Ya nos viste bailando."

"Sí, ¡pero no sabía que era cliente habitual! Ni que era el mismísimo Daniel Hart. Emma, ¿sabes lo rico que es?"

"Para", le advierto. "Ya estoy bastante nerviosa."

"Vale, vale. Pregunta más importante: ¿qué te vas a poner?"

"No tengo ni idea."

"No digas más. Cristina y yo estaremos allí mañana para ayudarte a elegir el vestido perfecto. ¡Te quiero!"

Me río. "Yo también te quiero, nos vemos mañana", digo antes de colgar.

Por primera vez en mucho tiempo, quiero sentirme guapa. No sexy de manera profesional, ni mona como madre, sino guapa para mí misma. Para un hombre que me mira como si fuera algo precioso.

Mientras me preparo para dormir, mi móvil vibra una vez más: *"Dulces sueños, Emma."*

"Buenas noches, Daniel", respondo.

Me duermo pensando en ojos verdes y manos gentiles, en besos casi dados y noches por venir.

Por una vez, me permito tener esperanza.

8

EMMA

Malabareo con las bolsas del supermercado mientras abro la puerta de mi apartamento, logrando que no se me caiga nada a pesar de que la llave, como siempre, se resiste en la cerradura.

Dejo las bolsas sobre la diminuta encimera de la cocina, ya desordenada con los tazones de cereal de Bella y la taza de café que olvidé lavar esta mañana. Pero los platos pueden esperar.

Después de hacer espacio en el refrigerador, apartando los jugos en caja y los quesitos para guardar el vino y el queso que compré, me dedico a la sala.

Rápidamente recojo los juguetes de Bella y los guardo en el baúl rosa de la esquina, intentando poner algo de orden en el caos.

El ruido de la aspiradora casi ahoga mis pensamientos, lo cual probablemente sea bueno. Si pienso demasiado en esta noche —en Daniel, en lo que esto podría significar— quizás me obsesione y termine cancelando todo por los nervios. En su lugar, me concentro en lo práctico: barrer las galletas Goldfish trituradas debajo de la mesa de café, limpiar las pequeñas huellas de dedos de la pantalla del televisor, enderezar las fotos familiares en la estantería. La mayoría son de Bella: sus primeros pasos, su segundo cumpleaños y su intento de hacer ángeles de nieve el invierno pasado. Algunas la muestran con Jake de antes de que todo se derrumbara, cuando intentábamos ser una familia.

Para las dos de la tarde, el apartamento luce lo mejor posible. He cambiado las sábanas de mi cama (aunque solo Patricio y Chrissy verán mi habitación), encendido mi vela favorita de vainilla para disimular el aroma persistente de los espaguetis de anoche, y dispuesto galletas saladas y queso en mi mejor bandeja para servir —un regalo de Navidad de mamá que normalmente permanece guardado en el armario.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Patricio: *"¡Vamos tarde! El tráfico está HORRIBLE. ¡Pero ya vamos en camino!"*

Le respondo rápidamente con un emoji de copa de vino y miro la hora. Debería llamar a Bella ahora, antes de que lleguen Patricio y Chrissy, y definitivamente antes de mi cita. Lo último que quiero es tener una conversación con mi hija mientras estoy sentada frente a Daniel.

Jake contesta al tercer timbre. "¿Sí?"

Aprieto los dientes ante su tono. Un año de crianza compartida y todavía no puede manejar un simple hola. "Oye, ¿está Bella por ahí? Quería hablar con ella."

"Aquí está." Se oye un ruido, luego, "Princesa, mamá está al teléfono."

"¡Mami!" La voz de Bella llena mi oído, y al instante la tensión en mis hombros se alivia. "¡Adivina qué! ¡Papi y yo tuvimos una aventura hoy!"

"¿Ah sí?" Camino hacia su habitación mientras hablamos, sonriendo ante las calcomanías de princesas que nos pasamos todo un domingo colocando. Su cama sigue sin hacer desde ayer por la mañana, sus peluches organizados en lo que ella llama sus "lugares para dormir."

"¿Qué tipo de aventura?"

"¡Fuimos a un lugar nuevo! ¡Tenía muchos juguetes y dibujos en las paredes, y pude colorear con otros niños!"

Mi mano se congela en el marco de la puerta. "¿Qué tipo de lugar era ese, mi amor?"

"¡Una escuela! ¡Papi dice que podría ir allí y hacer nuevos amigos!"

De repente, la habitación se siente demasiado pequeña. "¿Una escuela?"

"¡Ajá! ¡La señorita Lisa me mostró dónde podría poner mi mochila y todo!"

Me esfuerzo por mantener mi voz ligera mientras me hundo en su pequeña cama. "Eso suena divertido, cariño. ¿Puedes pasarme a papi?"

"¡Vale! ¡Te quiero, mami!"

"Yo también te quiero, mi amor."

Más ruidos, luego la voz de Jake. "¿Qué?"

"¿Una guardería, Jake? ¿En serio?" Me esfuerzo por mantener la voz baja. "¿Llevaste a nuestra hija a visitar una guardería sin siquiera decírmelo?"

"Little Learners Academy tiene un excelente programa—"

"Me importa un comino si cagan lingotes de oro," espeto, y luego inmediatamente bajo la voz. "No puedes tomar estas decisiones sin mí. Tenemos custodia compartida."

"En realidad," su voz adquiere ese tono presuntuoso que odio, "solo me interesa tu opinión si estás lista para ser una familia de verdad otra vez. De lo contrario, lo que suceda durante mi tiempo con Bella es asunto mío. Irá a la guardería en mis días de custodia, acéptalo."

"¿Estás bromeando?" Agarro el borde del edredón morado de Bella. "Esto no se trata de nosotros, Jake. Se trata de nuestra hija. Mi madre la cuida mientras trabajo, y tu madre la tiene los otros días. Acordamos este arreglo."

"Tal vez quiero algo mejor para ella que estar pasando de abuela en abuela."

"No te atrevas." Mi voz tiembla. "No te atrevas a actuar como si esto fuera por el bien de Bella. Esto es sobre control, como siempre."

"¿Quieres saber de qué se trata esto?" pregunta. "Se trata de que te niegas a entrar en razón. Deberíamos estar viviendo juntos, criando a nuestra hija como una familia. En cambio, estás siendo terca—"

"Por favor," lo interrumpo, levantándome para caminar por la pequeña habitación. "Quiero que nos llevemos bien. Quiero que seamos buenos padres para Bella. Pero volver a estar juntos? Eso nunca va a suceder. Te lo he dicho al menos cien veces."

"¿Por qué?" Su voz se endurece. "¿Hay alguien más?"

Un golpe en la puerta me hace saltar. "Tengo que irme."

"¿Quién es? Emma—"

Cuelgo mientras camino hacia la puerta. Por la mirilla, veo la cara sonriente de Patricio, sus brazos cargados con bolsas de compras. Chrissy está detrás de él, sosteniendo lo que parece ser una funda de ropa.

"¡Por fin!" Patricio irrumpe tan pronto como abro la puerta. "El tráfico era una pesadilla."

"Parece que necesitas esto." Chrissy levanta una botella de vino. "Tu cara está haciendo esa cosa que hace cuando Jake está siendo Jake."

"¿Tan obvia soy?" Cierro la puerta con llave y los sigo a la sala. "Llevó a Bella a visitar una guardería sin decírmelo."

"¿Que hizo qué?" Patricio se da la vuelta, casi dejando caer sus bolsas. "Ay, no, cariño. Cuéntamelo todo."

Relato la conversación mientras abrimos el vino y atacamos la tabla de quesos. Cuando termino, Patricio prácticamente vibra de indignación.

"El descaro," declara, alcanzando más galletas. "¿Usar la educación de tu hija como chantaje? ¿Y no acaba de cumplir veinticinco? Uno pensaría que su córtex prefrontal finalmente estaría lo suficientemente desarrollado como para dejar de actuar como un adolescente intentando manipular a su ex para volver."

"Eso requeriría que realmente madurara," murmuro, dando un largo sorbo de vino.

"Juro que cada vez que pienso que no puede ser peor..." Patricio niega con la cabeza.

"Concentrémonos en algo mejor." Chrissy rellena mi copa. "Como el hecho de que tienes una cita con el soltero más cotizado de Manhattan. Hablando de eso..." Alcanza la funda de ropa. "Espera a ver lo que trajimos."

El vestido que sacan me deja sin aliento. Seda roja profunda que capta la luz, con un escote que baja lo suficiente para ser sexy sin cruzar a lo inapropiado. La falda cae a medio muslo, y la espalda... "¿Está descubierta?"

"Casi toda," dice Patricio con orgullo. "Te vas a ver increíble. Ahora, ve a ducharte mientras preparamos nuestras herramientas. Tenemos exactamente—" mira su reloj, "—cuatro horas para convertirte en Cenicienta."

"Antes de que te vayas," grita Chrissy, mientras ya está organizando el maquillaje en mi pequeño tocador, "cuéntanos sobre el restaurante. ¿Lo has buscado?"

"El Tribeca Grand," digo, reuniendo mis cosas para la ducha. "Aún no he tenido tiempo de buscarlo en internet."

El chillido de Patricio me sigue hasta el baño. "¡Mujer! ¡Ese lugar es imposible de conseguir mesa! El chef tiene como tres estrellas Michelin o algo así."

Genial. Una cosa más de la que ponerme nerviosa.

Salgo de la ducha y encuentro mi pequeña habitación transformada en un improvisado salón de belleza. Patricio tiene sus herramientas de peluquería desplegadas sobre mi cómoda, y el maquillaje de Chrissy ocupa cada centímetro disponible del tocador. Han empujado mi cama contra la pared para hacer espacio a lo que parece un espejo de cuerpo entero que definitivamente nunca he tenido.

"Lo traje de mi estudio," explica Chrissy cuando me ve mirarlo. "Necesitas ver el efecto completo. Ahora siéntate. Hablemos del peinado mientras Patricio te maquilla."

"Perdona," interrumpe Patricio. "Yo me encargo del pelo, tú del maquillaje. Ya lo hablamos."

"¿Cuándo?"

"En el coche, cuando no parabas de hablar sobre ese chico de tu gimnasio."

"¡Ah! Hablando de eso—" las manos de Chrissy son suaves mientras me aplica la base, pero su sonrisa es pícara. "No van a creer quién por fin me pidió el número."

"¿El Bombón del Gimnasio?" Patricio jadea, haciendo una pausa con un mechón de pelo envuelto en la plancha. "Nena, no juegues así con mis sentimientos."

"¡Sí! Y por cierto, se llama Jason."

"Prefiero El Bombón del Gimnasio," digo, intentando no mover la cara mientras Chrissy trabaja. "Llevamos seis meses llamándolo así. Ya es prácticamente su nombre legal."

"Vale." Chrissy pone los ojos en blanco. "Bueno, El Bombón del Gimnasio por fin me habló después de mi clase de yoga. Resulta que llevaba semanas queriendo invitarme a salir."

"¿Semanas?" Patricio se burla, soltando un rizo perfecto. "Dirás meses. He estado viendo ese baile incómodo entre ustedes cada vez que voy al gimnasio. Ha sido doloroso. Casi tan doloroso como mi cita de anoche, la verdad."

"Ay no." Capto su expresión en el espejo.

"Para empezar," Patricio deja la plancha. "Su perfil decía que medía un metro ochenta y ocho. Tenía varias fotos donde se veía alto. Fotos jugando básquet. De pie junto al marco de una puerta. Todo muy convincente."

"¿Y?" Chrissy lo incita, deteniendo la brocha de sombras en el aire.

"Y yo llegué con mis nuevas botas Saint Laurent—"

"¿Las de tacón de diez centímetros?" interrumpo.

"Obviamente. Necesitaba imponer presencia." Vuelve a tomar la plancha. "Así que entro pavoneándome al restaurante, sintiéndome toda una supermodelo, lista para mirar hacia arriba a este bombón de metro ochenta y ocho... y me encuentro mirándole la coronilla."

"¡No!" Chrissy y yo exclamamos al unísono.

"Oh, sí. Medía como un metro setenta, y estoy siendo generoso. Pero esto es lo mejor: me mira de arriba abajo y dice, 'Ah, no me di cuenta de que serías tan... alto.'"

"¡No puede ser!" Chrissy casi me embarra el delineador por toda la mejilla.

"Te lo juro. Así que le dije, '¡Qué curioso, yo tampoco me di cuenta de que serías tan bajito!'"

"¡Patricio!" Intento no reírme para no arruinar el trabajo de Chrissy. "No lo hiciste."

"Claro que sí. Luego di media vuelta y me fui. Estas piernas son demasiado buenas para desperdiciarlas con un mentiroso." Hace un gesto hacia sí mismo con la plancha. "Es decir, ¿quién miente sobre su altura en una app de citas? ¿Qué pensaba que iba a pasar?"

"¿Que te cautivaría tanto con su personalidad que no notarías los dieciocho centímetros faltantes?" sugiere Chrissy.

"Por favor," Patricio resopla. "Su personalidad no compensaba nada. Se pasó los treinta segundos antes de que me fuera tratando de explicar cómo su altura es diferente por la mañana."

"¿Diferente por la mañana?" repito.

"Aparentemente, es más alto cuando se despierta. Algo sobre la compresión de la columna." Patricio pone los ojos en blanco. "No puedo con estos hombres. Por eso me quedo soltero y vivo vicariamente a través del romance millonario de Emma."

"No es mi millonario nada," protesto. "Y solo vamos a cenar."

"Cariño." Patricio me mira a los ojos por el espejo. "Hombres como Daniel Hart no llevan a mujeres al Tribeca Grand para 'solo cenar.' Créeme."

"¿Podemos volver al Bombón del Gimnasio?" suplico. "Chrissy, ¿qué te dijo exactamente?"

"Ni hablar," Chrissy niega con la cabeza, alcanzando otro pincel. "No vas a cambiar de tema. Pero buen intento."

De alguna manera, entre las historias, el vino y las risas, siento que la tensión de la llamada con Jake se va desvaneciendo.

"Listo," dice Patricio finalmente, retrocediendo para examinar su trabajo. "El pelo está terminado. ¿Chrissy?"

"Terminando los labios." Aplica una última capa de labial rojo. "Perfecto. Mira."

Me giro hacia el espejo y apenas me reconozco. Mi pelo oscuro cae en suaves ondas por mi espalda, y el maquillaje es impecable: ojos ahumados, piel radiante y labios rojos que combinan perfectamente con el vestido.

"Hora del plato fuerte," anuncia Patricio, sosteniendo el vestido.

Me queda como un guante, la seda fresca contra mi piel. La espalda baja hasta justo encima de mi cintura, mientras que el frente muestra el escote justo para resultar interesante. Cuando me pongo los tacones que trajeron, siento como si estuviera mirando a una desconocida en el espejo, pero una desconocida que quiero ser.

"Estás preciosa," dice Chrissy suavemente.

"Espectacular," corrige Patricio. "Estás espectacular. Y sofisticada. Y completamente fuera de la liga de Jake, que es exactamente lo que necesitas ahora mismo."

Miro el reloj: 6:30. "Debería irme ya. El tráfico probablemente sigue fatal."

Me ayudan a guardar mis cosas en un pequeño bolso de mano: teléfono, labial, identificación. En la puerta, Patricio me da un fuerte abrazo.

"Te mereces esto," dice en voz baja. "No lo olvides."

Chrissy me abraza después. "Llámanos mañana. Queremos todos los detalles."

Los veo marcharse, sus voces resonando en el pasillo, antes de volverme para coger mis llaves. En el espejo junto a la puerta, me doy un último vistazo. La mujer que me devuelve la mirada parece segura, hermosa, lista para cualquier cosa.

Espero estarlo.

9

DANIEL

El Tribeca Grand vibra con conversaciones en voz baja, el tintineo de copas y alguna que otra risa que se escapa de las mesas cercanas. Pero nada de esto me importa.

Mi atención está fija en Emma mientras camino hacia su mesa. Está radiante, sentada junto a la ventana donde la luz de la luna realza el rojo de su vestido de seda. La tela abraza sus curvas perfectamente, y su cabello oscuro cae sobre sus hombros en suaves ondas.

Levanta la mirada cuando me acerco, sus ojos color miel encuentran los míos, y siento ese tirón otra vez—como si el mundo se inclinara cuando ella está en la habitación. Sonríe, dudosa pero cálida, y no puedo evitar pensar lo diferente que es de cualquier persona que haya conocido.

"Hola," dice cuando llego a la mesa, su voz suave pero firme.

"Estás espectacular," digo en voz baja, admirándola por completo. Las palabras no parecen suficientes, pero es todo lo que puedo decir. Se sonroja y baja la mirada, alisando la tela de su vestido sobre su regazo.

"Gracias," murmura. "Tú tampoco te ves nada mal."

Me río suavemente, retirando su silla y sentándome frente a ella. El camarero aparece casi al instante, presentándose como Luca, y nos ofrece la carta de vinos.

La miro. "¿Tienes alguna preferencia?"

"La verdad que no. Confío en ti," dice con una pequeña sonrisa.

"Dos copas de Château Margaux," le digo a Luca, y él asiente antes de desaparecer.

Me observa mientras me recuesto en mi silla, sus labios curvándose como si dudara en decir algo. "¿Siempre pides así?"

"¿Así cómo?"

"Como si lo hubieras hecho mil veces antes." Sus ojos se entrecierran juguetonamente. "Seguro que sí."

Me río y asiento. "Me declaro culpable. Esta es una escena bastante familiar para mí, aunque debo decir que esta noche se siente... diferente."

"¿Diferente en qué sentido?" pregunta, ladeando ligeramente la cabeza.

Mantengo su mirada. "Porque esta noche estoy aquí con alguien que me importa."

Su sonrojo se intensifica y desvía la mirada, jugueteando con la servilleta en su regazo. "Debes ser bueno en esto."

"¿En qué?"

"En hacer que una chica se sienta como si fuera la única persona en el salón," dice, su tono ligero pero con un deje de vulnerabilidad.

Me inclino hacia adelante, apoyando los antebrazos en la mesa. "Emma, no digo cosas que no siento. Ya no."

Sus ojos encuentran los míos de nuevo, buscando algo. Sea lo que sea, debe encontrarlo porque se relaja un poco, bajando los hombros.

Luca regresa con el vino, sirviéndolo expertamente en nuestras copas. Brindamos en silencio, haciendo tintinear el delicado cristal, y ella da un sorbo. La observo atentamente, la forma en que sus labios se curvan en una suave sonrisa mientras el sabor se expande en su lengua.

"Bueno," digo, dejando mi copa. "Cuéntame de ti."

"¿Por dónde empiezo?" pregunta con una pequeña risa, reclinándose en su silla.

"¿Qué tal por el principio?"

"Pues..." Hace girar su vino, pensativa. "Soy hija única. Mi madre es ama de casa, y mi padre es camionero. Está en la carretera la mayor parte del tiempo, así que crecí prácticamente sola con

mi madre."

"¿Y cómo fue eso?"

Se encoge de hombros. "Estuvo bien. Mi madre es... increíble pero también un poco controladora. Es el tipo de madre que tiene opiniones sobre todo, las pidas o no."

Me río. "Me suena familiar."

"¿Ah sí?" Levanta una ceja. "¿Y tú qué?"

"También soy hijo único," le digo. "Mis padres están jubilados ahora, viajando por el mundo y disfrutando de la vida. Mi padre me cedió la empresa cuando tenía veintiocho años. Al principio fue... abrumador, pero agradezco la confianza que depositó en mí."

"¿Te cedió la empresa?" pregunta, abriendo mucho los ojos. "Eso es algo importante."

"Lo es," admito. "Pero fue algo que se veía venir. Había estado trabajando bajo su dirección desde que me gradué, aprendiendo el oficio. Cuando decidió que era el momento, tuve que dar un paso al frente."

"Debió ser mucha presión."

"Lo fue," digo honestamente. "La verdad es que metí la pata bastante los primeros años, pero ahora, me gusta pensar que lo he hecho sentir orgulloso."

Sonríe suavemente. "Estoy segura de que sí."

"¿Ves mucho a tus padres?" pregunto.

"Sí," dice. "Mi madre sigue en casa, y mi padre sigue conduciendo camiones. Me ayudan mucho con Bella, especialmente mi madre. Es mi salvación."

"Bella," repito. "¿Dijiste que tiene tres años, verdad?"

"Sí, casi cuatro." El rostro de Emma se suaviza, y su sonrisa se vuelve nostálgica. "Es increíble. Tan lista y curiosa por todo. Mi pequeña está creciendo tan rápido."

"Se nota que tiene una buena madre," digo.

Su sonrisa flaquea un poco, y baja la mirada hacia la mesa. "Lo intento," dice después de un momento. "Pero a veces es difícil. Especialmente con su padre."

"¿Qué pasa con él?" pregunto, manteniendo un tono suave.

Duda, luego suspira. "Jake llevó a Bella a ver un preescolar sin siquiera decírmelo. Me enteré solo porque Bella lo mencionó. Es como si pensara que no debo tener voz en estas decisiones."

Frunzo el ceño, sintiendo que la ira se enciende en mi pecho por ella. "Eso no está bien. Mereces ser incluida en decisiones así."

"Lo sé. Es solo que... es agotador."

Extiendo mi mano sobre la mesa, cubriendo la suya con la mía. “Emma, estás haciendo un trabajo increíble. No dejes que él te haga dudar de eso.”

Sus ojos se encuentran con los míos, brillando con lágrimas que no terminan de caer. “Gracias,” susurra. Luego retira su mano, sacudiendo la cabeza. “Lo siento. No debería estar hablando de mi ex en una primera cita.”

“No te disculpes,” digo con firmeza. “Quiero conocerte—a lo bueno, lo malo y todo lo demás.”

Ella ríe suavemente, y la tensión entre nosotros se disuelve. Pasamos a temas más ligeros, hablando de sus recuerdos favoritos de la infancia y los viajes de mis padres. Me cuenta cómo su padre solía traerle pequeños recuerdos de sus viajes, y yo le comparto cómo mi madre siempre insistía en tomar fotos familiares en cada lugar turístico, sin importar lo cursi que fuera.

La conversación fluye con naturalidad, y cuando menos me doy cuenta, hemos terminado nuestros platos principales. Cuando Luca se acerca para preguntar por el postre, niego con la cabeza.

“Nada de postre,” digo, mirando a Emma con una sonrisa. “Tengo una sorpresa para ti.”

Sus ojos se agrandan. “¿Una sorpresa?”

“Confía en mí,” digo, poniéndome de pie y ofreciéndole mi mano.

Ella duda solo un momento antes de colocar su mano en la mía, el calor de su toque enviando una chispa a través de mí. Juntos, salimos del restaurante y nos encontramos con el aire fresco de la noche, mi coche esperándonos junto a la acera.

El trayecto es silencioso, las luces de la ciudad pasando como destellos mientras Emma observa el mundo por la ventana. Cuando llegamos a la playa, sus ojos se iluminan de sorpresa.

“¿Qué hacemos aquí?” pregunta mientras salgo del coche y rodeo para abrirle la puerta.

“Ya lo verás,” digo, extendiendo mi mano para ayudarla a bajar. “Quítate los tacones.”

Me mira, luego baja la vista hacia sus pies. “¿En serio?”

“En serio,” respondo con una sonrisa. “Confía en mí.”

Se quita los tacones, sosteniéndolos en una mano mientras la guío hacia la arena. La luz de la luna baña la playa con un resplandor plateado, y a lo lejos, una manta está extendida, rodeada de farolillos titilantes. Una botella de vino y un surtido de postres—fresas cubiertas de chocolate, delicados pasteles y un cuenco de frutas frescas—están dispuestos perfectamente.

Ella contiene el aliento. “Daniel, esto es…”

“¿Te gusta?” pregunto, observando su rostro.

Se gira hacia mí, sus ojos brillando. “Es perfecto.”

Nos sentamos juntos en la manta, el sonido de las olas creando un telón de fondo relajante. Sirvo una copa de vino para cada uno, observando cómo ella da un sorbo, sus labios curvándose en una suave sonrisa.

“Esto parece un sueño,” dice, mirándome. “Ni siquiera sé cómo agradecerte.”

“No tienes que agradecerme,” digo, apartando un mechón de cabello de su rostro. “Solo quería verte sonreír.”

Su mirada baja a mi boca, y el aire entre nosotros se vuelve más denso. Me inclino lentamente, dándole tiempo de detenerme, pero no lo hace. Cuando nuestros labios se encuentran, el beso es suave al principio, luego más profundo, más urgente.

Sus manos suben hasta mi pecho, y la atraigo más hacia mí, mis dedos deslizándose por su espalda, sintiendo el calor de su piel a través de la seda de su vestido. Ella suspira suavemente cuando mi mano se mueve a su muslo, y lo tomo como una invitación, mis dedos rozando la piel sensible de esa zona.

“Espera,” susurra, sus ojos grandes buscando los míos. “No sé si deberíamos hacer esto. Quiero

decir, aquí, en la playa…”

Mi corazón late con fuerza, mi deseo por ella pulsando en cada parte de mí. Pero su duda pesa más que mi propia necesidad. “No tenemos que hacer nada con lo que no te sientas cómoda, Emma,” le digo, mi voz ronca y baja. “Pero quiero demostrarte cuánto me importas. Déjame hacerte sentir bien.”

Ella me mira, mordiéndose ligeramente el labio inferior, y algo en su expresión cambia. Asiente, al principio lentamente, luego con más firmeza.

“Está bien,” susurra, su voz suave pero decidida.

El alivio se mezcla con una oleada de anticipación. Con cuidado, la guío para que se recueste sobre la manta, su oscuro cabello extendiéndose como un halo alrededor de su rostro.

Es tan hermosa que me deja sin aliento. Me acomodo entre sus piernas, mis manos en sus muslos, mis ojos fijos en los suyos mientras busco su permiso no dicho en cada paso.

Su respiración se acelera cuando deslizo mis manos bajo el borde de su vestido, empujándolo hacia arriba para descubrir su piel suave. Su nerviosismo es evidente, pero me aseguro de moverme despacio, dejándole ver cuánto significa para mí. Cuando me inclino y presiono mis labios contra su muslo interno, tiembla, su respiración se entrecorta. Puedo sentir su anticipación en la forma en que su cuerpo reacciona, cada movimiento atrayéndome más cerca.

Sus manos se aferran a la manta mientras mis labios suben por sus muslos, lentos y deliberados. La beso suavemente, saboreando cada momento, cada escalofrío y cada suspiro. Finalmente, dejo que mi aliento roce su coño, y la siento temblar. Cuando levanto la vista, tiene los ojos cerrados, su rostro es una mezcla de vulnerabilidad y confianza. Ella asiente, y eso es todo el permiso que necesito.

Con un toque cuidadoso, separo sus pliegues, mi aliento cálido rozándola. Ella jadea suavemente, sus caderas se mueven instintivamente, y no puedo evitar sonreír al ver lo receptiva que es. Mi lengua la encuentra, saboreándola por primera vez, y su gemido es música para mis oídos. Comienzo despacio, explorándola, aprendiendo qué la hace temblar y suspirar. Su sabor, sus sonidos... son embriagadores.

Sus manos encuentran mi cabello, tirando suavemente mientras me concentro en su clítoris, jugando y trazando círculos con mi lengua. Se arquea sobre la manta, su cuerpo reaccionando con una urgencia que me impulsa a darle más. Sus gemidos se hacen más fuertes, sus súplicas entrecortadas me piden que no me detenga. “Oh, Daniel,” susurra, su voz temblando de placer. “Por favor... no pares.”

Ni siquiera podría detenerme aunque quisiera. Aumento la presión, el ritmo de mi lengua

perfectamente sincronizado con la manera en que su cuerpo se mueve contra mí. Está cerca, lo siento en cómo sus músculos se tensan, en cómo su respiración se corta. No cedo, y cuando finalmente grita, su cuerpo sacudido por el clímax, sostengo sus caderas, manteniéndola cerca mientras siente cada ola.

Cuando sus temblores disminuyen, me acomodo a su lado, apartando su cabello de su rostro. Aún está recuperando el aliento, sus mejillas están sonrojadas y sus ojos entrecerrados. “Eso fue increíble,” dice, su voz es suave pero llena de asombro. “Nunca había sentido algo así antes.”

Me quedo congelado por un momento. “¿Nunca?” pregunto, mi voz es baja pero curiosa.

Emma duda, aclarándose la garganta. “Jake nunca…” comienza vacilante. “Él solo—”

No la dejo terminar. Me inclino y la beso, vertiendo todo lo que siento por ella en ese beso. Cuando me aparto, apoyo mi frente en la suya, mi voz es suave pero firme. “Me alegra haber sido el primero en darte esa experiencia.”

Ella sonríe, sus dedos trazan mi mandíbula. “A mí también,” susurra, su voz es firme y cálida.

No puedo dejar de mirarla, la manera en que sus ojos color avellana atrapan la luz de la luna, brillando como si guardaran un secreto destinado solo para mí.

Alcanzo el plato a nuestro lado, tomando un pedazo de chocolate, su superficie oscura brilla bajo el suave resplandor. Una idea cruza por mi mente, y lo levanto, rozándolo ligeramente contra sus labios.

Sus labios se entreabren, y trazo su contorno con el chocolate, lento y deliberado, observando cómo su respiración se entrecorta con mi toque. “Prueba,” murmuro, mi voz es baja.

No rompe el contacto visual mientras presiono suavemente el chocolate contra su boca, deslizándolo entre sus labios. Su lengua roza mi dedo, y juro que casi olvido respirar cuando lo chupa brevemente, su calidez llevándome más profundo de lo que jamás creí posible. Lentamente, retiro mi dedo de su boca, y ella muerde el chocolate, sus dientes hundiéndose con un suave crujido.

Mastica, su sonrisa creciendo mientras el sabor se derrite en su lengua. “Mmm,” murmura suavemente, sus ojos avellana brillan de placer. “Está delicioso.”

No puedo evitar sonreír, la imagen de ella así—suave, radiante, completamente en paz—se graba en mi memoria. “No tan delicioso como tú,” digo antes de inclinarme y besarla de nuevo.

Sus labios están cálidos y dulces, con un leve sabor a chocolate, y se derrite contra mí, su cuerpo

relajándose bajo el mío. Profundizo el beso, saboreando el momento, mis manos sosteniendo su rostro como si fuera lo más preciado que he tenido. Y cuando sus brazos rodean mi cuello, sé con absoluta certeza que esto, justo aquí, es perfección.

EMMA

El bar está más silencioso que de costumbre esta noche, con ese tipo de silencio que estira el tiempo, haciendo que cada segundo pese más. El suave tintineo de los vasos, el murmullo bajo de las conversaciones y el giro rítmico de los ventiladores de techo apenas llenan el espacio. Incluso la música, una relajante lista de blues y guitarra acústica, parece apagada.

Me encuentro detrás de la barra, limpiando distraídamente un vaso por tercera vez. El movimiento suave del paño sobre el cristal ayuda a mantener mis manos ocupadas, pero mi mente está lejos de aquí. Vuela, sin querer, hacia la noche anterior con Daniel.

El recuerdo me provoca un escalofrío por la espalda. Todavía puedo sentir sus manos en mis caderas, su aliento cálido contra mi cuello y sus labios donde más importa.

La forma en que me miraba, sus ojos verdes oscureciéndose con intensidad, como si yo fuera la única persona en el mundo. Es una sensación que no puedo sacudirme, repitiéndose en mi mente como las notas finales de una hermosa canción, persistiendo mucho después de que la música termine.

"Ya está bien de esa sonrisa soñadora", la voz de Patricio me devuelve de golpe a la realidad.

Parpadeo, sobresaltada, y me giro hacia donde está sentado en el extremo de la barra, con una copa de vino balanceándose delicadamente en su mano. Su cabello, peinado hacia atrás esta noche, refleja el suave brillo de las luces superiores.

"Vamos", exige, haciendo girar su copa con un gesto dramático. "Necesito detalles, Emma. No me hagas rogarte."

Sonrío con picardía, echándome el paño húmedo al hombro mientras me apoyo en la barra. "¿Ahora?"

"Sí, chica." La sonrisa de Patricio se ensancha, arqueando su ceja perfectamente delineada. "Necesito saber cómo fue tu cita con el Señor Perfecto. Me muero por saberlo."

Río suavemente, negando con la cabeza. Patricio es implacable, pero su emoción es contagiosa. "Vale", digo, mirando hacia mi compañera Megan, que está ocupada apilando vasos al otro lado de la barra. Bajando la voz, me inclino más cerca. "Fue... increíble."

Patricio prácticamente rebota en su asiento, aferrándose a su copa de vino como si fuera un salvavidas. "¡Lo sabía! Mírate, radiante. R-A-D-I-A-N-T-E. Ahora, cuéntamelo todo antes de que explote."

Vuelvo a mirar hacia Megan para asegurarme de que no pueda oírnos antes de inclinarme más. "El restaurante era increíble y él estaba... espectacular. Obviamente."

Patricio levanta una ceja perfecta, poco impresionado. "¿Y?"

"Y luego hablamos", continúo, ignorando su dramático gemido.

"¿Hablaron?", repite, haciendo un gesto despectivo con la mano. "Niña, quiero el chile, no la ensalada."

Me río, golpeándolo con el paño. "¡Déjame terminar! Hablamos de Bella, de mi vida, de su vida... de todo. Es atento, Patricio. Me escuchó, de verdad me escuchó. No ese tipo de escucha falsa donde solo asienten con la cabeza. Le importaba."

Patricio suspira, llevándose la mano al pecho como si lo hubiera herido físicamente. "¿Un hombre que escucha? Para ya. Me estoy emocionando."

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo borrar la sonrisa de mi cara. "Y luego, después de la cena, me sorprendió."

Patricio jadea, su copa de vino tintineando contra la barra. "¿Una sorpresa? Dime que había luces parpadeantes y luz de luna."

"Las había", admito, suavizando mi voz ante el recuerdo. "Me llevó a la playa. Había un picnic: vino, postre, faroles. Fue perfecto."

Patricio se lleva ambas manos al corazón. "Me muero. Esto es demasiado. ¿Te besó?"

La pregunta hace que mis mejillas ardan mientras el recuerdo regresa: los labios de Daniel rozando los míos, el calor de sus manos sobre mi piel, la forma en que todo mi cuerpo se derritió

contra él. "Sí", susurro.

Patricio deja escapar un jadeo escandalizado. "¿Y?"

"Y eso es todo lo que vas a saber", lo provoco, girándome para coger otro vaso del estante.

"Qué mala", murmura, dando un sorbo dramático a su vino. "Entonces, ¿has hablado con él desde anoche?"

Lo miro por encima del hombro. "Me mandó un mensaje esta mañana. 'Que tengas un gran día'. Corto y dulce."

Patricio gime, echando la cabeza hacia atrás. "¿Eso es todo? Ugh, los hombres hetero son lo peor. Pero suena maravilloso. Oficialmente estoy viviendo vicariamente a través de ti."

Me río, negando con la cabeza mientras alcanzo el siguiente vaso para limpiar. La conversación se siente como una burbuja cálida, aislándome del mundo exterior. Pero justo cuando estoy a punto de responder, mi teléfono vibra en mi bolsillo, la vibración resonando contra la barra donde lo he dejado.

Miro la pantalla. Jake.

Mi estómago se retuerce mientras deslizo el dedo para abrir el mensaje, y el corazón se me cae a los pies cuando veo la foto adjunta. Es una imagen granulada, claramente tomada por paparazzi: Daniel y yo en el restaurante, con las cabezas cerca una de la otra, su mano rozando la mía. El titular sobre la imagen dice: "El Soltero Más Codiciado de Manhattan Visto con Mujer Misteriosa."

Otro mensaje llega casi al instante:
"Puta."

El aire parece haberse esfumado de la habitación. Mi mano tiembla mientras miro la pantalla.

"Dios mío", susurro, las palabras escapándose antes de poder contenerlas.

Patricio lo nota de inmediato, su rostro cambiando de curiosidad juguetona a preocupación aguda. "¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?"

Sin palabras, le extiendo el teléfono. Lo toma, entrecerrando los ojos mientras lee el titular y el cruel mensaje debajo. "Pero qué demonios..." Patricio se interrumpe, su expresión oscureciéndose. "Ese niñato amargado."

Bajo la mirada, sintiendo el peso de la ira de Jake oprimiéndome. "Ni siquiera pensé en los paparazzi... o en ser vista así."

Patricio se estira sobre la barra, su mano firme y reconfortante sobre la mía. "Escúchame, Emma. Jake es un hombre inseguro y amargado que no soporta verte feliz. No tiene ningún derecho a juzgarte. Ninguno. No has hecho nada malo."

Asiento, tragando con fuerza contra el nudo en mi garganta. "Solo quiero que esta noche salga bien. Se supone que tiene que traer a Bella y no quiero dramas."

Patricio me aprieta la mano otra vez, su contacto me ayuda a mantener los pies en la tierra. "Eres una madre excelente, Em. No dejes que te arruine la noche. Llámame si necesitas algo, ¿vale?"

"Vale."

El trayecto a casa es tenso, mis nudillos apretando el volante mientras las luces de la ciudad se difuminan al pasar. El mensaje de Jake se repite en mi mente. Cuando por fin aparco, mis nervios están destrozados.

Dentro, el apartamento se siente demasiado silencioso. Me cambio rápidamente la ropa del trabajo, poniéndome unas mallas suaves y un jersey grande, pero la ropa casual hace poco por calmarme. Cuando finalmente llega el golpe en la puerta, es seco, fuerte, y resuena por el apartamento como un disparo.

Abro la puerta y encuentro a Jake de pie, su pelo rubio perfectamente peinado, sus ojos azules fríos y calculadores. Bella está agarrada a su mano, sus pequeños dedos envueltos alrededor de los suyos más grandes.

"Hola, mi amor", digo, agachándome a su altura. "Aquí está mi princesa hermosa."

El rostro de Bella se ilumina, una sonrisa extendiéndose por su cara mientras se lanza a mis brazos. "¡Mami! ¡Te he echado muchísimo de menos!"

"Yo también te extrañé, mi amor", susurro, dándole un beso en la frente y apartándole los rizos dorados de la cara. "¿Te divertiste con papá?"

"¡Sí!" Sonríe radiante, sacando un papel arrugado de su mochila. "¡Mira, mami! ¡Hice un dibujo!"

Tomo el dibujo y se me derrite el corazón al ver el castillo colorido y la princesa que ha dibujado. "Es precioso, Bella. Eres toda una artista."

Bella ríe, sus ojos azules brillando. Pero cuando levanto la mirada, me encuentro con la mirada fija de Jake, dura e implacable.

"¿Ya comió?", pregunto, manteniendo la voz firme.

"Sí", responde secamente, con tono cortante.

"Vale, mi amor", le digo a Bella, acariciándole suavemente el pelo. "Ve a poner tu dibujo en tu cuarto, ¿vale?"

"¡Vale, mami!" Sale corriendo, sus pequeños pies resonando contra el suelo, su risa desvaneciéndose mientras desaparece por el pasillo.

Me pongo de pie, cruzándome de brazos mientras encaro a Jake. "Lo que sea que tengas que decir, Jake, puede esperar. No me ha gustado nada el mensaje que me has enviado."

Antes de que pueda cerrar la puerta, Jake la empuja, entrando al apartamento.

"Tenemos que hablar", dice, con voz baja y amenazante.

"Jake", siseo, manteniendo la voz baja y mirando hacia el cuarto de Bella. "Aquí no. Así no."

Se acerca más, su figura imponente llenando el pequeño recibidor, sus ojos azules clavados en los míos con una intensidad que me provoca un escalofrío de inquietud. "¿Así cómo, Emma? ¿Como tú saliendo con un ricachón creído en público? ¿Como si Bella no tuviera un padre que se preocupa por ella?"

"Esto no tiene nada que ver con Bella", respondo, con la voz temblorosa pero firme. "Y este no es ni el momento ni el lugar. No voy a hacer esto ahora."

Su mandíbula se tensa, los músculos flexionándose bajo su piel. "Eres muy astuta, ¿lo sabías?", gruñe, elevando la voz lo suficiente como para que se me encoja el pecho.

"Baja la voz", le espeto, con los puños apretados. "Está en la otra habitación. ¿Quieres asustarla?"

"¡No intentes darle la vuelta a esto!" Se acerca más, su tono venenoso. "No sé quién te crees que eres, paseándote con un extraño cerca de mi hija. No lo conozco. No confío en él. Y ni de coña quiero que se acerque a Bella."

Retrocedo un paso, obligándome a mantenerme firme a pesar del miedo que me trepa por el

pecho. "Para empezar, nunca ha conocido a Bella, así que tranquilízate. No tienes derecho a decidir con quién salgo. No puedes controlar mi vida."

Los ojos de Jake se oscurecen, y acorta la distancia entre nosotros en dos zancadas rápidas. "Estás intentando reemplazarme", dice, su aliento caliente contra mi cara. "Pero déjame dejarte algo claro: yo soy el padre de Bella, y nadie va a ocupar mi lugar. Nadie."

Retrocedo otro paso y mi espalda choca contra la pared. "Jake, tranquilízate. Tienes que irte."

"No me voy." Su voz es grave.

Lo miro incrédula. "Llamaré a la policía."

"¿Vas a llamar a la policía contra el padre de Bella? Adelante, Emma. Llámalos. Deja que nuestra hija me vea salir esposado. Eso es lo que quieres, ¿no?"

"Basta ya", susurro, con la voz temblorosa mientras intento apartar su mano de donde la tiene apoyada contra la pared junto a mi cabeza.

"¿Crees que puedes simplemente apartarme? ¿Crees que voy a dejar que me reemplaces con un tipo que no tiene ni idea de quién es Bella ni de lo que necesita?" Su tono está cargado de amargura, pero su voz es lo suficientemente alta como para hacerme mirar hacia el cuarto de Bella.

Puedo sentir el calor de su ira, verlo irradiando en la tensión de su mandíbula y sus hombros. Se me encoge el pecho mientras intento pensar cómo calmar la situación sin empeorarla.

"Jake, por favor", digo suavemente, obligándome a sostener su mirada. "Nadie va a reemplazarte. Vete antes de que asustes a nuestra hija."

Como si fuera una señal, una vocecita llama desde el pasillo. "¿Mami?"

Los dos nos quedamos helados, y me giro rápidamente para ver a Bella parada en la puerta de su habitación, agarrando a Saltitos. Sus ojos azules están muy abiertos, sus labios temblando ligeramente mientras nos mira a Jake y a mí.

Me agacho de inmediato, extendiendo los brazos. "Todo está bien, mi vida. Ven aquí."

Corre hacia mí, escondiendo su cara en mi hombro. "¿Estás bien, mami?", susurra, sus manitas aferrándose a mi jersey.

Miro a Jake, mis ojos suplicándole que se vaya, que se marche antes de que esto empeore.

Él exhala bruscamente, pasándose una mano por el pelo rubio mientras suaviza su tono. "Cariño", dice, agachándose a la altura de Bella. "Papá siente haber gritado. No quería asustarte, ¿vale?"

Bella lo mira dudosa, con los brazos todavía fuertemente agarrados a mi cuello. "Vale", murmura.

"Vuelve a tu cuarto, princesa", digo con dulzura. "Mami y papi solo están hablando."

Ella asiente, dándome un último abrazo antes de volver corriendo a su habitación.

En cuanto está fuera de vista, me pongo de pie. "Ya basta. Tienes que irte. Ahora."

Los ojos de Jake se entrecierran, y por un momento, creo que va a discutir. En su lugar, se da la vuelta para irse.

"Estaré fuera", dice, con voz baja y fría. "Vigilando. Ni por un segundo pienses que voy a dejar que un imbécil ocupe mi lugar."

Me quedo paralizada mientras se da la vuelta y sale, la puerta cerrándose de un portazo tras él. Me tiemblan las manos mientras echo el cerrojo, apoyando la frente contra la madera fría mientras tomo una respiración entrecortada.

Intento sacudirme la tensión mientras preparo un baño caliente para Bella, llenando la bañera con burbujas que se desbordan por los bordes. El aroma a lavanda llena el pequeño baño, tranquilizador y reconfortante.

Bella se sienta en el borde de la bañera, moviendo las piernas y riendo mientras mira crecer las burbujas. "¡Mira, mami! ¡Es como una montaña!"

"Sí que lo es, mi vida", digo, forzando una sonrisa mientras la ayudo a meterse en el agua. Se sienta con un suspiro feliz, cogiendo un patito amarillo del borde de la bañera.

"¡Cuac-cuac va a nadar!", anuncia, haciendo que el pato se sumerja bajo las burbujas.

Río suavemente, arrodillándome junto a la bañera mientras mojo una toallita y se la paso con suavidad por los brazos. "Cuac-cuac nada muy bien", digo, enjuagando la espuma de su piel.

Bella ríe, salpicando levemente mientras alcanzo el champú. "Mami, ¿puede Cuac-cuac tener una

toalla también?"

"Cuac-cuac puede compartir la tuya", bromeo, masajeando el champú con aroma a lavanda en sus rizos.

Mientras le enjuago el pelo, me centro en el sonido de su risa. Por un momento, el peso de la noche se desvanece, reemplazado por la simple alegría de este momento con mi hija.

Una vez terminado el baño, la envuelvo en una toalla suave y la seco, su risa burbujeando mientras finjo hacerle cosquillas en los dedos de los pies. "Vale, princesa", digo, ayudándola a ponerse su pijama rosa favorito. "Hora de dormir."

"Pero no tengo sueño", protesta, conteniendo un bostezo.

Sonrío, levantándola en brazos y llevándola a su habitación. "¿No tienes sueño, eh? ¿Y si te leo un cuento?"

Asiente con entusiasmo, acurrucándose en su cama mientras la arropo. Me siento a su lado, leyendo hasta que sus párpados se vuelven pesados y su respiración se acompasa.

Cuando por fin salgo de su habitación, el apartamento se siente inquietantemente silencioso. Miro por la ventana, y se me cae el alma a los pies al ver el coche de Jake todavía aparcado abajo, su figura apenas visible tras el volante.

Un escalofrío me recorre mientras cierro las cortinas. Quizás mamá tiene razón. Quizás sí necesito más ayuda. Quizás es hora de que algo cambie, porque si el comportamiento de Jake esta noche es una señal de algo, esto no ha terminado.

Y solo va a empeorar.

II

EMMA

La suave luz de la mañana se filtra a través de las cortinas, bañando la habitación en un tenue resplandor dorado. Me estiro, sintiendo aún el peso de la noche anterior, aunque ya no tan sofocante como antes. Mi primer pensamiento, involuntario, es Jake. Me incorporo en la cama, las sábanas se arremolinan alrededor de mi cintura mientras dirijo la mirada hacia la ventana.

El nudo de inquietud en mi estómago se aprieta mientras me levanto y camino descalza sobre el frío suelo de madera.

Tiro suavemente de la cortina, lo suficiente para echar un vistazo. Mis ojos recorren el estacionamiento abajo, y exhalo bruscamente al ver que el espacio donde el auto de Jake había estado toda la noche finalmente está vacío.

"Gracias a Dios", murmuro, presionando una mano contra mi pecho, como si eso pudiera calmar los latidos acelerados de mi corazón.

Dejo caer la cortina y me giro para enfrentar el silencioso apartamento. Este lugar debía ser mi santuario, un espacio que pudiera llamar mío. Pero Jake ha logrado filtrarse en cada rincón de mi vida.

Observo la habitación. Las paredes color lavanda que pinté cuando Bella y yo nos mudamos. La foto enmarcada en el estante donde ella sopla las velas de su pastel de tercer cumpleaños. Los pequeños dibujos que había pegado en la nevera, llenos de princesas y castillos trazados con sus líneas temblorosas de crayón.

Este lugar había sido mi intento de independencia, de construir una vida para Bella y para mí. Pero el auto de Jake vigilando afuera anoche —esperando— me hace darme cuenta de que quedarnos aquí ya no es una opción.

Respiro profundo, preparándome para la decisión que he estado evitando.

Es hora de irnos.

Por mucho que me desagrade la idea de volver a casa de mi madre, es la única manera de asegurarme de que Jake no pueda merodear durante las entregas de Bella.

No se atrevería a hacer este tipo de cosas allí, no con el temperamento de mi padre y el implacable sentido de justicia de mi madre.

Ya no se trata solo de Jake; se trata de darle a Bella y a mí la oportunidad de tener una vida normal. No puedo evitar pensar en Daniel. Si quiero tener alguna posibilidad de una vida amorosa, no puedo quedarme aquí donde Jake estará vigilando quién entra y sale de mi apartamento.

Me deslizo en la habitación de Bella, el suave sonido de su respiración acompasada llena el espacio. Sus rizos dorados están esparcidos sobre la almohada, su pequeño cuerpo acurrucado alrededor de Hopsie.

"Bella", susurro con dulzura, sentándome en el borde de su cama.

Ella se mueve, arrugando su pequeña nariz antes de que sus brillantes ojos azules parpadeen al abrirse. Me mira, todavía atrapada en la neblina del sueño, y entonces su rostro se ilumina.

"¡Mami!", exclama, lanzando sus brazos alrededor de mi cuello.

Río suavemente, abrazándola con fuerza. "Buenos días, mi amor. ¿Dormiste bien?"

Asiente contra mi hombro, con la voz amortiguada. "Sí. Soñé con castillos y dragones."

"¿Castillos y dragones? Suena emocionante." Me separo para apartar los rizos de su cara. "¿Qué te parece si nos levantamos, nos cepillamos los dientes y desayunamos?"

"Vale", dice, bostezando mientras se sienta y se frota los ojos.

La guío al baño, su pequeña mano cálida en la mía. Se sube a su banquito para alcanzar el lavabo, tarareando suavemente mientras la ayudo a poner pasta de dientes en su cepillo.

Una vez que se ha cepillado los dientes, la ayudo a ponerse unos leggings suaves y una camiseta rosa con un unicornio brillante en el frente. Ríe mientras le cepillo los rizos, y el sonido es como un rayo de sol atravesando las nubes persistentes de mis pensamientos.

En la cocina, le preparo avena con un chorrito de miel y un puñado de arándanos. Se sube a su

silla en la pequeña mesa del comedor, sus pies balanceándose mientras toma un bocado.

"Bella", digo con cuidado, sentándome frente a ella. "Tengo algo que decirte."

Levanta la mirada, su cuchara detenida en el aire. "¿Qué pasa, mami?"

Respiro hondo, intentando mantener un tono ligero. "Vamos a quedarnos con la abuela y el abuelo por un tiempo. ¿Te gustaría eso?"

El rostro de Bella se ilumina al instante. "¡Me encanta ir con la abuela! Hace las mejores galletas y me deja jugar a disfrazarme con su ropa elegante. El abuelo me lee cuentos cuando está en casa."

Río, aliviada por su entusiasmo. "Qué bien. Entonces, hoy vamos a empacar algunas de nuestras cosas y las llevaremos a casa de la abuela. Llevaremos algo de ropa y juguetes, y luego volveré más tarde por el resto."

"¡Vale!", dice, aplaudiendo. "¿Puedo llevar a Hopsie?"

"Claro que sí, mi amor. Hopsie va donde tú vayas."

Después del desayuno, empezamos a empacar.

Saco una maleta del armario y la lleno con la ropa de Bella: vestiditos, leggings y su pijama favorito con arcoíris. Bella ayuda reuniendo sus juguetes, colocando cuidadosamente sus muñecas y peluches en una caja.

"¿Es suficiente, mami?", pregunta, sosteniendo una tiara y unas alas de hada brillantes.

"Es perfecto", digo, sonriendo mientras sello la caja con cinta adhesiva.

Una vez que el auto está cargado con lo esencial, abrocho a Bella en su silla de seguridad. Abraza fuertemente a Hopsie, sus pies moviéndose con emoción mientras enciendo el motor.

El viaje a casa de mi madre es tranquilo, Bella tararea para sí misma en el asiento trasero. Mi mente no para de dar vueltas pensando en Jake, en cómo las cosas se han descontrolado tan rápidamente.

Cómo puede acusarme de intentar reemplazarlo en la vida de Bella. He estado esforzándome tanto durante el último año por criar a nuestra hija juntos, incluso cuando él está siendo ridículo.

Mi madre nos recibe en la puerta, con los brazos abiertos mientras Bella corre hacia ella.

"¡Abuela!", grita Bella, su risa llenando el aire.

"¡Hola, mi niña preciosa!", dice mamá, levantando a Bella en sus brazos. Me mira, su sonrisa suavizándose. "Pasa, Emma."

Acomodamos a Bella en la sala con su programa favorito en la televisión y un plato de manzanas cortadas con mantequilla de cacahuete.

Una vez que está felizmente distraída, mamá me lleva a la cocina.

"Bien", dice, cruzando los brazos. "Cuéntame qué pasó."

Dejo escapar un suspiro tembloroso, apoyándome contra la encimera. Los acontecimientos de anoche dan vueltas en mi cabeza, cada detalle presionando más pesadamente sobre mi pecho mientras busco las palabras.

"Todo empezó con un mensaje", comienzo, con la voz apenas por encima de un susurro. "Era una foto mía con Daniel en el restaurante. Alguien debe haberla tomado y vendido a una revista de chismes. Había un titular sobre él siendo 'el Soltero Más Codiciado de Manhattan' y yo era la 'mujer misteriosa'. Y entonces..." me detengo, tragando con dificultad.

"¿Qué decía el mensaje?", el tono de mamá es cortante ahora, sus ojos entornándose.

Dudo, mirando hacia la puerta para asegurarme de que Bella no pueda oír. "Solo decía una palabra. 'Puta'."

Los labios de mamá se aprietan en una línea fina, su rostro oscureciéndose. "¿Él te llamó así?"

Asiento, sintiendo la vergüenza hormiguear en mi nuca aunque sé que no he hecho nada malo.

"Eso no es todo", respiro hondo. "Cuando lo dejé entrar para dejar a Bella, no quería irse. Se metió a la fuerza en mi apartamento y empezó a acusarme de reemplazarlo. No paraba de hablar sobre Daniel, diciendo que no tenía derecho a traer a un hombre cerca de nuestra hija, aunque Daniel ni siquiera la ha conocido."

La mandíbula de mamá se tensa, sus fosas nasales se dilatan. "¿Qué más pasó?"

Bajo la mirada a mis manos, retorciendo los dedos. "Como no se quería ir, lo amenacé con llamar a la policía. Entonces me acorraló contra la pared y me dijo que no me atrevería a llamar a la

policía porque Bella lo vería siendo llevado esposado."

Su mano vuela a su boca, sus ojos se abren alarmados. "¿Te acorraló contra la pared?"

"Sí", susurro, parpadeando para contener las lágrimas. "Bella salió de su habitación mientras pasaba. Creo que nos oyó discutir porque parecía asustada. Tuve que tomarla en brazos y calmarla. Le dije que se fuera otra vez, pero dijo que se quedaría afuera vigilando para asegurarse de que ningún otro hombre se acercara a su hija. Y lo hizo: se quedó en su auto toda la noche."

La expresión de mamá cambia de preocupación a algo mucho más peligroso: ira. "Ya está bien. Emma, esto no puede seguir así. Necesitas una orden de alejamiento. No puede tratarte de esta manera."

Sacudo la cabeza, limpiándome una lágrima. "Lo sé, mamá. Pero ahora mismo, solo... solo quiero irme del apartamento. Jake sabe que aquí no puede intentar nada. Si me quedo contigo y papá, no se atreverá a comportarse así."

Mamá respira hondo, claramente intentando calmarse. "Está cruzando límites, Emma. Primero, se mete a la fuerza. Luego vigila tu apartamento. ¿Qué pasará cuando decida hacer algo peor?"

"No creo que lo haga", digo rápidamente, aunque las palabras suenan huecas incluso para mí. "Jake puede ser intimidante, pero nunca me ha hecho daño. Solo... no quiere verme con nadie más."

Mamá resopla. "Eso no es excusa."

Desvío la mirada, sintiendo la culpa crecer. "Sé que tienes razón. De verdad. Pero necesito centrarme en Bella y mantener las cosas lo más normales posible para ella. Además, compartimos su custodia, así que tenemos que llevarnos bien."

Sus hombros se relajan un poco, pero su expresión sigue firme. "Está bien. Por ahora. Pero si intenta algo más, llamaremos a tu padre. ¿Me oyes?"

Asiento, sintiendo un nudo en la garganta. "Te oigo."

Mamá me estudia por un largo momento antes de dar un paso adelante y envolverme en un abrazo apretado. Sus brazos son cálidos y fuertes, y por primera vez desde anoche, siento que puedo respirar de nuevo.

"Has estado intentando manejar demasiado tú sola", murmura. "No tienes nada que demostrar."

Me aferro a ella. "Gracias, mamá. Solo quiero darle a Bella la mejor vida posible."

"Y lo estás haciendo", dice con fiereza, apartándose para tomar mi rostro entre sus manos. "Me alegro de que estés aquí, cariño. Tú y Bella estarán seguras aquí."

Asiento, buscando su mano. "Gracias, mamá. Por todo."

Ella aprieta mi mano, su mirada suavizándose. "Lo que sea por ti y mi pequeña Bella."

Después de acostar a Bella para su siesta, regreso al apartamento para terminar de empacar. El vacío del espacio se siente más pesado ahora, las paredes haciendo eco de recuerdos de risas y luchas.

Empiezo por la cocina, envolviendo ollas y sartenes en papel de periódico y colocándolas cuidadosamente en una caja. El tintineo de la cristalería mientras empaco vasos y platos llena el silencio, cada objeto un recordatorio de la vida que había intentado construir aquí.

El sonido de mi teléfono vibrando me saca de mis pensamientos. Miro la pantalla y veo el nombre de Daniel. Mi corazón da un vuelco mientras contesto.

"Hola", digo, con voz suave.

"Hola", responde él, su voz cálida y profunda. "¿Cómo va tu día?"

"Ocupada", admito, apoyándome contra la encimera. "Estoy empacando mi apartamento."

"¿Empacando?", su tono cambia a preocupación. "¿Qué está pasando?"

Dudo un momento, luego exhalo. "Jake se enteró de mi cita contigo, y digamos que no le hizo ninguna gracia. Las cosas se pusieron tensas, y creo que es mejor para Bella y para mí quedarnos con mis padres por un tiempo. Será menos complicado."

"Me alegro de que hagas lo mejor para ti", dice él, con voz firme.

La calidez en sus palabras me hace estremecer. "Gracias", susurro.

"Necesito verte", dice de repente, con voz baja e íntima. "¿Trabajas en el bar esta noche?"

"No", digo, sonriendo a pesar de todo. "Tengo la noche libre."

"Bien. Porque quiero prepararte la cena."

"¿En serio?", se me pone la piel de gallina solo de pensarlo.

"En serio", dice, y puedo oír la sonrisa en su voz. "Di que sí."

"Sí", digo, con el corazón revoloteando.

"A las siete", dice. "Te mandaré la dirección por mensaje."

"Allí estaré."

Mientras cuelgo, una pequeña sonrisa tira de mis labios. Por primera vez en mucho tiempo, siento que las cosas podrían salir bien de verdad.

DANIEL

El sol acaba de ocultarse tras el perfil de Manhattan, pintando el horizonte con franjas anaranjadas y doradas.

Mi ático está bañado en la suave luz de las lámparas empotradas, y el aroma de hierbas frescas y ajo impregna el aire.

He pasado gran parte de la tarde perfeccionando las recetas de mi abuela, y aunque cocinar no es algo para lo que suelo hacer tiempo, esta noche se siente diferente.

No puedo sacar a Emma de mi cabeza. La forma en que sus labios se curvan cuando sonríe, cómo brillan sus ojos color miel cuando me provoca desde el otro lado de la barra, el suave timbre de su voz que, de alguna manera, logra calmar el caos en mi mente.

El intercomunicador suena, interrumpiendo mis pensamientos. Me limpio las manos con un paño, con el corazón acelerándose mientras presiono el botón. "¿Sí?"

"Señor Hart, su invitada está aquí", dice Marcus, el portero.

"Que suba."

Me dirijo a la puerta principal, ajustándome el cuello de la camisa y respirando hondo. Cuando suena el timbre del ascensor, me adelanto, y ahí está ella. Su presencia me oprime el pecho.

Está deslumbrante. Lleva el pelo oscuro más suelto que de costumbre, cayendo en suaves ondas que le enmarcan el rostro. Su maquillaje es sutil pero impecable, realzando su belleza natural.

Viste un vestido rojo intenso que abraza sus curvas y le llega justo por encima de las rodillas, sus piernas realzadas por tacones negros. Siento que se me acelera el pulso.

Sus ojos se agrandan al entrar, su mirada recorriendo el vestíbulo de mármol y la sala de estar que se extiende más allá. "Vaya", suspira, volviéndose hacia mí. "Esto es... increíble."

"No tanto como tú", digo, con la voz más ronca de lo que pretendía. Me acerco, sin poder evitarlo, y la atraigo hacia mis brazos. Sus ojos se abren ligeramente, pero antes de que pueda decir palabra, bajo mi boca hacia la suya.

El beso es suave al principio, tanteando el terreno. Sus labios están cálidos y saben levemente a brillo de cereza, y cuando no se aparta, lo profundizo, enredando mis dedos en su pelo. Ella deja escapar el más leve suspiro, y aprovecho la oportunidad para saborearla por completo, mi lengua deslizándose contra la suya. Responde, sus manos apoyadas en mi pecho, su cuerpo fundiéndose con el mío.

Cuando me separo, tiene las mejillas sonrojadas y los labios ligeramente hinchados. "No podía esperar a verte de nuevo", murmuro, acariciando su mandíbula con el pulgar.

Se le corta la respiración, sus ojos buscando los míos. "Yo tampoco."

Sonrío, rozando otro beso en la comisura de su boca antes de dar un paso atrás. "Ven, deja que te enseñe el lugar antes de cenar. ¿Vino?"

"Por favor", dice, siguiéndome hasta la cocina. Sirvo una copa de Barolo para cada uno, observándola mientras examina el espacio.

"Esta cocina es más grande que todo mi apartamento", dice, aceptando el vino.

"Pero apuesto a que el tuyo se siente más como un hogar", respondo, notando cómo su expresión se suaviza al mencionar su casa.

"Así es. Aunque ahora mismo debe parecer que le ha pasado un huracán por encima. Patricio y Chrissy vinieron a ayudarme a empacar."

Me río, recordando a sus amigos del club. "Parecen buena gente."

"Los mejores", dice con calidez. "Han estado ahí durante... todo."

Quiero preguntarle sobre ese 'todo', pero intuyo que no está lista para compartirlo. En su lugar, tomo su mano, guiándola por el ático. La sala principal es amplia, con ventanales del suelo al techo que ofrecen una vista ininterrumpida de la ciudad.

Se detiene junto a las ventanas, contemplando el horizonte urbano, las luces parpadeantes

reflejadas en sus ojos maravillados.

"Esta vista", dice, casi para sí misma. "Es como de película."

"Es mejor contigo aquí", digo suavemente. Me mira de reojo, un ligero rubor subiendo por su cuello.

Le muestro el resto del espacio: las tres habitaciones, el despacho donde el cuero oscuro se encuentra con la madera reluciente, la pequeña biblioteca llena de primeras ediciones que rara vez toco.

"De verdad eres la viva imagen del éxito", bromea mientras atravesamos mi oficina, sus dedos rozando el escritorio de caoba.

Me río entre dientes. "Solo en apariencia. La oficina es más bien de adorno; prefiero trabajar desde el sofá."

"Déjame adivinar: ¿en chándal y con comida a domicilio?"

"Me has pillado. Aunque normalmente son comida tailandesa y hojas de cálculo a medianoche."

Ríe, un sonido cálido y genuino. "Para mí es comida china y programas de telerrealidad después de acostar a Bella."

Volvemos a la cocina, donde el aroma de la cena es más pronunciado. Inhala profundamente, sus ojos iluminándose. "Huele increíble. ¿De verdad has cocinado tú?"

"Así es." Sonrío con picardía, rellenando nuestras copas de vino. "Y he guardado la mejor parte para ti. Lávate las manos y te enseño."

Arquea una ceja, intrigada, pero se dirige al fregadero. Cuando termina, la guío hasta la encimera donde he dispuesto hierbas frescas, aceite de oliva y un cuenco de tomates selectos cortados en dados.

"Vas a terminar la bruschetta", digo, entregándole una cuchara.

Ríe suavemente, negando con la cabeza. "¿Me pones a trabajar en la segunda cita?"

"Confía en mí", digo, acercándome lo suficiente para captar el suave aroma floral de su perfume. "Valdrá la pena."

Sonríe, tomando la cuchara y siguiendo mis instrucciones.

Mientras rocía el aceite de oliva y esparce la albahaca sobre la mezcla, no puedo evitar observarla. La manera en que se mueve, tan concentrada y elegante, es hipnotizante.

"¿Cómo aprendiste a cocinar así?", pregunta, levantando la mirada hacia mí.

"Era la receta favorita de mi abuela", digo, mi voz suavizándose con el recuerdo. "Solía prepararla todos los domingos cuando era niño. Me hacía ayudarla en la cocina mientras me contaba historias sobre su juventud en Italia."

Emma hace una pausa, sus ojos encontrándose con los míos. "Eso es muy dulce. ¿Erais cercanos?"

"Sí", admito. "Mis padres siempre estaban trabajando, construyendo la empresa. Pero la Nonna... ella se aseguró de que supiera que había más en la vida que salas de juntas y balances contables."

"Suena maravillosa."

"Lo era." Me aclaro la garganta, sorprendido por lo fácil que resulta compartir estos recuerdos con ella. "¿Y tú? ¿Tienes alguna receta familiar?"

"La lasaña de mi madre", dice, sonriendo. "Aunque nunca me sale exactamente igual. Bella dice que es porque se me olvida el 'ingrediente mágico'."

"¿Y cuál es?"

"Según mi pequeña de tres años, queso extra y polvo de hadas."

Me río, encantado por cómo se le ilumina el rostro cuando habla de su hija.

Cuando la bruschetta está lista, la sirvo junto con la pasta y llevo todo a la mesa del comedor. La suave luz de las velas baña la estancia, y percibo cómo se le iluminan los ojos al ver todo lo que he preparado.

"Daniel", dice, con voz casi reverente. "Esto es... increíble."

Le aparto la silla, ayudándola a sentarse antes de servir más vino. "Solo lo mejor para ti."

Mientras cenamos, la conversación fluye con naturalidad. Me cuenta sobre los últimos dibujos de Bella —al parecer, el morado es el único color aceptable esta semana. Esquiva ciertos temas, y

noto cómo se tensa ligeramente cuando su móvil vibra, aunque ni siquiera lo mira.

Cuando le pregunto si todo va bien, niega con la cabeza. "No quiero hablar de cosas complicadas esta noche", dice con firmeza. "Esto es demasiado bonito para estropearlo."

Asiento, estirándome sobre la mesa para tomar su mano. "Vale. Entonces cuéntame algo sencillo. Por ejemplo... ¿cuál es tu película favorita?"

Sus labios se curvan en una sonrisa agradecida. "¿Prometes no juzgarme?"

"Nunca."

"Pretty Woman."

"¿En serio?"

"Ni lo digas", se ríe. "Sé que es cursi, pero hay algo en ella... quizás sea todo ese aire de cuento de hadas."

"Hablando de películas", digo, señalando hacia el salón después de recoger los platos. "¿Te apetece ver algo?"

"Claro", dice, quitándose los tacones mientras se acomoda en el sofá de piel. "Aunque te advierto: tengo un gusto terrible para el cine."

"A ver, sorpréndeme."

"Comedias románticas", admite con una sonrisa pícara. "Cuanto más cursis, mejor."

Me río, pasando opciones hasta encontrar una que hace que le brillen los ojos. Mientras transcurre la película, poco a poco se relaja contra mí, apoyando su cabeza en mi hombro. El calor de su cuerpo, el sutil aroma de su perfume... es embriagador.

A mitad de la película, se acerca más, y rodeo su cintura con mi brazo. Su mano encuentra la mía, nuestros dedos entrelazándose de forma natural. Comentamos la película, intercambiando opiniones y riéndonos de los giros absurdos de la trama. Se siente cómodo, natural, como si lo hubiéramos hecho mil veces antes.

Cuando empiezan los créditos, me vuelvo hacia ella, apartando un mechón de pelo de su rostro. "Quédate conmigo esta noche."

Sus ojos se abren ligeramente, y duda. "No puedo", dice en voz baja. "Mi madre está con Bella, y no me gusta estar lejos de ella las noches que no está con su padre."

Asiento, comprendiéndolo y, de alguna manera, queriéndola aún más por ello. "Lo entiendo. Pero tenía que intentarlo."

Sonríe, inclinándose para besarme. "Gracias por esta noche. Ha sido perfecta."

La acompaño hasta la puerta, resistiéndome a dejarla marchar. Antes de que se vaya, la atraigo hacia mí, besándola profundamente. Mis manos se deslizan hasta su cintura, luego más abajo para acariciar su trasero, y ella ríe contra mis labios, deslizando su lengua en mi boca para un último beso.

"Buenas noches, Daniel", susurra, apartándose.

"Buenas noches, Emma", respondo, observando cómo desaparece en el ascensor. La puerta se cierra, y el ático se siente más silencioso, más vacío. Pero por primera vez en años, no se siente solitario.

13

EMMA

La luz de la mañana se filtra por las cortinas del cuarto de huéspedes de mi madre, suave y dorada, mientras me siento con las piernas cruzadas en el suelo junto a Bella, ayudándola a hurgar en su pequeña maleta. Ya ha sacado tres blusas y dos pares de mallas, esparciéndolas por la alfombra con entusiasmo.

"¡Mami, mira!" levanta una camiseta de unicornio con lentejuelas que le compró la madre de Jake. "¡Esta brilla!"

"Claro que sí, mi amor." Agarro unas mallas azul marino. "¿Qué tal si las usas con estas?"

Bella arruga la nariz, idéntica a su padre cuando está a punto de ponerse terca. "¡No! ¡Quiero las del arcoíris!"

"¿Las de rayas de colores?" contengo la risa. "¿Con el unicornio brillante?"

Asiente solemnemente, con sus ojos azules grandes y serios. "¡Sí!"

"¿Sabes qué?" la siento en mi regazo y le doy un beso en sus rizos alborotados de la mañana. "Tienes toda la razón. A los unicornios seguramente les encantan los arcoíris."

"¡Sí les gustan!" salta de emoción. "¿También puedo ponerme los calcetines de mariposas?"

"Eso ya es una locura," la provoco, haciéndole cosquillas hasta que suelta una carcajada.

Mi madre aparece en la puerta, ya vestida para el día con sus típicos vaqueros y blusa floreada. Nos observa con esa sonrisa tierna que pone a veces, esa que me hace sentir que quizás no estoy echándolo todo a perder.

"¿Te diviertes dejando que elija su ropa?" pregunta, apoyándose en el marco de la puerta.

"Estamos trabajando en las combinaciones," respondo, ayudando a Bella a ponerse su atuendo elegido. "Aunque debo admitir que la combinación de unicornio y arcoíris me está empezando a gustar."

Mi madre se ríe mientras se acerca para ayudar a domar los rizos rebeldes de Bella. "Tú eras igual de especial con tu ropa. ¿Te acuerdas de esa fase cuando solo querías vestir de morado?"

"Mamá," me quejo, pero los ojos de Bella se iluminan.

"¿A ti también te gusta el morado, mami?"

"Claro que sí, princesa. Igual que a ti te gustan las cosas brillantes."

Bella sonríe radiante y luego se gira hacia mi madre con esa mirada de cachorro que ha perfeccionado. "Abuela, ¿me puedes llevar al parque hoy? ¿Por favor?"

Mi madre se arrodilla a su altura, su rostro suavizándose. "Hoy no, mi cielo. Tu papi viene a recogerte, ¿te acuerdas? Pero te llevaré en cuanto regreses. Te lo prometo."

"¿Promesa promesa?" Bella levanta su meñique diminuto.

"Promesa promesa." Mi madre entrelaza sus meñiques y luego abraza a Bella. Mientras las observo, siento un nudo en la garganta. Después de todo lo que pasó con Jake, mi madre ha sido nuestro ancla, nuestro refugio seguro.

"Voy a preparar el desayuno," digo, poniéndome de pie. "¿Qué quieres esta mañana, mi amor? ¿Cereal o tostadas?"

"¡Lucky Charms!" exclama Bella, corriendo ya hacia la cocina. "¡Con marshmallows extra!"

En la cocina, le sirvo el cereal mientras ella se sube a su silla, con la tablet ya en mano para sus dibujos animados de la mañana. La melodía familiar de su programa favorito llena el aire mientras me siento detrás de ella, pasándole suavemente el cepillo por sus rizos dorados.

"Ay, mami," se queja cuando encuentro un nudo.

"Perdón, mi amor. Ya casi termino." Le recojo el pelo en una coleta alta, dejando que los rizos caigan libremente. Inmediatamente se mira en el reflejo de la pantalla apagada de la tablet.

"¿Bonita?" pregunta, ladeando la cabeza.

"La más bonita," le aseguro, dándole un beso en la coronilla. "Come tu desayuno antes de que se ponga aguado."

Apenas me estoy sentando con mi café cuando suena un golpe en la puerta. Bella levanta la cabeza de inmediato, con los ojos brillantes. "¡Papi!"

Se baja apresuradamente de su silla, pero mi madre ya se está moviendo. "Yo abro," dice con firmeza, cruzando su mirada con la mía. Asiento agradecida, aferrándome más fuerte a mi taza de café.

A través de la puerta de la cocina, escucho el saludo frío de mi madre. "Buenos días, Jake."

"¿Dónde está Emma?" Su voz suena impaciente.

"Está ocupada," responde mi madre con suavidad. "Viniste a buscar a Bella, ¿no?"

"Sí, pero necesito hablar con ella sobre—"

"No será necesario," lo interrumpe mi madre. "Viniste por tu hija. Aquí está."

El emocionado "¡Papi!" de Bella resuena en el aire, seguido por la voz de Jake suavizándose mientras la llama "Princesa." El sonido familiar me revuelve el estómago—no por añoranza, sino por los recuerdos de todas las veces que usó ese mismo tono dulce justo después de decirme algo cruel.

Me acerco a la ventana, observando mientras lleva a Bella al coche. Ella está parloteando sobre su camiseta de unicornio, y él asiente mientras la abrocha en su silla de seguridad. Se demora en la entrada, y sé lo que viene antes de que mi teléfono vibre.

Jake: *"Perdón por haberte llamado puta. Por favor sal a hablar conmigo."*

Le muestro el mensaje a mi madre, que acaba de entrar. Su ceño se frunce más. "No lo hagas," dice con firmeza. "Vino por Bella. Ya la tiene, y necesita irse."

"Lo sé." Guardo el teléfono, observando hasta que Jake finalmente sube a su coche y se marcha. "Solo odio que tenga que ser así."

Mi madre me rodea los hombros con un brazo. "Te mereces paz, Emma. Y amor. Si este nuevo chico te hace feliz, me alegro por ti. Solo ten cuidado, ¿vale? Esto también es nuevo para Bella."

"Lo sé," digo, asintiendo. "Ni siquiera he pensado en presentarlos todavía. Es demasiado pronto."

Me aprieta los hombros. "Estás haciendo lo correcto, mi amor. Un paso a la vez."



El bar está lleno para ser una tarde entre semana, repleto de ejecutivos que se toman largos almuerzos y clientes habituales saboreando sus tragos de siempre. Estoy preparando un martini elaborado cuando Carla se desliza a mi lado.

"Tu cliente favorito acaba de entrar," me susurra.

Levanto la mirada y el corazón me da un vuelco—Daniel está parado en la entrada con un traje azul marino perfectamente entallado. Sus ojos encuentran los míos de inmediato, y esa sonrisa sutil suya hace que mis mejillas ardan.

"Hola," logro decir mientras se acerca a la barra.

"Hola," responde, su voz baja e íntima a pesar del ruido que nos rodea. Se acomoda en su taburete habitual, aflojándose un poco la corbata. "¿Qué tal tu día?"

"Mejor ahora," confieso, y siento que me sonrojo aún más. "¿Te sirvo lo de siempre?"

"Por favor." Me observa mientras le sirvo su bourbon, y puedo sentir el peso de su mirada. "En realidad vine para preguntarte algo."

"¿Ah sí?" Le coloco su trago, orgullosa de que mi mano no tiemble.

"Hay una gala benéfica este sábado," dice, sus ojos verdes fijos en los míos. "Me gustaría que fueras mi acompañante."

"¿Una gala?" Parpadeo, súbitamente consciente del trapo del bar en mis manos, de la distancia entre nuestros mundos. "Nunca he estado en algo así."

Su sonrisa se suaviza. "Por eso quiero que estés allí. Conmigo."

La manera en que lo dice, como si fuera lo más natural del mundo, hace que mi corazón aletee. "¿Estás seguro de que quieres arriesgarte llevando a la camarera a una fiesta elegante?"

"Emma." La forma en que pronuncia mi nombre debería ser ilegal. "Quiero llevar a la mujer

hermosa y fascinante en la que no puedo dejar de pensar a una fiesta."

Me río a pesar de mí misma. "Con halagos así conseguirás lo que quieras."

"¿Eso es un sí?"

Tomo aire y asiento. "Sí. Me encantaría."

Su sonrisa se ensancha, transformando todo su rostro, y mete la mano en su bolsillo para sacar la cartera. Coloca un billete de cien en la barra. "¿Me llamas esta noche?"

"Lo haré," prometo, observándolo mientras se levanta. Se detiene en la puerta, mirándome una última vez antes de desaparecer bajo el sol de la tarde.

El resto de mi turno transcurre en una nebulosa de pedidos y conversaciones triviales, pero mi mente sigue divagando hacia la noche del sábado, imaginándome entrando a algún salón resplandeciente del brazo de Daniel. Debería aterrarme, salir tanto de mi zona de confort, pero de alguna manera... de alguna manera se siente correcto.

DANIEL

El aire fresco de la noche trae consigo un leve aroma a césped recién cortado mientras aparco frente a la casa de los padres de Emma.

Es una casa modesta de dos plantas con revestimiento blanco y un columpio en el porche que cruje suavemente con la brisa. El tipo de hogar que transmite calidez y vida, con macetas en los escalones y un felpudo que ha conocido días mejores.

Me bajo del coche, ajustándome la pajarita, y me dirijo hacia la puerta principal. La grava cruje bajo mis zapatos mientras camino, cada paso aumentando mi expectación. Después de llamar, respiro hondo, emocionado y nervioso por conocer a la mujer que crió a Emma.

La puerta se abre, y una mujer con cálidos ojos color miel —idénticos a los de Emma— me sonríe. Su pelo oscuro está veteado de plata, recogido en un moño suelto, y lleva una blusa floreada sencilla que, de alguna manera, me recuerda a mi propia madre.

"Tú debes ser Daniel", dice, su voz con ese mismo tono musical que tiene Emma.

"Así es", digo, devolviéndole la sonrisa. "Encantado de conocerla, señora Moore."

"Por favor, llámame Kathy", insiste, apartándose. "Emma está casi lista. Pasa."

El recibidor huele a canela y a algo horneándose. Fotos familiares adornan las paredes: Emma a través de los años y un sinfín de imágenes de Bella.

"Gracias." Señalo las fotos. "Tienen una familia preciosa."

"Qué amable eres al decirlo." Kathy me estudia con esa mirada particular que las madres han perfeccionado. "Emma me dice que diriges la empresa de tu familia."

"Así es", asiento, apreciando su franqueza. "Aunque últimamente intento encontrar más equilibrio entre el trabajo y... otras cosas importantes."

Su expresión se suaviza ligeramente. "¿Otras cosas como mi hija?"

Antes de que pueda responder, el suave repiqueteo de unos tacones llama mi atención hacia la escalera. Emma aparece en lo alto, y mi corazón se detiene por completo.

El vestido plateado que lleva atrapa cada rayo de luz, transformándola en algo etéreo. Se ajusta a sus curvas antes de caer en una sutil cola, el tejido brillando con cada uno de sus movimientos. Su pelo oscuro cae en suaves ondas sobre sus hombros, y sus ojos... Dios, sus ojos brillan con una mezcla de emoción y energía nerviosa que me dan ganas de cruzar la habitación en dos zancadas.

En su lugar, avanzo lentamente, tomando su mano cuando llega al último escalón. "Emma", mi voz sale más ronca de lo que pretendía, "estás deslumbrante."

Sus mejillas se tiñen de ese tono rosado perfecto que he llegado a adorar. "Gracias. Tú también estás impresionante."

No puedo evitarlo: me inclino y la beso, suave y dulce, hasta que la tos intencionada de su madre me devuelve a la realidad.

"Perdón", murmuro, sin sentirlo en absoluto.

Kathy solo niega con la cabeza, pero capto su sonrisa. "Pasadlo bien."

"Gracias, mamá." Emma abraza rápidamente a su madre antes de tomar mi brazo.

Fuera, le abro la puerta del coche, saboreando cómo las farolas juegan con la tela plateada mientras se sienta. Una vez al volante, extiendo la mano y tomo la suya, acariciando sus nudillos con el pulgar.

"¿Nerviosa?", pregunto, notando el ligero temblor en sus dedos.

Ríe suavemente. "Aterrorizada. Nunca he estado en algo así."

"Cualquiera lo diría", le aprieto la mano. "Pareces nacida para noches como esta."

Cuando llegamos a la gala, la escena es exactamente lo que esperaba: alfombra roja y flashes de cámaras. La ayudo a bajar del coche, manteniéndola estable mientras encuentra el equilibrio

sobre sus tacones.

"¡Daniel! ¡Por aquí!"

"¿Quién es tu acompañante?"

"¡Señor Hart, mire hacia aquí!"

Emma se tensa a mi lado, su agarre en mi brazo se hace más fuerte. Me inclino, mis labios rozando su oreja. "Solo respira. Lo tienes controlado."

Dentro, el salón de baile es una obra maestra de cristal y luz de velas. Las arañas gotean prismas, proyectando sombras de arcoíris sobre el suelo de mármol. La orquesta toca algo clásico, la música flotando entre la multitud como humo.

"Esto es increíble", susurra Emma, absorbiéndolo todo.

La guío hacia el bar, notando cómo las cabezas se giran a nuestro paso. El vestido plateado captura cada movimiento, y no soy el único que aprecia cómo se ajusta a sus curvas.

Un grupo de miembros de la junta intenta disimular sus evidentes miradas, y coloco mi mano posesivamente en su espalda baja.

"¿Champán?", pido dos copas sin esperar su respuesta.

"¡Daniel!", una voz familiar corta a través de la multitud. Thomas Reynolds, uno de nuestros principales inversores, se acerca con su esposa. "¿Y quién es esta bella mujer?"

"Emma", se presenta ella, extendiendo su mano con natural elegancia. Thomas la retiene un momento más de lo necesario, sus ojos bajando brevemente hacia el escote de su vestido.

"Emma trabaja en la barra de El Roble", digo de manera significativa, mi tono dejando claro que está conmigo. "Aunque esta noche está haciendo que todos los demás parezcamos mal vestidos."

La señora Reynolds ríe apreciativamente mientras su marido finalmente suelta la mano de Emma. Mientras se alejan, noto varios otros hombres siguiendo con la mirada el vaivén del vestido plateado sobre el suelo de mármol.

"Estás causando sensación", murmuro en su oído.

Parece genuinamente sorprendida. "¿A qué te refieres?"

"Ningún hombre en esta sala puede apartar la mirada de ti." La acerco más, complacido cuando se funde contra mí. "No es que los culpe."

Nos abrimos paso entre la multitud, deteniéndonos ocasionalmente para charlar. Emma maneja cada interacción perfectamente, su calidez natural atravesando la típica falsedad de la alta sociedad. Cuando se aleja hacia el tocador, Ángela se materializa a mi lado.

"Es encantadora", dice en voz baja. "Y mucho más auténtica que tu tipo habitual."

"Es perfecta", corrijo, observando cómo regresa Emma. La espalda de su vestido cae en un pronunciado escote, revelando una piel suave que tiene a varios jóvenes ejecutivos prácticamente chocando contra las paredes.

La cena se sirve en mesas redondas cubiertas de seda crema.

El suave gemido de apreciación de Emma ante el primer bocado de solomillo wagyu hace que me atragante con el vino, ganándome una sonrisa traviesa de su parte.

"¿Está bueno?", pregunto, con la voz ronca.

"Divino", ronronea, y tengo que cambiar de posición en mi asiento.

Después de la cena, cuando la orquesta comienza una melodía más lenta, me levanto y ofrezco mi mano. "¿Bailas conmigo?"

Esta vez coloca su mano en la mía sin dudarlo.

En la pista de baile, la atraigo hacia mí, una mano extendida sobre su espalda baja mientras la otra sostiene la suya contra mi pecho. Su cuerpo encaja perfectamente contra el mío, como si hubiera sido creada para estar aquí.

"Todo el mundo nos mira", susurra.

"Que miren", murmuro en respuesta. "Solo están celosos de que tenga en mis brazos a la mujer más hermosa del salón."

Ríe suavemente. "Adulador."

"Solo soy sincero." La hago girar lentamente, atrayéndola aún más cerca. A través de su fino vestido, puedo sentir el calor de su piel. "No tienes idea de lo que me haces, ¿verdad?"

Se le corta la respiración al encontrarse con mi mirada. "Creo que me hago una idea."

No puedo contenerme: la beso, allí mismo en la pista de baile. Empiezo con suavidad pero rápidamente profundizo el beso, su suave jadeo permitiéndome saborearla completamente. Cuando nos separamos, tiene los labios ligeramente hinchados y la mirada oscurecida.

"Quédate conmigo esta noche, hay un lugar al que me gustaría llevarte", susurro contra sus labios.

Frunce el ceño de forma adorable. "¿Adónde?"

"Es una sorpresa. ¿Confías en mí?"

Me estudia por un momento antes de asentir. "Siempre."

Mientras nos dirigimos hacia la salida, noto todas las miradas de la sala siguiéndonos. Mujeres cuchicheando tras sus manos, hombres observando la silueta de Emma alejarse con evidente admiración. Coloco mi mano en su espalda baja, una señal clara: Está conmigo.

EMMA

El ascensor sube, suave y silencioso, mientras Daniel está detrás de mí con sus manos cubriendo mis ojos. Siento el calor de su pecho contra mi espalda y su respiración en mi cuello, provocándome escalofríos.

"Ya casi llegamos," susurra, y escucho el suave tintineo que anuncia nuestra llegada. Las puertas del ascensor se abren silenciosamente y me guía unos pasos hacia adelante. "¿Lista?"

Cuando retira sus manos, me quedo sin aliento.

Estamos en el espacio más magnífico que jamás he visto. El ático se extiende ante mí, con sus paredes curvas casi enteramente de cristal, revelando un panorama impresionante de Manhattan de noche.

La ciudad brilla debajo de nosotros como estrellas caídas, y puedo ver hasta el Central Park en una dirección y el río en la otra.

En el interior, el lujo me deja sin palabras. Los suelos son de mármol pulido con patrones geométricos incrustados que capturan la luz. Docenas—no, cientos—de velas parpadean por todas partes, su resplandor dorado reflejado en las paredes de cristal. Pétalos de rosa roja crean un sendero serpenteante por el espacio, su rico color en hermoso contraste con el mármol blanco.

"Daniel," suspiro, "esto es... increíble."

Toma mi mano, guiándome hacia el interior del ático. La sala principal tiene una zona hundida con sofás color crema que parecen suaves como nubes. Una lámpara de cristal cuelga del techo, sus prismas creando patrones de arcoíris en las paredes. Obras de arte moderno en tonos dorados y plateados adornan el espacio, y flores frescas rebosan de jarrones de cristal en cada superficie.

Pero es el balcón lo que me deja paralizada. Las puertas dobles de cristal están abiertas hacia la

terraza, donde más velas brillan en faroles de cristal.

Una pequeña mesa redonda cubierta de seda blanca sostiene una variedad de postres que parecen obras de arte—fresas cubiertas de chocolate, pequeños pasteles espolvoreados con oro, y lo que parece ser crème brûlée en copas de cristal. Una cubitera sostiene una botella de champán, y dos delicadas copas nos esperan.

"¿Tú hiciste todo esto?" Me giro hacia él, abrumada por el cuidado y la atención en cada detalle.

Sus ojos verdes brillan suaves bajo la luz de las velas mientras me guía hacia el balcón. El aire nocturno es perfecto—cálido con solo la brisa suficiente para hacer bailar las llamas de las velas. Retira mi silla, un gesto que todavía hace latir mi corazón, antes de alcanzar el champán.

El corcho hace un suave pop, y sirve el líquido dorado con gracia experta. Cuando me entrega mi copa, nuestros dedos se rozan, enviando electricidad por mi brazo.

"Por nosotros," dice, con voz baja e íntima. "Por los nuevos comienzos."

Choco mi copa con la suya, observando el baile de las burbujas. "Por nosotros."

El champán es exquisito, pero apenas lo saboreo porque Daniel se ha acercado más, su mano libre alzándose para acunar mi rostro.

"Gracias por venir esta noche," dice suavemente. "Por estar aquí conmigo, por iluminar cada habitación con solo entrar en ella."

Siento que las mejillas me arden. "Daniel..."

"Déjame terminar." Su pulgar acaricia mi mejilla. "Sé que esto es rápido, pero nunca me he sentido así por nadie. Cuando no estoy contigo, eres todo en lo que pienso. Cuando duermo, estás en cada sueño. Te quiero en mi vida, Emma. No solo esta noche, no solo mañana, sino por todo el tiempo que me permitas estar a tu lado."

Me muerdo el labio inferior, con el corazón latiendo tan rápido que apenas puedo respirar. "¿En serio?"

"En serio." Su voz se vuelve más profunda, más intensa. "Quiero que seas mía, Emma. Solo mía. Quiero ser quien te haga sonreír, quien te abrace por las noches, quien despierte viendo tu hermoso rostro cada mañana."

"Creo que me gustaría eso," susurro, mientras me pongo de pie.

Entonces sus labios encuentran los míos.

El beso es diferente a todos los anteriores—más profundo, más urgente, lleno de promesas y calor. Sus manos se deslizan por mis costados mientras me acerco más, necesitando sentir más de él. La seda de mi vestido susurra entre nosotros mientras sus dedos trazan patrones en mi espalda.

"¿Tienes idea," murmura contra mi cuello, "lo difícil que ha sido mantener mis manos lejos de ti toda la noche? ¿Ver cómo cada hombre en ese salón de baile te miraba, sabiendo que volverías a casa conmigo?"

Jadeo cuando sus dientes rozan mi punto de pulso. "Muéstramelo."

Él emite un sonido bajo en su garganta antes de levantarme en sus brazos. Enredo mis piernas alrededor de su cintura, sin importarme si mi vestido se sube. Me lleva de vuelta al interior, aún dejando un rastro de besos en mi cuello, siguiendo el camino de pétalos de rosa por una escalera curva hasta el nivel de las habitaciones.

La suite es una fantasía hecha realidad. Más velas crean charcos íntimos de luz, y pétalos de rosa están esparcidos sobre una cama enorme cubierta con lo que parece ser seda blanca.

Ventanales de piso a techo muestran la ciudad resplandeciente más allá, pero apenas lo noto porque Daniel me está acostando, su cuerpo cubriendo el mío.

"Eres tan hermosa," susurra, y entonces ya no hay más palabras, solo sensaciones, caricias y la sensación de finalmente estar exactamente donde pertenezco.

Sus manos y su boca exploran cada centímetro de mí mientras nuestra ropa desaparece. Sus labios presionan mi clavícula, bajando más, su aliento cálido contra mi piel mientras sus manos acarician mi cintura.

Daniel baja la cabeza, sus labios capturan mi pico endurecido, chupándolo y jugueteando con su lengua. Un jadeo escapa de mis labios mientras mi espalda se arquea y mis manos se hunden en su cabello espeso y suave, rogándole que continúe.

"Oh, Daniel," susurro, mi voz temblorosa mientras oleadas de placer recorren mi cuerpo. Su boca se mueve hacia mi otro pecho, sus dientes rozando el capullo sensible antes de rodearlo con su boca, succionando con firmeza y enviando descargas de placer directo a mi núcleo.

Él traza un rastro de besos por mi vientre, lento y deliberado, deteniéndose en mi ombligo para plantar besos suaves y provocadores.

Cada toque enciende un nuevo fuego dentro de mí. Cuando llega a la cúspide de mis muslos, no puedo evitar estremecerme. Suavemente, abre mis piernas con sus manos fuertes pero tiernas, revelando el calor y la humedad que ya lo esperan.

Su aliento cálido acaricia mi piel sensible, y me estremezco. La sensación es eléctrica. Sopla suavemente, el aire frío haciéndome temblar, antes de que sus labios encuentren el interior de mi muslo. Su barba roza mi piel, enviándome un hormigueo que se extiende por todo mi cuerpo.

"Por favor, Daniel," le ruego, mi voz cruda de necesidad. "Te necesito."

Sus ojos se encuentran con los míos, oscuros de deseo, y sus labios se curvan en una sonrisa traviesa. "Quiero saborearte, Emma. Quiero sentir cómo te derramas en mi lengua."

Sus palabras envían una nueva ola de excitación a través de mí. Solo puedo asentir, mi cuerpo temblando mientras él baja la cabeza, su lengua separándome con suavidad, explorándome y saboreándome. Lame lentamente, su lengua lánguida y deliberada, probando cada rincón de mí. Mis caderas se arquean contra él cuando encuentra mi clítoris, rodeándolo con precisión perfecta y aplicando justo la presión adecuada.

"¡Oh, Dios!" grito, mis dedos aferrándose a las sábanas mientras su boca obra su magia. Sus dedos se deslizan dentro de mí, curvándose y acariciando en ritmo con su lengua, llevándome más y más alto.

Él no se detiene, su lengua girando, sus dedos profundizando, avivando un fuego que me consume. Cada nervio está vivo, cada toque me empuja más cerca del límite. Mis respiraciones son jadeos entrecortados mientras siento la tensión enrollarse más y más.

"¡Daniel, voy a correrme!" grito, incapaz de contenerme.

Él no se detiene, sus movimientos se vuelven más urgentes, su boca y sus dedos trabajando en perfecta sincronía. Y entonces sucede.

Mi orgasmo me arrasa, rompiéndome en mil pedazos. Grito su nombre mientras oleadas de placer recorren mi cuerpo, dejándome temblorosa y sin aliento. Él no se detiene, como si no pudiera tener suficiente.

Pero no ha terminado. Sus manos sujetan mis muslos, abriéndome una vez más, y su lengua regresa a mi carne sensible.

Mi cuerpo se sacude por la sobreestimulación, pero él no se detiene, su boca provocándome y extrayendo hasta la última gota de placer de mí.

"Daniel, no puedo... no puedo más," jadeo, mis manos empujando débilmente sus hombros, pero él no escucha. Su lengua y sus dedos son implacables, encontrando ese punto dulce de nuevo, enviándome en espiral hacia otro clímax.

"Por favor," le ruego, mi voz quebrada, pero él solo sonríe, su boca llevándome al frenesí.

El segundo orgasmo me golpea aún más fuerte que el primero, dejándome temblando y sollozando de placer. Mi cuerpo se convulsiona, mi esencia empapándolo a él y a la cama debajo de mí. No puedo pensar, no puedo respirar, mientras las sensaciones me abruman.

Finalmente, se levanta, sus labios brillando, sus ojos salvajes de pasión. Se quita el resto de la ropa, revelando su cuerpo, duro y listo para mí. Su erección se alza gruesa y orgullosa, y la visión de él envía una nueva oleada de calor acumulándose entre mis piernas.

"Necesito estar dentro de ti," gruñe, su voz profunda y áspera.

"Sí," susurro, abriendo mis piernas para él, aún temblando por mi liberación. Lo alcanzo, envolviendo mi mano alrededor de su longitud, acariciándolo con firmeza. Él gime, sus caderas empujando contra mi mano mientras lo guío hacia mi entrada.

Con una sola embestida suave, él está dentro de mí, llenándome y estirándome por completo. Jadeo, mis uñas clavándose en sus hombros mientras se queda quieto, dejándome acostumbrarme a él. La sensación de tenerlo enterrado tan profundamente es abrumadora.

Comienza a moverse, lento y deliberado, cada empuje enviando chispas de placer a través de mí. "Te sientes tan bien," gime, su voz áspera de emoción, sus ojos fijos en los míos, observando cada reacción.

"Más fuerte," susurro, mi voz cargada de necesidad. "Fóllame más fuerte."

Él sujeta mis muslos, abriéndome más, y se lanza contra mí, su ritmo brutal y despiadado. El sonido de nuestros cuerpos uniéndose llena la habitación, primitivo y crudo. Me pierdo en él, mi cuerpo moviéndose instintivamente, igualando su ritmo, exigiendo más.

Enredo mis piernas alrededor de su cintura, llevándolo más profundo, sintiendo cada centímetro de él. "Oh, joder, Daniel," susurro contra su oído. "Córrete."

Mis palabras son su perdición. Con un grito gutural, embiste una última vez, su cuerpo tensándose mientras se vacía dentro de mí. Siento su calor llenarme, y la sensación me envía en espiral hacia una última ola de placer, nuestros cuerpos temblando juntos.

Mientras yacemos entrelazados en los brazos del otro, su peso reconfortante contra mí, acaricio

su cabello húmedo, mis labios rozando los suyos en un beso tierno. Me siento completa, plena, completamente consumida por él.

16

EMMA

La suave luz de la mañana se filtra a través de las cortinas, pintando la habitación con tonos dorados y plateados.

El calor de los brazos de Daniel a mi alrededor me hace sentir anclada, su cuerpo pegado al mío como si me reclamara incluso en sueños. Parpadeo lentamente, absorbiendo la quietud silenciosa del ático. La ciudad abajo ya está despierta, débiles sonidos de bocinas y voces lejanas se filtran en la tranquilidad de nuestro espacio compartido.

Me muevo ligeramente, y Daniel responde estrechando su abrazo. Sus labios presionan la curva de mi hombro, lenta y deliberadamente, enviando una oleada de calidez por todo mi cuerpo. "Buenos días", murmura, su voz ronca por el sueño.

No puedo evitar sonreír. Girando un poco la cabeza, encuentro su mirada. Sus ojos verdes, suavizados por la luz temprana, se clavan en los míos como si llevara despierto mucho más tiempo que yo, solo esperando. Me inclino, besándolo suavemente, saboreando el calor de sus labios contra los míos. Cuando me aparto, su mano sube para colocar un mechón de pelo detrás de mi oreja.

"Lo que dije anoche iba en serio", dice, su voz firme, teñida de vulnerabilidad. "Quiero que lo nuestro sea oficial, Emma. Te quiero a ti. Quiero que seamos algo real."

Mi pecho se oprime, tanto por la calidez como por la inquietud. "Yo también lo quiero", susurro, incorporándome un poco, pero su mano permanece en mi cintura, manteniéndome cerca. "Pero..." me detengo, mis pensamientos volando hacia Bella. Hacia Jake. La inevitable tormenta que viene con mezclar estas dos partes de mi vida.

Daniel percibe mi vacilación y su mano sube hasta acunar mi mejilla. "¿Qué ocurre?"

"Es que..." respiro hondo, las palabras pegándose a mi garganta. "Si vamos a hacer esto, necesito

hablar con Jake primero. Antes de que conozcas a Bella."

Su pulgar acaricia mi mejilla, su expresión serena pero expectante. "¿Por qué?"

"Porque no se lo va a tomar bien", admito, con voz queda. "Jake tiene... problemas con el control. No le va a gustar que haya alguien más en la vida de Bella."

La mandíbula de Daniel se tensa ligeramente, pero asiente. "Lo entiendo. Pero si voy a estar en tu vida, Emma, también voy a estar en la de ella. No me voy a ir a ninguna parte."

Sus palabras son tanto reconfortantes como aterradoras. "Lo sé", digo, con la voz temblando levemente. "Solo creo que es una conversación que necesito tener con él primero."

Daniel me estudia durante un largo momento antes de asentir. "De acuerdo. Pero estoy aquí cuando estés lista."

Me inclino hacia adelante, capturando sus labios en un beso que rápidamente se profundiza. Sus manos se deslizan por mi espalda, atrayéndome más cerca, y me dejo caer en él, en la seguridad de sus brazos. Cualquier tormenta que Jake pueda traer, sé que Daniel es mi refugio.

Me gira suavemente sobre mi espalda, su cuerpo cubriendo el mío, y todos los pensamientos sobre Jake se evaporan mientras sus labios encuentran mi cuello. Sus manos exploran mi cuerpo como si estuviera memorizando cada centímetro, y me pierdo en él una vez más.



El aroma de galletas recién horneadas inunda la cocina, la dulzura mantecosa mezclándose con un sutil toque de canela. La risa de mamá resuena desde la sala donde está preparando una bandeja con las galletas. Miro el reloj, el estómago retorciéndose con cada minuto que pasa. Jake llegará en cualquier momento, trayendo a Bella de vuelta.

Me quedo junto a la encimera, limpiando nerviosamente un plato ya impecable. La mañana había sido tranquila, pero ahora la tensión se acumula como una tormenta a punto de estallar. He repasado cien veces lo que necesito decirle, pero la idea de enfrentarme a Jake sobre Daniel todavía parece imposible.

El rugido de un motor corta mis pensamientos, seguido por el crujir de la grava en la entrada. Se me forma un nudo en la garganta cuando escucho la puerta del coche abrirse y cerrarse.

El suave repiqueteo de los pequeños pies de Bella se acerca, y me dirijo a la puerta principal justo cuando su vocecita emocionada resuena.

"¡Mami!", grita, corriendo hacia la casa con sus rizos rebotando salvajemente.

Abro la puerta justo a tiempo para agacharme y recibirla en mis brazos. Su cuerpecito choca contra el mío, su risa iluminando al instante el ambiente sombrío. "Hola, mi amor", digo, besando su mejilla. "¿Te divertiste con papá?"

"¡Sí! ¡Mira!" Se aparta lo justo para mostrarme la pulsera en su muñeca —una cadena delicada con pequeños dijes de mariposas. "Papá me la regaló. ¿No es bonita?"

"Es preciosa", digo, apartando un rizo de su cara. "Qué suerte tienes."

Bella sonríe y gira sobre sí misma. "¡Abuela! ¡Mira mi pulsera!" Sale disparada hacia dentro, su voz perdiéndose mientras corre hacia la cocina.

Me enderezo, obligándome a mirar a Jake, que está a unos metros junto a su coche. Está apoyado contra la puerta del conductor, con los brazos cruzados, observándonos con esa expresión indescifrable que siempre pone cuando intenta intimidarme.

"Gracias por traerla", digo, intentando mantener un tono neutro.

No se mueve. "¿Así que te has mudado con tus padres?"

Dejo escapar un suspiro silencioso, saliendo al porche y cruzando los brazos contra el aire fresco. "Es solo temporal. Pensé que sería mejor para Bella."

"¿Mejor para Bella o mejor para ti?", su tono es cortante, y sus ojos azules se entrecierran ligeramente.

"Para ambas", admito, con voz firme. "Necesitaba espacio, Jake. Sabes por qué."

Su mandíbula se tensa, pero no responde de inmediato. En cambio, se separa del coche y da un paso adelante. "¿Qué está pasando realmente, Emma? ¿Qué me estás ocultando?"

Respiro hondo, preparándome. "Estoy saliendo con alguien."

Las palabras quedan suspendidas en el aire, más pesadas de lo que esperaba. La expresión de Jake cambia al instante, sus ojos entornándose mientras sus hombros se tensan. "¿Qué?"

"Estoy saliendo con alguien", repito, con más firmeza esta vez. "Se llama Daniel, y quiere conocer a Bella."

La risa de Jake es áspera y sin humor, más parecida a un gruñido. "Ni hablar. ¿Es ese ricachón imbécil con el que te fotografiaron?"

"Jake..."

"¡No!", su voz se eleva, y miro hacia la casa, esperando que Bella y mamá no puedan oír. "No vas a meter a ningún tipo en la vida de mi hija. No necesita a otro hombre confundiéndola."

Cuadro los hombros, negándome a dejar que su ira me intimide. "No es 'ningún tipo', Jake. Y esta no es una decisión que te corresponda tomar."

"Y una mierda que no", espeta, dando otro paso adelante. "También es mi hija, Emma. Tengo todo el derecho a saber quién está cerca de ella."

"Y lo sabes", respondo bruscamente. "Por eso te lo estoy diciendo. Pero esto va a pasar, Jake. No puedes controlarlo."

Jake aprieta los puños a los costados, su mandíbula tensándose mientras sus ojos se oscurecen. "¿Crees que puedes meter a cualquiera en la vida de Bella y jugar a la familia feliz? ¿Tienes idea del daño que eso podría hacerle?"

"Se merece ver a su madre feliz", digo, con la voz temblorosa pero resuelta. "Se merece ver cómo es una relación sana."

"¿Y crees que este tipo te va a dar eso? ¿Cómo sabes siquiera que es diferente?"

"Porque no es como tú", suelto antes de poder contenerme.

Las palabras le golpean como una bofetada. Sus ojos destellan con algo entre ira y dolor, pero mantengo mi posición, con el corazón acelerado.

Jake toma un respiro lento y medido. "Muy bien", dice, con voz baja y fría. "Haz lo que te dé la puta gana, Emma. Pero no vengas llorando cuando todo se vaya a la mierda."

Me muerdo la lengua para no responder, observando cómo se gira y vuelve a su coche.

Cierra la puerta de un golpe lo suficientemente fuerte como para hacerme estremecer, luego se queda sentado un largo momento, agarrando el volante con fuerza.

Finalmente, el motor ruge y sale de la entrada, dejando un silencio tenso a su paso.

Dejo escapar un suspiro tembloroso, apoyándome contra el marco de la puerta mientras la adrenalina comienza a disiparse. Me tiemblan las manos, pero me obligo a empujar la puerta y entrar.

Mamá está en el pasillo, con los brazos cruzados, su expresión una mezcla de preocupación y orgullo. "¿Estás bien?"

Asiento, aunque siento la garganta apretada. "Eso creo."

Se acerca, poniendo una mano reconfortante en mi brazo. "Hiciste lo correcto, Emma. Bella merece ver a su madre feliz."

"Solo..." Mi voz vacila. "Solo espero que no haga esto más difícil de lo que ya es."

Mamá aprieta suavemente mi brazo. "Puede que lo intente, pero eres más fuerte de lo que él cree. Y no estás sola en esto."

Asiento, respirando hondo. "Gracias, mamá."

Su cálida sonrisa me reconforta mientras me guía hacia la cocina.

Bella está sentada a la mesa con una bandeja de galletas delante, riendo mientras le muerde la cabeza a un muñeco de jengibre. Por ahora, me permito centrarme en su risa, sabiendo que sea lo que sea lo que venga después, estaré preparada.

DANIEL

La luz del sol se filtra en el ático, bañando el suelo de mármol pulido con tonos dorados y cálidos.

Me apoyo contra la encimera de la cocina, saboreando mi café mientras contemplo la habitación. Mi hogar, normalmente elegante y minimalista, se ha transformado en un mundo mágico para la fiesta de cumpleaños de Bella.

Globos en tonos pastel flotan en grupos junto al techo, sus cintas cayendo como delicadas enredaderas. Una pancarta gigante cuelga en la pared de la sala, deletreando "¡Feliz 4º Cumpleaños, Bella!" en letras rosadas y brillantes.

Hace unas semanas, jamás hubiera imaginado que organizaría una fiesta infantil en mi ático. Fue idea de Emma hacerla aquí, y no dudé en aceptar. Durante el último mes, ella ha traído un nuevo tipo de vida a mi mundo, uno que ni siquiera sabía que me faltaba.

El ático se siente diferente ahora, menos como una fortaleza inmaculada y más como un hogar.

Pero Bella ha sido la pieza que faltaba en este nuevo cuadro de mi vida con Emma. Hasta ahora.

Hoy es el día en que conoceré a su hija, y no recuerdo la última vez que sentí esta mezcla de emoción y nervios.

He pasado horas asegurándome de que todo esté perfecto: serpentinas perfectamente colgadas, una mesa repleta de regalos envueltos en papel vibrante, y suficientes postres para deleitar a cualquier niño. Incluso preparé una estación para decorar cupcakes, completa con chispas y brillantina comestible.

Tiene que salir bien. No solo por mí, sino por Emma.

Ha sido cautelosa en presentarme a Bella. Hemos hablado hasta altas horas de la noche, con su cabeza recostada en mi pecho mientras compartía sus temores.

"Jake sigue molesto", me había dicho, su voz cargada de preocupación. "Pero Bella merece conocerte, Daniel. Eres importante para mí."

Escuchar esas palabras de ella me hizo estar más determinado que nunca a ser alguien en quien Bella pudiera confiar.."

Miro mi reloj. Casi es hora.

Marcus aparece en la puerta, su traje elegante contrastando con el caos colorido de la habitación. "Todo está listo, señor Hart."

"Gracias, Marcus." Dejo mi taza de café y ajusto una cinta suelta en la mesa de regalos. "Avísame en cuanto lleguen."

Asiente y desaparece, dejándome solo con mis pensamientos.

El último mes ha sido increíble: Emma tiene esta manera de hacer que todo brille más. Es fuerte, divertida y amable, y cada día me siento más atraído hacia ella. Pero sé que está nerviosa por hoy. Jake también viene. Emma lo invitó, insistiendo en que era lo correcto para Bella.

Confío en sus instintos, pero una parte de mí se pregunta si esto será más complicado de lo que ella cree.

El sonido del timbre del ascensor me saca de mis pensamientos. Mi corazón da un vuelco mientras me giro hacia las puertas.

Emma sale primero, su cabello oscuro cayendo sobre sus hombros en suaves ondas. Lleva un vestido floreado que abraza sus curvas perfectamente, y sus ojos color avellana se iluminan al encontrarse con los míos.

"Daniel", dice, su voz cálida y familiar, calmando instantáneamente mis nervios.

Y entonces la veo. Bella.

Está sosteniendo la mano de Emma, sus rizos dorados rebotando mientras entra en la habitación. Sus brillantes ojos azules se agrandan, contemplando las decoraciones con una mezcla de asombro y emoción. Lleva un vestido color lavanda con un tutú brillante, y unos pequeños zapatos plateados se asoman bajo la tela.

"¡Guau!" exclama, girando en círculo mientras lo observa todo.

"Hola, Bella", digo, agachándome a su altura.

Deja de girar y me mira, ladeando la cabeza como si intentara descifrarme. Su mirada se dirige a Emma, quien le da un gesto de aprobación.

Bella se acerca, su pequeña mano apretando más fuerte la de Emma. "¿Eres Daniel?"

"Sí, lo soy", digo con una sonrisa. "Tu mamá me ha hablado mucho de ti."

Sus ojos se entrecierran ligeramente, y entonces me sorprende con una sonrisa. "Tienes globos."

Río suavemente. "Muchos. ¿Te gustan los globos?"

Asiente con entusiasmo, soltando la mano de Emma y señalando hacia la estación de cupcakes. "¿Puedo ir allí?"

Emma aparta un mechón de cabello del rostro de Bella. "Adelante, cariño. Me quedaré aquí."

Bella va saltando hacia la estación, ya estirando la mano hacia la brillantina.

"Es perfecta", digo suavemente, incorporándome y volviéndome hacia Emma.

Emma sonríe, sus ojos brillando. "Es todo mi mundo."

Antes de que pueda responder, el ascensor suena de nuevo, y comienza a llegar una oleada de invitados. Patricio es el primero en entrar, su energía vibrante llenando inmediatamente el espacio.

"¡Daniel!", exclama, dándome un rápido abrazo antes de retroceder para evaluar las decoraciones. "No está mal, señor Ricachón. Puede que tengas talento para esto de organizar fiestas."

Emma pone los ojos en blanco, pero está sonriendo. "Ignóralo. A Patricio le gusta llamar la atención."

Chrissy viene justo detrás, malabareando con una pila de regalos envueltos en papel brillante. Saluda a Emma con la mano antes de dirigirse directamente a la estación de cupcakes.

La habitación se llena rápidamente de niños y sus padres. Las risas y conversaciones se mezclan con la música alegre que suena suavemente de fondo. Hago mis rondas, presentándome a los amigos de Emma y sus familias.

Cerca del bufé, veo a Kathy y Robert, los padres de Emma. Kathy me saluda calurosamente, dándome un rápido abrazo, mientras Robert me ofrece un apretón de manos firme.

"Gracias por organizar esto", dice Robert, su tono áspero pero sincero.

"Es un placer", respondo. "Lo que sea por Emma y Bella."

Mientras la fiesta se desarrolla, Bella se mueve de estación en estación, su risa resonando por la habitación. La observo mientras decora un cupcake con suficientes chispas para cubrir un pastel pequeño y se lo muestra orgullosamente a Emma.

Cuando llega el momento del pastel, Bella se sube a su silla en la cabecera de la mesa. El pastel rosado está adornado con pequeñas flores comestibles y una vela brillante con el número "4."

"Pide un deseo, mi amor", dice Emma suavemente, agachándose junto a ella.

Bella cierra los ojos con fuerza, su rostro arrugándose en concentración antes de soplar la vela. La habitación estalla en aplausos, y Bella aplaude encantada.

Mientras los niños devoran su pastel y los adultos se reúnen en pequeños grupos, Marcus se me acerca. Su expresión, habitualmente estoica, está tensa.

"Señor Hart", dice en voz baja, mirando hacia el ascensor. "El padre de Bella está aquí."

Miro a Emma, que se tensa a mi lado. Me había dicho que esto pasaría, pero puedo ver la tensión en sus ojos.

"Hazlo subir."

Marcus asiente y se retira.

Tomo la mano de Emma, apretándola suavemente. "Todo va a salir bien."

Ella exhala temblorosamente, pero asiente.

El ascensor suena, y me giro para enfrentarlo.

Jake sale, su cabello rubio perfectamente peinado, sus ojos azules recorriendo la habitación.

Su mirada se posa primero en mí, aguda y evaluadora, antes de desviarse hacia Emma.

Allá vamos.

EMMA

El ascensor suena suavemente, y miro hacia allí justo a tiempo para ver a Jake salir, tenso y algo desaliñado.

Lleva una camisa formal y vaqueros, su habitual intento de parecer presentable para ocasiones como esta, pero la manera en que sus ojos recorren nerviosamente el ático transformado deja claro que está fuera de su elemento.

Se me encoge el estómago mientras examina la sala, su mirada deteniéndose brevemente en la vista panorámica de la ciudad antes de posarse en mí. Aprieta la mandíbula, y puedo sentir la tensión que irradia incluso antes de que se acerque.

Llega tarde. Bella ya ha soplado sus velas, abierto la mitad de sus regalos y disfrutado entre risas una ronda de juegos con sus amigos. Pasé la última hora sonriendo con su alegría, pero una parte de mí hervía por la ausencia de Jake. Y ahora está aquí, perdiéndose todo excepto lo que queda.

"¡Mami, papá está aquí!" La voz de Bella interrumpe mis pensamientos, brillante y emocionada mientras corre desde donde jugaba con otros niños. Sus pequeñas piernas la llevan por la sala, y Jake se arrodilla justo a tiempo para recibirla, su sonrisa suavizando su actitud por lo demás rígida.

"Feliz cumpleaños, princesa", dice, haciéndola girar en círculo. Ella ríe, echándole los brazos al cuello, y por un momento, mi irritación se desvanece. Sin importar cuánta tensión haya entre Jake y yo, Bella lo adora.

"¿Ya cuatro años? ¿Dónde está mi bebé?"

Bella suelta una risita. "¡Aquí estoy, papi!"

Le da un beso en la frente.

"Llegas tarde", digo, manteniendo la voz baja mientras me acerco.

Se endereza, acomodando a Bella en su cadera. "El tráfico", murmura, quitándole importancia. Luego, volviendo su atención a Bella, dice, "Cierra los ojos, Bella. Papá tiene una sorpresa para ti."

Bella aprieta los ojos, rebotando de emoción mientras él busca en su bolsillo. Cuando los abre de nuevo, él sostiene un delicado collar de plata con un pequeño dije de estrella.

"¿Es para mí?", pregunta, su vocecita llena de asombro.

"Claro que sí", dice, abrochándoselo alrededor del cuello. "Ahora siempre llevarás un pedacito de magia contigo."

Bella resplandece, sus dedos rozando la estrella mientras lo abraza fuertemente. "Gracias, papi. ¡Es precioso!"

"Todo por mi princesa", dice, bajándola suavemente.

"Bella", intervengo, suavizando mi tono. "¿Por qué no vas a enseñarle tu nuevo collar a la abuela? Le va a encantar."

"¡Vale, mami!" Bella se aleja saltando, sus rizos rebotando mientras se dirige a la cocina, dejándonos a Jake y a mí solos. Casi solos. Daniel se coloca a mi lado, su presencia firme y tranquilizadora como siempre. No ha dicho nada todavía, pero puedo sentir la tensión emanando de él como una tormenta a punto de estallar.

Los ojos de Jake se desvían hacia Daniel mientras se incorpora. Su sonrisa no llega a sus ojos cuando dice, "Tú debes ser Daniel."

"Así es", responde Daniel, su tono educado pero firme mientras extiende una mano. "Un gusto conocerte, Jake."

Jake duda un momento, luego toma la mano de Daniel. El apretón es más fuerte de lo necesario —competitivo, como si intentara demostrar algo. Daniel no se inmuta, sosteniendo su mirada con serena confianza. El aire entre ellos chispea con una hostilidad no expresada.

"Bonita decoración", dice Jake, soltando la mano de Daniel y señalando el ático. Su tono es casual, pero puedo oír el filo que esconde. "Un poco exagerado para el cumpleaños de una niña de cuatro años, ¿no crees?"

"Es lo que Bella se merece", responde Daniel con suavidad. "Emma y yo queríamos que fuera especial para ella."

Jake tensa la mandíbula. "Emma y tú. Claro."

Intervengo rápidamente, intentando disipar la tensión. "Todavía queda comida si tienes hambre."

La mirada de Jake vuelve a mí, y la comisura de su boca se curva en una sonrisa burlona que me hace hervir la sangre. "Sabes, Em", dice, con un tono demasiado familiar, "estaba pensando en la última vez que me encargué de uno de tus días especiales. ¿Recuerdas nuestro primer aniversario? Solos tú y yo en esa cabaña pequeña al norte. Ni siquiera querías salir de la cama. No podías quitarme las manos de encima."

"Jake, basta ya", siseo mientras siento a Daniel tensarse a mi lado.

Los ojos de Jake se desvían hacia Daniel y luego vuelven a mí, claramente disfrutando del momento. "Buenos tiempos, ¿no?"

"Por lo visto no tanto", interviene Daniel, con tono sereno. "Porque si mal no recuerdo, fui yo quien le dio a Emma su primer orgasmo de verdad."

La sonrisa burlona de Jake se desvanece. "¿Qué mierda acabas de decir?"

"Me has oído perfectamente." La voz de Daniel no vacila, sus ojos verdes clavados en Jake. "Y créeme, me he asegurado de que nunca haya tenido que conformarse con menos desde entonces."

"¡Ya basta, los dos!", digo, interponiéndome entre ellos. Mi corazón late con fuerza, la rabia y la vergüenza me encienden las mejillas. "Es el cumpleaños de Bella. Compórtense como adultos, por favor."

Daniel exhala, la dureza de su expresión suavizándose al mirarme. "Tienes razón, mi amor. Lo siento."

Jake resopla, negando con la cabeza. "Sí, seguro que lo sientes."

Lo fulmino con la mirada. "Jake, no hagas esto. Aquí no. Hoy no."

Su ceño se profundiza, pero no responde. En cambio, mira hacia la cocina donde resuena la risa de Bella, su expresión suavizándose por un momento. "Mejor me voy", murmura, pasando junto a mí.

"Jake, no te vayas", le llamo, con voz firme. Se detiene, girándose ligeramente. "Por favor, no le arruines esto. Ella te adora. Eso es lo que importa."

No responde, su mandíbula se tensa antes de dirigirse al ascensor. Lo veo marcharse, la tensión aún apretando mi pecho.

Daniel se acerca, su mano rozando mi espalda baja. "¿Estás bien?"

Asiento, aunque mis nervios siguen alterados. "Eso creo. Solo que odio que tenga que ser así."

Me atrae suavemente hacia él. "Siento cómo me he comportado. Estoy aquí para ti y para Bella. Pase lo que pase."

Sus palabras son un bálsamo para los bordes crudos de mi frustración, y me apoyo en él por un momento, permitiéndome respirar. "Gracias."

"Siempre", murmura antes de besarme la sien.

Mientras me giro hacia la cocina, la risa alegre de Bella me recuerda lo que es verdaderamente importante. Sin importar lo difíciles que se pongan las cosas, haré lo que sea necesario para proteger su felicidad.

19

EMMA

Ha pasado una semana desde la fiesta de cumpleaños de Bella, pero la tensión de aquel día parece que apenas comienza a disiparse.

Daniel y yo hemos intentado concentrarnos en los pequeños momentos: cómo brillaban los ojos de Bella al abrir sus regalos, las risas de los niños mientras corrían por su ático convertido en parque de juegos, pero la presencia persistente de Jake sigue rondando en mi mente.

Ahora, sin embargo, no tengo tiempo para pensar en eso. Mi estómago da un vuelco, una náusea que me despierta de golpe. Salto de la cama y apenas llego al baño antes de que todo suba violentamente.

La porcelana fría del inodoro me hiela las manos mientras me aferro a los bordes, temblando.

Escucho la voz de Daniel, adormilada pero llena de preocupación. "¿Emma?" El sonido de sus pasos se acerca hasta que está detrás de mí, su mano dibujando círculos lentos en mi espalda. "Mi amor, ¿estás bien?"

Intento hablar, pero la garganta me arde demasiado para decir algo coherente. En su lugar, niego con la cabeza, apoyándome contra su pecho cuando se arrodilla a mi lado. Su aroma—jabón limpio y algo únicamente suyo—me calma incluso cuando mi estómago se revuelve de nuevo.

"Has estado sintiéndote mal estos días", dice suavemente, apartando el cabello de mi frente sudorosa. "Creo que debería ir a buscar una prueba de embarazo.."

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros como un relámpago. Mi estómago se encoge por una razón completamente distinta ahora. Lo agarro del brazo cuando empieza a levantarse, tirando de él hacia abajo. "Espera, no te vayas."

Se agacha de nuevo, su mano acunando mi mejilla, su pulgar acariciando suavemente mi piel.

"Cariño, volveré enseguida. Solo será un momento."

Trago con dificultad, las palabras escapándose antes de que pueda contenerlas. "Tengo miedo, Daniel. ¿Y si da positivo?"

Sus ojos verdes se suavizan, y una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios. "Entonces supongo que tendré que casarme contigo antes de que acabe el día."

Mis ojos se agrandan, y por un segundo, creo que habla en serio. Entonces se ríe, su risa profunda y reconfortante. "Es broma, mi amor. Si estás embarazada, lo enfrentaremos juntos. Tú y yo. Podemos con esto."

Una risa suave y nerviosa se me escapa. "Vale."

Me besa la cabeza antes de levantarse. "Volveré antes de que te des cuenta. Intenta relajarte."

Lo veo marcharse, la amplitud de su espalda y cómo el pantalón de chándal le cae sobre las caderas hacen que mi pulso se acelere a pesar de las circunstancias. ¿Cómo logra verse tan bien sin esfuerzo? Incluso después de todo este tiempo, no puedo creer que sea mío.

Una vez que se va, me recompongo, empezando por una ducha caliente. El vapor alivia la tensión de mis músculos, y cuando salgo envuelta en una toalla, me siento un poco más humana. Después de lavarme los dientes y la cara, me pongo unos vaqueros y un suéter suave, algo acogedor que me hace sentir segura.

Entrar en la habitación de Bella siempre me hace sonreír. Daniel pasó horas convirtiendo esta habitación de invitados en un paraíso de princesas solo para ella: una cama con dosel rosa, lucecitas de hadas titilantes, estanterías llenas de sus libros y juguetes favoritos. Ver cuánto la adora me hace amarlo aún más.

"Bella", digo suavemente, acariciando sus rizos. "Es hora de despertar, mi amor."

Se mueve, su carita arrugándose antes de que sus ojos se abran poco a poco. "¿Mami?", murmura, su voz espesa por el sueño.

"Buenos días, mi niña. Vamos a desayunar, ¿vale?"

Bosteza y se estira antes de asentir, dejando que la ayude a ponerse las zapatillas peludas que insistió en traer de casa. La acomodo en la mesa mientras preparo el desayuno. Huevos revueltos con queso, tostadas con una fina capa de mermelada y un vasito de zumo de naranja. El aroma de la mantequilla derritiéndose en la sartén llena el aire, mezclándose con el sutil aroma del café.

"Mami, ¿podemos hacer tortitas mañana?", pregunta Bella, balanceando las piernas bajo la mesa.

"Claro", digo, sonriendo mientras pongo su plato delante de ella. "¿Te divertiste en tu fiesta?"

"¡Sí!", exclama, dando un mordisco a su tostada. "Daniel la hizo la mejor de todas. Lo quiero mucho, mami. Es muy bueno."

Mi pecho se encoge con sus palabras. "Yo también lo quiero, mi amor."

"¿Va a volver pronto?", pregunta.

"Volverá en cualquier momento." Le recojo el pelo en una coleta ordenada, besando su cabeza. "Termina tu desayuno, ¿vale?"

Justo cuando estoy aclarando los platos, las puertas del ascensor se abren. Daniel entra con una pequeña bolsa de farmacia, sus ojos buscando inmediatamente los míos.

"Ya está", dice, levantando la bolsa como si fuera un trofeo.

Mi estómago da otro vuelco, pero esta vez son los nervios. "Acabemos con esto de una vez."

Respiro hondo mientras vamos al baño.

Daniel me observa con una mirada firme y tranquila mientras saco el test del paquete, sus manos apoyadas en mis hombros. La más leve sonrisa roza sus labios, una mezcla de seguridad y diversión, mientras me muevo incómoda frente a él.

"No hace falta que te quedes ahí plantado para esta parte", digo, notando cómo me suben los colores.

Daniel sonríe, sin moverse ni un centímetro. "Te lo he dicho, estoy aquí para todo el proceso. No te vas a librar de mí."

Pongo los ojos en blanco, entre exasperada y divertida. "Vale, pero al menos date la vuelta. No puedo hacer esto contigo mirando."

Se ríe, levantando las manos en señal de rendición mientras se gira. "Vale, vale. Te doy privacidad. Pero recuerda, estoy aquí para lo que necesites."

El toque de humor en su voz ayuda a calmar mis nervios, y respiro hondo mientras hago lo que tengo que hacer. Una vez terminado el test, lo tapo antes de tocarle el hombro. "Ya está listo."

Se gira de inmediato, su mirada encontrándose con la mía. "Dámelo."

"¿Qué?", parpadeo, agarrando el palito. "Acabo de hacer pis en esto, al menos coge un pañuelo."

Se ríe suavemente. "Cariño, sabes que no me importa. Te quiero con todo, incluso con tus gérmenes." Extiende la mano, sus ojos verdes suaves pero insistentes.

Me río negando con la cabeza antes de poner el test en su mano extendida. "Estás loco, mi amor."

"Loco por ti", dice guiñándome un ojo.

Daniel coloca el test en el lavabo y saca su móvil. "Bien, temporizador puesto a tres minutos." Se acerca, sus manos encontrando mi cintura mientras me atrae hacia él. "Ahora a esperar."

La tensión en mi cuerpo disminuye ligeramente mientras apoyo la cabeza en su pecho. Sus latidos son firmes, fuertes y reconfortantes. Sus dedos trazan círculos suaves en mi espalda, y por un momento, parece que el mundo fuera de este baño no existe.

"Dios, ¿y si es positivo? Estoy tan nerviosa", susurro, mi voz apenas audible.

Levanta mi barbilla con su dedo, sus ojos verdes fijos en los míos con una intensidad serena. "Entonces lo resolveremos juntos", dice suavemente. "Tú, yo, Bella y este bebé. Somos un equipo, Emma. Nada cambia eso."

Me muerdo el labio inferior, abrumada por la sinceridad de su mirada. "¿Lo dices en serio?"

"Absolutamente", dice sin dudar. "Te amo, Emma. Amo a Bella. Y ya amo a esta pequeña semillita si está ahí dentro."

Río suavemente, parte de la tensión disipándose mientras sus palabras calan. "¿Una semillita?"

"¿No es así como se ven los bebés al principio? ¿Como pequeñas semillitas?" Sonríe, su expresión tan cálida y tranquilizadora que no puedo evitar devolverle la sonrisa.

El temporizador de su móvil suena, y se me encoge el estómago. Daniel aprieta suavemente mi cintura antes de apartarse para coger el test. "Allá vamos", murmura, recogiéndolo y estudiando la pantalla.

El silencio se alarga, cada segundo parece una eternidad. Entonces sus labios se separan, y se gira hacia mí, su rostro suave de asombro. "Emma", dice, su voz cargada de emoción. "Es

positivo. Vamos a tener un bebé."

Mis rodillas casi ceden, pero él está ahí al instante, rodeándome con sus brazos para mantenerme en pie. Las lágrimas ruedan por mis mejillas mientras presiono una mano contra mi vientre, asimilando la realidad. "Dios mío", susurro. "Está pasando de verdad."

"Así es", dice, rozando sus labios contra mi sien. "Eres increíble, ¿lo sabías? Vas a ser una madre maravillosa para este bebé, igual que lo eres para Bella."

Una mezcla de emociones se arremolina en mí—miedo, emoción, incredulidad—pero por encima de todo, amor. Amor por este hombre que me sostiene como si fuera lo más precioso del mundo, y amor por la pequeña vida que crece dentro de mí.

"Tengo miedo", admito, mi voz temblando.

"Lo sé", susurra, su mano acunando mi mejilla. "Pero no estás sola. Estoy aquí en cada paso del camino."

Me besa entonces, suave y lento, una promesa en cada movimiento. El beso se profundiza, y por un momento, el resto del mundo se desvanece.

"¿Mami? ¿Daniel?" La voz de Bella llega desde el salón, devolviéndonos a la realidad.

Nos separamos, riendo suavemente. Daniel me da un último beso en la frente antes de tomar mi mano. "Vamos."

Cuando salimos del baño, Bella está sentada en la mesa, con su tableta en las manos. Nos mira, sonriendo. "¿Puedo ver mi programa de princesas ahora?"

"Claro, mi amor", digo, besando sus rizos. Miro a Daniel, mi corazón hinchándose mientras le sonríe. "Y se lo diremos pronto", añado en voz baja.

"Cuando estés lista", dice, su voz firme.

Por ahora, somos solo nosotros tres—y un pequeño secreto que hace que nuestra pequeña familia se sienta aún más completa.

20

DANIEL

El murmullo apagado de las conversaciones y el suave tintineo de vasos llenan el bar cuando entro.

Es uno de esos lugares atrapados entre lo elegante y lo tosco—una barra de roble pulido junto a taburetes que claramente han conocido días mejores.

El aroma a cerveza rancia flota en el aire, mezclándose con el sabor más agudo del whisky. Jake ya está aquí, sentado al final de la barra con un vaso medio vacío frente a él. Su postura es tensa, los hombros cuadrados y la mandíbula apretada. Está esperando.

Respiro hondo y me acerco, saludando brevemente al camarero con un gesto antes de sentarme en el taburete junto a él. Jake no me mira de inmediato, sus dedos tamborileando un ritmo irregular contra su vaso.

"Jake", digo, manteniendo un tono tranquilo pero firme.."

Finalmente gira la cabeza, entrecerrando ligeramente los ojos mientras me observa. "Daniel", dice secamente. "No pensé que vendrías solo."

"¿Por qué traería a Emma a esto?", pregunto, arqueando una ceja. "Esto es entre nosotros."

Resopla, negando con la cabeza. "¿Estás seguro de eso?"

Me inclino hacia adelante, apoyando los brazos en la barra. "Mira, no vine aquí a pelear. Vine porque Emma está estresada por la tensión entre nosotros, y no necesita eso ahora."

La mano de Jake se tensa alrededor de su vaso, pero no responde inmediatamente. La tensión entre nosotros se siente como un cable pelado. El camarero pasa, y hago un gesto pidiendo agua,

intentando mantener las cosas lo más neutras posible.

"¿Crees que puedes simplemente entrar en la vida de Bella y todo estará bien?", dice finalmente Jake, su voz baja pero cortante. "¿Crees que puedes reemplazarme?"

"No es lo que intento hacer", respondo con calma. "No estoy aquí para reemplazarte. Sé cuánto te quiere Bella, y sé lo importante que eres para ella. Eso nunca va a cambiar."

Jake gira la cabeza, su expresión escéptica. "¿Entonces por qué estamos aquí?"

Respiro profundo, eligiendo mis palabras con cuidado. "Porque nos guste o no, ambos vamos a estar en la vida de Bella durante mucho tiempo. Y ahora... vamos a tener algo más que nos conecte."

Frunce el ceño, arrugando las cejas. "¿Qué coño significa eso?"

"Emma está embarazada", digo, con voz firme pero más suave ahora.

Por un momento, Jake solo me mira fijamente, su mandíbula tensándose mientras las palabras calan. Sus dedos dejan de tamborilear, todo su cuerpo quedándose inmóvil. Entonces suelta una risa amarga, negando con la cabeza. "Por supuesto que lo está."

"No es como si lo hubiéramos planeado", digo, tratando de mantener el tono defensivo fuera de mi voz. "Pero está pasando. Y pensé que merecías saberlo."

Jake se termina el resto de su bebida de un trago, golpeando el vaso contra la barra. "Tienes agallas, ¿sabes?"

"Quizás", admito. "Pero esto no se trata de ti o de mí. Se trata de Emma. Se trata de Bella. Y ahora, se trata también de este bebé."

Su mirada se clava en la mía, la ira destellando en sus ojos. "No finjas que me estás haciendo un favor, Daniel. Solo estás aquí para quedar como el más maduro ante Emma."

"No es eso", digo, inclinándome más cerca. "Estoy aquí porque la amo. Y sé cuánto desea que las cosas estén bien entre nosotros—por Bella. Estoy aquí porque estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para que ella sea feliz."

Jake me estudia por un largo momento, su expresión indescifrable. Luego hace un gesto al camarero pidiendo otra copa. "¿Y qué exactamente quieres de mí?"

"Quiero que encontremos la manera de llevarnos bien", digo simplemente. "No me voy a ir a ninguna parte, Jake. Tú tampoco. Así que podemos hacer esto más difícil de lo necesario, o podemos encontrar la manera de ser cordiales. Por Bella."

"Por Bella", repite, casi burlándose. "Has estado en la vida de Bella ¿cuánto—cinco minutos? ¿Y ahora crees que vas a ser un gran padrastro?"

"No lo creo", respondo, mi voz afilada ahora. "Lo sé. Me importa Bella, y voy a dar lo mejor de mí por ella. Eso no significa que esté intentando tomar tu lugar. Pero voy a estar ahí para ella, igual que estaré para este bebé."

Jake niega con la cabeza, soltando otra risa amarga. "¿De verdad crees que esto va a funcionar? ¿Tú y Emma jugando a la casita mientras yo me quedo al margen?"

"Nadie te está pidiendo que te quedes al margen", digo, mi paciencia agotándose. "Eres su padre. Siempre vas a tener un lugar en su vida. Pero yo también."

El camarero coloca otra copa frente a Jake, pero no la toca. Sus dedos se curvan alrededor del vaso, los nudillos blancos. "No lo entiendes, ¿verdad?", murmura. "Esto no se trata solo de Bella o Emma o tu maldito bebé. Esta es mi vida también. ¿Y ahora tengo que compartirla contigo?"

Mantengo su mirada, negándome a ceder. "Sí, tienes que hacerlo. Porque es lo mejor para todos. No tienes que caerme bien, Jake. Pero ambos vamos a tener un hijo con la misma mujer. Así que estamos atados el uno al otro por la próxima década, como mínimo. Puedes pelear conmigo a cada paso, o podemos encontrar la manera de que esto funcione."

Jake exhala bruscamente, sus hombros hundiéndose ligeramente. Por primera vez desde que entré, parece menos enojado y más... cansado. Toma su vaso pero no bebe, mirando el líquido ámbar como si contuviera todas las respuestas.

"¿Y qué piensa Emma de todo esto?", pregunta en voz baja.

"Quiere paz", digo honestamente. "No quiere que Bella quede en medio. Y yo tampoco."

Se queda en silencio por un largo momento, su mirada distante. Luego finalmente deja el vaso y me mira. "¿De verdad la amas?"

"Más que a nada", digo sin dudar.

Jake asiente lentamente, la ira en su expresión desvaneciéndose hacia algo más cercano a la aceptación. "De acuerdo", dice, con voz áspera. "Pero no pienses ni por un segundo que te lo voy a poner fácil."

Logro esbozar una pequeña sonrisa, extendiendo mi mano. "No esperaría menos."

Me mira la mano por un momento antes de estrecharla, su apretón firme pero menos confrontacional esta vez. "Por Bella", dice, casi a regañadientes.

"Y por Emma", añado.

La tensión entre nosotros no ha desaparecido del todo, pero se siente más ligera ahora, como el primer claro después de una tormenta. No es perfecto—probablemente nunca lo será—pero es un comienzo.

Al salir del bar, siento que me quito un peso de encima. Sé que Emma estaba muy nerviosa por esta reunión, pero también sé que es lo que ha estado esperando. Porque al final, esto no se trata solo de mí o de Jake—se trata de construir un futuro donde Bella y este bebé puedan crecer felices. Y ese es un futuro por el que vale la pena luchar.

EMMA

El suave clic de la puerta de Bella al cerrarse casi me resulta reconfortante.

Por fin se ha dormido después de un día lleno de programas de princesas y juegos de disfraces, y su respiración tranquila y acompasada detrás de la puerta me llena de paz. El sonido del ascensor me saca de mis pensamientos, y me giro para ver a Daniel entrando al ático.

Todavía lleva los vaqueros y el jersey a medida con el que se fue antes, las mangas remangadas hasta los codos.

Tiene el pelo ligeramente despeinado y verlo hace que mi corazón dé un vuelco. Hay determinación en su forma de cruzar la habitación, sus ojos fijos en los míos.

"Hola", digo suavemente, ajustando el lazo de seda de mi bata. La tela suave se desliza contra mi piel, y noto cómo su mirada baja por un momento, sus labios curvándose en una pequeña sonrisa.

"Hola, mi amor", murmura, acortando la distancia entre nosotros. Sus manos encuentran mi cintura mientras se inclina, dejando un beso prolongado en mis labios. Su boca está cálida y suave, y por un momento, me derrito contra él, mis manos posándose en su pecho.

Cuando se separa, hay algo diferente en su expresión—una calma, una sensación de resolución. "¿Cómo estuvo Bella esta noche?", pregunta.

"Estuvo genial", respondo, jugando distraídamente con el borde de su jersey. "Se fue a dormir feliz. ¿Qué tal tu... reunión?"

La sonrisa de Daniel cambia, una mezcla de alivio y algo más profundo. "Fue mejor de lo que esperaba."

Arqueo una ceja, ladeando la cabeza mientras lo observo. "¿Quieres decir que Jake no intentó pegarte?"

Se ríe, un sonido profundo y tranquilizador. "No hubo puñetazos. Aunque sí muchas miradas fulminantes."

"Las miradas puedo manejarlas", digo, deslizando mis manos hasta sus hombros. "¿Qué pasó?"

Respira hondo, sus manos aún en mi cintura mientras me atrae más cerca. "Le conté lo del bebé."

Mi corazón da un vuelco, y lo miro fijamente, mis dedos apretando ligeramente. "¿Tú... le contaste?"

Daniel asiente, sus ojos verdes serenos. "Necesitaba saberlo, Emma. Has estado tan preocupada por cómo decírselo, y pensé que sería mejor si yo me encargaba."

Parpadeo, asimilando lentamente las palabras. "¿Y cómo se lo tomó?"

"¿Al principio?", Daniel esboza una media sonrisa. "No muy bien. No estaba contento—conmigo, con nosotros. Pero entró en razón. Le dije que no intento reemplazarlo en la vida de Bella, que solo quiero ser un buen padrastro para ella. Y que te amo."

La última parte hace que se me corte la respiración. "¿Y no perdió la cabeza?"

"No del todo", dice Daniel, suavizando su voz. "Lo aceptó, Emma. Creo que se dio cuenta de que voy a estar en la vida de Bella durante mucho tiempo. Sabe que tiene que llevarse bien conmigo por el bien de todos."

Exhalo lentamente, una ola de alivio me invade. "No me lo puedo creer. Estaba segura de que se volvería loco."

"Yo también lo pensaba", admite Daniel, sus manos subiendo para acunar mi rostro. "Pero no fue así. Y ahora ya no tienes que preocuparte por eso."

Mis labios se curvan en una pequeña sonrisa mientras lo miro. "Hiciste esto por mí."

"Por supuesto que sí", murmura, su pulgar acariciando mi mejilla. "Haría cualquier cosa por ti."

El calor en su mirada me envía un escalofrío por el cuerpo, y antes de que pueda decir algo más, se inclina para besarme de nuevo. Esta vez es más profundo, más posesivo, sus manos bajan hasta mis caderas mientras me atrae completamente contra él. La seda de mi bata se siente casi

pecaminosa contra mi piel mientras sus dedos juegan con el lazo de mi cintura.

“¿Llevas esto solo para mí, verdad?” murmura contra mis labios, su voz es un ronroneo bajo que envía un calor ardiendo en mi estómago.

No puedo evitar la sonrisa que se forma en mis labios. “Tal vez,” susurro, dejando que mis manos se deslicen por su pecho, mis dedos jugueteando con el borde de su suéter. “¿Te gusta?”

Sus ojos verdes se oscurecen, y su agarre en mis caderas se intensifica. “Me encanta, joder.” Sin esperar respuesta, desata el lazo de mi bata, la seda se abre revelando la piel desnuda debajo. La forma en que me mira, hambriento y posesivo, hace que mi respiración se detenga.

“No llevas nada debajo,” murmura, sus dedos deslizándose por la abertura de la bata hasta rozar mi cintura. “¿Has estado caminando así, esperando a que llegue?”

Me encojo de hombros, mis labios se curvan en una sonrisa traviesa. “Tal vez.”

Él pierde el control. En un momento, sus manos están en mi cintura, y al siguiente, me sujeta del trasero, levantándome con facilidad contra él. Gimo mientras mis piernas se enredan instintivamente alrededor de su cintura, el roce duro de su erección contra mi centro a través de sus jeans. La aspereza del denim contra mi piel sensible solo intensifica el deseo que crece entre mis muslos.

“Me vuelves loco,” dice, su boca encontrando la curva de mi cuello, sus dientes rozando la piel sensible antes de succionar lo suficientemente fuerte como para dejar marca. Sus manos masajean mi trasero, presionándome con más fuerza contra él, y puedo sentir lo duro y listo que está a través de la tela.

“Daniel,” susurro, mis dedos se enredan en su cabello, tirando de su cabeza lo suficiente para capturar su boca. El beso es exigente, nuestras lenguas se entrelazan mientras nuestras respiraciones se vuelven más pesadas. Nos dirige hacia el dormitorio, mi espalda presionándose contra la fría pared.

“Dime cuánto me deseas,” exige, sus labios encendiendo un rastro de fuego a lo largo de mi clavícula, su mano deslizándose entre nosotros para acariciar mi coño. Sus dedos rozan mis pliegues húmedos, su toque es firme y tentador, enviando una oleada de calor a través de mi cuerpo.

“Te deseo,” suspiro, mis uñas clavándose en sus hombros mientras desliza un dedo dentro de mí, curvándolo justo en el lugar correcto. “Te necesito, Daniel.”

“Buena chica,” murmura, añadiendo otro dedo, estirándome de la manera más deliciosa. Su

pulgar rodea mi clítoris, lento y deliberado, llevando la tensión a un punto insoportable. “Tan mojada para mí. ¿Sabes lo difícil que es mantener las manos lejos de ti cuando luces así?”

No puedo responder, mi cabeza cae hacia atrás contra la pared mientras sus dedos me trabajan sin piedad. Mis caderas se mueven contra su mano, desesperada por más, el calor creciendo hasta niveles insoportables. “Por favor,” susurro, mi voz temblando. “Te necesito dentro de mí.”

“Aún no,” gruñe, retirando su mano a pesar de mi gemido de protesta. “Quiero saborearte primero.”

Me lleva al dormitorio, depositándome en la cama con una reverencia que contrasta con el hambre cruda en sus ojos. La bata se desliza de mis hombros, acumulándose a mi alrededor como seda líquida mientras abre mis piernas, acomodándose entre ellas.

Su boca está sobre mí antes de que pueda recuperar el aliento, su lengua separa mis pliegues y acaricia mi clítoris con una precisión que me hace arquear la espalda en la cama. “Joder,” grito, mis dedos aferrándose a las sábanas mientras lame y chupa, sus labios y lengua creando un ritmo que me hace perder la cabeza.

“Sabes tan bien,” dice contra mi piel, su voz amortiguada pero llena de deseo. Sus manos sujetan mis muslos, manteniéndome abierta mientras me devora, su lengua hundiéndose profundamente dentro de mí antes de volver a mi clítoris. Alterna entre suaves caricias y presión firme, llevándome al borde con cada movimiento.

“Daniel, estoy... oh Dios, voy a...” jadeo, mi cuerpo temblando mientras la tensión se enrolla más y más. Él no se detiene, sus movimientos se vuelven más urgentes, y cuando chupa fuerte mi clítoris, todo se rompe. Mi orgasmo me golpea, mis gritos llenan la habitación mientras mi cuerpo tiembla con ola tras ola de placer.

No se detiene hasta que estoy rogando, mi cuerpo demasiado sensible para soportar un segundo más. Cuando finalmente se aparta, sus labios brillando con mi excitación, me mira como si acabara de ganar la lotería. “Eres tan hermosa cuando te corres,” dice, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

Lo atraigo hacia mí, besándolo. Puedo saborearme en sus labios, y eso solo me hace desearlo más. Mis manos se mueven hacia sus jeans, luchando con el botón y la cremallera hasta que logro bajárselos junto con sus boxers. Su verga queda libre, gruesa y dura, y la visión me hace agua la boca.

“Tómame,” susurro, abriendo más las piernas mientras él se quita los jeans y se posiciona sobre mí.

“Eres mía, Emma,” gruñe, la punta de su verga rozando mi entrada. “Cada puto centímetro de ti.”

“Sí,” gimo, envolviendo mis piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo más cerca. “Soy tuya.”

Me penetra en un solo movimiento, llenándome por completo. El estiramiento es intenso, casi demasiado, pero es justo lo que necesito. Se queda quieto por un momento, su frente apoyada contra la mía mientras ambos recuperamos el aliento.

“Te sientes tan bien,” murmura, su voz tensa. “Tan perfecta.”

“Muévete,” le suplico, mis caderas buscando las suyas. “Por favor, Daniel.”

No me hace esperar. Sus embestidas son lentas y profundas al principio, cada una golpeando lugares dentro de mí que hacen que mis dedos de los pies se curven. Pero a medida que la tensión crece, su ritmo se acelera, sus caderas chocando contra las mías con una fuerza que hace crujir la cama bajo nosotros.

Mis uñas se clavan en su espalda mientras correspondo a sus movimientos, el sonido de nuestros cuerpos uniéndose llenando la habitación. “Más fuerte,” jadeo, y él obedece, conduciéndose dentro de mí con una intensidad que me deja sin aliento.

Su mano se desliza entre nosotros, su pulgar encontrando mi clítoris y frotándolo al ritmo de sus embestidas. La combinación es abrumadora, y puedo sentirme al borde de otro clímax. “Daniel, yo... oh Dios, voy a...”

“Córrete para mí,” gruñe, su voz cargada de mando. “Córrete en mi verga.”

Sus palabras me empujan al abismo, y grito su nombre mientras mi orgasmo me atraviesa, mis paredes apretándose alrededor de él. La sensación es demasiado, y su ritmo vacila mientras deja escapar un gemido profundo, embistiendo una última vez antes de derramarse dentro de mí.

Colapsamos juntos, nuestros cuerpos cubiertos de sudor, su peso reconfortante contra mí mientras recuperamos el aliento. Aparta un mechón de cabello de mi rostro, sus ojos verdes suavizándose mientras me mira. “Te amo,” murmura, presionando un beso suave en mis labios.

“Yo también te amo,” susurro, mi corazón lleno mientras lo abrazo con fuerza. Este hombre, esta vida... estamos construyendo algo hermoso juntos. Y no lo cambiaría por nada.

DANIEL

El coche se detiene suavemente en el largo camino bordeado de árboles, y echo un vistazo al retrovisor.

Bella está inclinada hacia adelante en su asiento elevador, sus rizos rebotando mientras estira el cuello para ver más allá de los árboles. Su emoción es palpable, sus pequeñas piernas balanceándose con anticipación.

"¿Ya casi llegamos, Daniel?", pregunta, con ese tono de impaciencia dramática que solo una niña de cinco años puede lograr.

"Casi, Bells", respondo, sonriendo mientras pongo el freno de mano. "Pero tienes que cerrar los ojos. Es una sorpresa."

Resopla pero obedece, apretando los ojos y cubriéndolos con las manos para mayor seguridad. A su lado, Aiden se mueve en su sillita, sus diminutas manos estirándose hacia el sonido de la voz de Bella. Con solo tres meses, es todo mejillas regordetas y rizos oscuros, una versión en miniatura de Emma en todos los sentidos.

Miro a mi derecha, donde Emma está sentada con el bolso del bebé sobre sus piernas. Lleva un vestido veraniego suelto que abraza sus curvas perfectamente, y verla me hace olvidar momentáneamente cómo respirar. Su pelo oscuro está recogido en un moño despeinado, mechones sueltos enmarcando su rostro radiante, y sus ojos color avellana brillan de curiosidad.

"Has estado muy misterioso toda la semana", dice, dándome un codazo juguetón. "¿Dónde estamos exactamente?"

Me inclino, besando su sien. "Ya lo verás pronto. Solo confía en mí, ¿vale?"

Su mirada se suaviza, sus labios formando una cálida sonrisa. "Siempre lo hago."

Salgo del coche y rodeo el capó, abriendo primero la puerta de Emma y ofreciéndole mi mano. La toma, sus dedos cálidos entre los míos, y compartimos una mirada que contiene mil promesas sin pronunciar. Luego me muevo para desabrochar el cinturón de Bella, ayudándola a salir mientras mantiene los ojos tapados.

"¿Ya puedo mirar?", se queja Bella, medio riendo mientras la guío hacia adelante.

"Todavía no", digo, mirando atrás para asegurarme de que Emma tiene a Aiden. Lo acuna contra su pecho, su carita pequeña acurrucada en su hombro. Incluso después de noches sin dormir y cambios de pañal interminables, nunca ha estado más hermosa.

Nos detenemos frente a la casa, y me tomo un momento para dejar que el peso del momento cale hondo. La mansión se alza ante nosotros, una obra maestra de diseño moderno y elegancia atemporal. Siete dormitorios, ocho baños, jardines extensos, y cada detalle que pude imaginar para hacer de esto el hogar perfecto para mi familia.

"Muy bien, Bella", digo, agachándome y quitando suavemente sus manos de sus ojos. "Ábrelos."

Su jadeo es inmediato, sus manitas volando a sus mejillas. "¡Guau!", exclama, girando sobre sí misma para verlo todo. "¡Es como un castillo!"

La reacción de Emma es más contenida pero no menos intensa. Da un paso adelante lentamente, sus ojos muy abiertos mientras observa las ventanas arqueadas, el balcón envolvente, el jardín perfectamente cuidado. Sus labios se entreabren, pero al principio no salen palabras.

"Daniel", finalmente susurra, volviéndose hacia mí con una mirada de incredulidad. "¿Esto es...?"

"Es nuestro", digo simplemente, deslizando un brazo alrededor de su cintura. "Bienvenida a casa, señora Hart."

Las lágrimas asoman a sus ojos, y niega con la cabeza maravillada. "¿Hiciste esto? ¿Por nosotros?"

"Por ti", murmuro, besando su frente. "Por Bella, por Aiden—por nuestra familia."

Bella tira del vestido de Emma, su carita iluminándose. "¡Mami! ¡Mira las ventanas! ¡Son enormes! ¿Y eso es una piscina allá atrás?"

Emma ríe. "Sí que lo es, princesa. ¿Puedes creerlo?"

Bella niega con la cabeza, sus rizos volando. "¡Este es el mejor día de mi vida!"

Me acerco a Emma, mi mano rozando su espalda baja. "¿Quieres ver el recorrido completo?"

Asiente, su sonrisa radiante, y los guío al interior.

En el momento en que cruzamos la puerta principal, Bella sale corriendo hacia adelante, sus chillidos de emoción haciendo eco en el vestíbulo de suelo de mármol. Aiden se remueve en brazos de Emma, su manita agarrando la tela de su vestido mientras ella lo mece suavemente.

La casa es todo lo que imaginé: luminosa y espaciosa, con techos altos y una distribución abierta. La cocina es el sueño de cualquier chef, completa con una isla enorme, hornos dobles y acabados modernos y elegantes. Bella se sube a uno de los taburetes de la isla, sus pies balanceándose mientras mira alrededor.

"Mami, ¿podemos hacer tortitas aquí?", pregunta, sus ojos brillando de emoción.

Emma ríe suavemente, acariciando los rizos de Bella. "Podemos hacer tortitas todos los días si quieres, mi amor."

El recorrido continúa por el amplio salón, la biblioteca llena de estanterías empotradas, y el gimnasio equipado con aparatos que sé que Emma mirará con escepticismo pero que secretamente adorará. Pero es el jardín el que realmente roba toda la atención.

Bella jadea cuando salimos a la terraza. "¡Daniel, mira! ¡Hay un tobogán que da a la piscina! ¡Y una cama elástica!"

"Te dije que sería mejor que un columpio", digo, sonriendo mientras ella sale disparada hacia la zona de juegos.

Emma se gira hacia mí, sus ojos brillando con lágrimas contenidas. "Has pensado en todo", dice, su voz cargada de emoción.

"Solo quiero que seáis felices", respondo, mi pulgar acariciando su mejilla. "Tú y los niños. Es lo único que importa."

Su mirada se suaviza, y puedo ver el reflejo del último año en sus ojos: la boda rodeados de amigos cercanos y familia, Bella lanzando pétalos de flores mientras Emma caminaba hacia mí, luciendo como un sueño absoluto. La forma en que Jake nos sorprendió apareciendo y llevándome aparte para estrecharme la mano, diciendo: "Se merece ser feliz. No la cagues como hice yo."

Jake y yo hemos logrado construir una amistad. Nos tomamos una cerveza juntos de vez en cuando, hablando de Bella y de la vida, y puedo notar que eso ha hecho las cosas más fáciles para Emma. Es una paz que no creí posible, pero por la que estoy agradecido cada día.

Más tarde esa noche, después de que Bella se haya dormido en su nueva habitación temática de princesas y Aiden esté acostado en su cuarto, Emma y yo nos sentamos en el balcón fuera de nuestro dormitorio. La noche está cálida, el aire impregnado con el suave aroma del jazmín del jardín de abajo. Se apoya contra mí, su cabeza descansando en mi hombro mientras bebemos champán.

"Este último año ha sido una locura", dice en voz baja. "Pero no cambiaría ni un solo momento."

"Yo tampoco", respondo, besando su pelo. "Y esto solo va a mejorar."

Levanta la cabeza, sus ojos color avellana encontrándose con los míos. "¿Cómo he tenido tanta suerte?"

"Me pregunto lo mismo cada día", digo, inclinándome para capturar sus labios en un beso. Empieza suave y lento, pero el calor de su boca contra la mía rápidamente enciende algo más profundo. Su mano se desliza por mi nuca, sus dedos enredándose en mi pelo mientras el beso se intensifica.

Cuando finalmente nos separamos, sus mejillas están sonrojadas y sus labios se curvan en una sonrisa. "Vamos a tener una vida maravillosa aquí, ¿verdad?"

"La mejor", prometo, atrayéndola más cerca. "Porque nos tenemos el uno al otro."

Mientras estamos ahí sentados, envueltos en los brazos del otro con el mundo en silencio a nuestro alrededor, sé que este es exactamente el lugar donde debo estar. Con Emma, con Bella, con Aiden—mi familia, mi todo.

El final gracias por leer.

¿Te ha gustado esta historia sobre Daniel y Emma? Entonces te encantará mi novela,

Vale el riesgo



Nunca pensé que ir a regañadientes a una fiesta cambiaría mi vida.

Lo que empezó como un favor a mi mejor amiga se convirtió en un torbellino del que no pude escapar.

Desde el momento en que Spencer Prescott me miró, sentí como si hubiera entrado en otro mundo: su mundo.

Fastuoso, magnético e irresistiblemente peligroso, Spencer no solo me atrae; me consume.

Pero enamorarse de un multimillonario no es tan sencillo como parece, especialmente cuando los celos y la traición acechan en cada esquina.

Ahora, hay una vida creciendo dentro de mí —una parte de ambos— y me pregunto: ¿Arriesgarlo todo por Spencer fue la mejor decisión que he tomado, o la que me destruirá?

Leer ahora! https://mybook.to/IcQJM



Capítulo 1 – DELILAH

Se me revuelve el estómago mientras el Honda de Chloe sube por el sinuoso camino de entrada.

Cuando me dijo que iríamos a un lugar elegante, me imaginé un bar en la azotea o quizás ese nuevo club del que todos hablan. Pero ¿esto? Esto es algo completamente diferente.

"Ay, Dios mío", susurro, pegando la nariz contra la ventanilla del copiloto. "Chloe, ¿qué demonios es esto?"

La mansión se alza frente a nosotras, con sus relucientes ventanales y columnas de piedra bañadas en luz dorada.

"¿Por qué crees que te hice comprar ese vestido?", Chloe me lanza una mirada de reojo, sus labios rojos curvándose en una sonrisa maliciosa. La misma sonrisa que tenía cuando me arrastró a esa boutique el fin de semana pasado, insistiendo en que necesitaba algo "espectacular." El vestido de seda verde esmeralda costaba más que mi alquiler mensual, pero Chloe no me dejó salir sin él.

"Pensé que tal vez íbamos a un club elegante", mis dedos juegan con los delicados abalorios de mi cintura. "No... lo que sea que es esto."

"Solo confía en mí", sonríe, golpeando el volante con sus uñas perfectamente arregladas. "Escucha, si Vanessa pudo hacerlo, ¿por qué nosotras no?"

"¿Vanessa?", arqueo las cejas. "¿Qué tiene que ver ella con esto?"

"¿Recuerdas lo quebrada que estaba? Trabajando en dos empleos y viviendo en ese minúsculo estudio con el aire acondicionado dañado", los ojos de Chloe brillan en la oscuridad. "Y ahora mírala. Casada con el señor banquero de inversiones, publicando fotos desde las Maldivas mientras nosotras seguimos aquí, matándonos a trabajar y haciendo turnos dobles en el restaurante. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?"

Resoplo. "Apenas respondió mi mensaje hace tres semanas. Algo sobre estar demasiado ocupada planeando su viaje a Mónaco."

"Exacto", Chloe se detiene en la entrada circular. "Estoy cansada de ser la que sirve el vino en lugar de beberlo. Esta noche, voy a encontrarme un marido rico."

"Estás bromeando, ¿verdad?"

"¿Te parece que estoy bromeando?", apaga el motor y se gira para mirarme. "Llevo cuatro años sirviendo a niños ricos privilegiados en el restaurante. ¿Sabes cuánto me dejaron de propina ayer? Cinco dólares por una cuenta de cien. Cinco. Dólares." Sacude la cabeza. "Mientras tanto, Vanessa publica fotos de su nueva casa de verano."

"Chloe..."

"Hablo en serio, Delilah. Estoy harta de estar quebrada. Harta de hacer turnos dobles. Harta de ver a otros vivir la buena vida mientras yo apenas puedo pagar el alquiler." Se revisa el labial en el espejo retrovisor. "Y honestamente, tú también deberías pensarlo."

Un valet uniformado abre mi puerta antes de que pueda responder. El aire nocturno golpea mis hombros desnudos, trayendo consigo el aroma de perfumes caros. La música desciende desde arriba: el elegante sonido de un cuarteto de cuerdas en vivo.

Mi tacón se tambalea al bajar.

Frente a nosotras, una gran escalinata conduce a unas enormes puertas dobles que permanecen abiertas, derramando luz cálida en la noche. Gente hermosa con ropa costosa entra y sale.

"Chloe", susurro mientras ella enlaza su brazo con el mío. "No pertenecemos aquí."

"Todavía no", comienza a subir las escaleras, arrastrándome con ella. "Tal vez pertenezcamos aquí para el final del verano, con anillos de compromiso de diamantes a juego." Me guiña un ojo. "Vamos, ¿qué tienes que perder?"

Echo un último vistazo a la entrada, donde el coche de Chloe desaparece entre los vehículos de lujo. Mi corazón late acelerado, pero algo más crece bajo el pánico: una pequeña chispa de curiosidad.

"Está bien", digo, enderezando los hombros. "Pero cuando todo esto salga mal, me debes una cena."

Chloe se ríe mientras cruzamos esas intimidantes puertas. "Trato hecho. Ahora, vamos a buscarnos unos millonarios."

Dentro, el salón de baile se extiende ante nosotras como un mar de vestidos de diseñador y trajes perfectamente cortados.

Mi corazón sigue acelerado, y aprieto más mi pequeño bolso de mano.

Dos enormes candelabros de cristal bañan todo en una luz cálida, haciendo que incluso las burbujas del champán brillen mientras los camareros se mueven expertamente entre la multitud.

"Deja de parecer tan nerviosa", susurra Chloe, tomando dos copas de una bandeja que pasa. Me pone una en la mano. "Solo sonríe y asiente cuando alguien mencione la bolsa de valores."

Tomo un sorbo, tratando de calmarme.

Todos a nuestro alrededor se mueven con tanto propósito, tanta pertenencia.

Una mujer a mi izquierda habla sobre sus planes de verano en Francia. Un hombre con un esmoquin perfectamente planchado discute sobre su nueva propiedad de inversión. Yo ni siquiera he descubierto cómo invertir mis escasos ahorros.

"No debería estar aquí", le susurro a Chloe. "Solo soy una mesera."

"No por mucho tiempo", susurra ella.

Un camarero nos ofrece algo que no puedo pronunciar en pequeñas cucharas de plata. Chloe toma una con gracia. Yo niego con la cabeza, aterrada de que se me caiga sobre mi vestido nuevo.

"Dios, Delilah, necesitas relajarte." Los ojos de Chloe recorren la sala mientras habla. "Eres joven, hermosa y soltera. Eso es todo lo que importa en un lugar como este."

"Tal vez para ti." Jugueteo con el tirante de mi vestido. "Has tenido todo esto planeado desde la preparatoria. Encontrar un marido rico, tener hijos perfectos y pasar el verano en los Hamptons. Yo ni siquiera sé qué haré la próxima semana."

"Soy práctica", dice, sin dejar de mirar alrededor. "Sé lo que quiero y..." Se detiene de repente, con los ojos fijos en algo al otro lado de la sala. "Ay, Dios mío."

"¿Qué?"

"No mires ahora, pero junto al bar. El tipo alto del traje gris. Pelo rubio miel."

Espero unos segundos antes de mirar.

El hombre que ha visto está ligeramente apartado de la multitud, irradiando ese tipo de confianza

que solo viene con el dinero antiguo y la buena crianza.

Su traje probablemente cuesta más que todo mi guardarropa. Es mayor, tal vez a mediados de los treinta, pero de esa manera distinguida que solo parece hacer más atractivos a los hombres ricos.

"Es él", suspira Chloe. "Es literalmente él."

"¿Él quién?"

"Dios, D, ¿vives bajo una roca? Multimillonario tecnológico. Comenzó una empresa en su garaje que revolucionó algo o lo que sea." Ya se está retocando el labial usando la cámara de su teléfono. "Y actualmente muy, muy soltero."

"Chloe, no." La agarro del brazo. "No puedes simplemente..."

"Observa y aprende." Se alisa el vestido y se echa el pelo sobre un hombro. "Voy a presentarme. Y luego me voy a casar con él."

"Estás loca."

"Soy ambiciosa." Empieza a alejarse, luego se da la vuelta. "No te preocupes, te enviaré un mensaje si necesitas buscar otra forma de volver a casa."

"¿Qué? ¡Chloe!" Pero ya se está deslizando entre la multitud, dejándome sola con dos copas de champán y un creciente pánico.

Dejo las copas en una mesa cercana, tratando de parecer que pertenezco aquí.

Un grupo cerca de mí está discutiendo sobre casas de vacaciones en la Toscana.

Otra pareja habla sobre la matrícula de la escuela privada de sus hijos. Me dirijo hacia el borde de la sala, buscando un lugar menos conspicuo donde esconderme.

Pasan veinte minutos. Reviso mi teléfono repetidamente, pero no hay señal aquí.

La multitud parece estar creciendo, el nivel de ruido aumentando a medida que llegan más invitados. No reconozco ni una sola cara.

Un camarero se detiene para ofrecerme otra bebida.

Cuando extiendo la mano, me tiembla ligeramente y golpeo la bandeja. El champán se derrama sobre el borde, salpicando el suelo de mármol.

"Lo siento mucho", balbuceo, agarrando una servilleta para ayudar a limpiar. Cuando me enderezo, me doy cuenta de que varias personas me están mirando. El calor me sube por el cuello.

Necesito aire, espacio, algo. Veo unas puertas francesas que conducen a lo que parece una terraza y empiezo a dirigirme hacia ellas.

Detrás de mí, escucho una risa aguda que suena como Chloe.

Me giro para mirar, y ahí está ella, con una mano apoyada en el brazo de Spencer Prescott mientras cuenta alguna historia que estoy segura que se inventó. Ya se ha abierto camino en su órbita, exactamente como lo planeó.

Empujo las puertas hacia la terraza.

El aire nocturno es fresco contra mi piel acalorada. Abajo, los jardines se extienden en la oscuridad, salpicados de luces paisajísticas cuidadosamente dispuestas. Me agarro a la balaustrada de piedra, respirando profundamente.

¿Qué estoy haciendo aquí? Debería estar en casa en mi pequeño apartamento de Brooklyn, viendo programas de telerrealidad y comiendo pizza.

En cambio, estoy en una fiesta donde no conozco a nadie, no puedo permitirme nada y no pertenezco en absoluto. Y ahora mi transporte está ocupada coqueteando con un multimillonario.

Esto fue un error. Toda esta noche fue un error.

Leer ahora! https://mybook.to/IcQJM

Anteprima: Sé mía



Una mirada fugaz a través de un club nocturno repleto no debía poner mi mundo entero de cabeza.

Entre interminables turnos en la cafetería y cuidar de mi madre y mi hermana, había renunciado a la idea del romance.

Entonces apareció Grayson Holt. El tipo de hombre que exige atención sin intentarlo, que te observa con esos intensos ojos verdes como si pudiera derribar todas las defensas que has construido.

Me dije a mí misma que debía huir, que alguien como él solo complicaría mi vida ya desordenada. Pero su tacto encendió mi piel, y cuando me besó, todas mis defensas cuidadosamente construidas se desmoronaron.

Ahora estoy atrapada entre mi mundo de facturas vencidas y turnos de medianoche, y su reino de sábanas de seda y control absoluto.

Lo que más me aterroriza no es adentrarme en su mundo de poder... es saber que podría nunca querer irme.

Leer ahora! https://mybook.to/AGpt



Capítulo 1 – KIMBERLY

Mis pies se arrastran por el concreto agrietado de nuestra entrada mientras estaciono mi maltrecho Honda Civic.

El reloj del tablero parpadea mostrando las 9:47 PM, y mis músculos gritan después de doce horas cargando platos y esquivando clientes manoseadores en la cafetería de Pete. Es entonces cuando veo el Civic rojo cereza de Bianca estacionado torcidamente cerca del garaje, y mi agotamiento se evapora como el rocío de la mañana.

"Maldita sea, otra vez no", susurro, apretando el volante hasta que mis nudillos se ponen blancos.

Esta es la tercera vez este mes – no, la cuarta si cuentas aquel domingo por la mañana cuando apareció al amanecer con el rímel corrido por las mejillas y las manos temblorosas.

Nuestra pequeña casa estilo artesanal se ve cansada bajo la luz parpadeante de la calle, su pintura verde menta pelándose como una quemadura solar vieja. Las canaletas caídas y las persianas desgastadas cuentan la historia de veinte años de promesas de "lo arreglaremos el mes que viene."

Pienso en el sobre con las propinas guardado en mi bolso – tal vez esta semana finalmente pueda reemplazar esa luz del porche rota que hace que cada regreso nocturno parezca la escena inicial de una película de terror. Aunque el aviso de mora de la compañía eléctrica que vi sobre la mesa

esta mañana podría tener otros planes para ese dinero.

Los escalones del porche crujen bajo mi peso – siempre lo han hecho, incluso cuando era niña. El sonido solía volver loco a papá antes de que decidiera que arreglar piscinas en Phoenix era más importante que arreglar a su familia aquí.

Me detengo en la puerta principal, con la llave suspendida cerca de la cerradura. Hay marcas de rasguños frescos que estropean la pintura alrededor del ojo de la cerradura, y mi estómago se encoge. Bianca debió estar temblando cuando llegó.

Cuando entro, el caos me golpea como una pared física. Los platos están apilados en el fregadero, visibles a través de la entrada de la cocina. Vasos y revistas al azar cubren todas las superficies, y una pila de facturas sin abrir se derrama sobre la mesa de café como una cascada de papel.

La televisión murmura algún programa de telerrealidad que nadie está viendo, y el aroma familiar del vino blanco de mamá se mezcla con algo metálico que hace que mi corazón se salte un latido. Necesito tomar algunos turnos extra esta semana – la pila de sobres rojos no se está haciendo más pequeña, y el salario de maestra de mamá apenas alcanza para la comida estos días.

"¿Bianca?", llamo, dejando que mi bolso se deslice de mi hombro sobre la mesa tambaleante de la entrada. "¿Mamá?"

Están en la sala de estar, exactamente como temía. Bianca está posada en el borde de nuestro antiguo sofá floral como un pájaro herido listo para emprender el vuelo. Mamá se cierne sobre ella con un paño húmedo, balanceándose ligeramente mientras le limpia el labio. Sus movimientos son demasiado cuidadosos, demasiado controlados – como se pone cuando está tratando de ocultar cuánto ha bebido. Una botella de vino vacía se asoma detrás de una pila de revistas viejas, y su copa actual está al alcance de su mano sobre la mesa de café, casi vacía. No hay sorpresa ahí.

"Ay, Dios, Bianca.» Las palabras se me escapan en un suspiro mientras observo el labio partido de mi hermana, que ya se está hinchando morado en la esquina. Una delgada línea de sangre seca se extiende hasta su barbilla y algo protector cobra vida en mi pecho.

El cabello rubio miel de Bianca cae hacia adelante como una cortina, pero capto la vergüenza en sus ojos bajos, el ligero temblor en su labio inferior. Lleva uno de sus conjuntos de diseñador – un suéter de cachemir rosa pálido que probablemente cuesta más de lo que gano en dos semanas en la cafetería. Otro regalo de Carlos, sin duda. Siempre se vuelve generoso después de perder el control.

"Kimmy.» Su voz suena pequeña, nada parecida a mi vibrante hermana mayor que solía

ahuyentar a los matones del patio de recreo y enseñarme a hacerme trenzas francesas. "No quería que vieras—" Se detiene, tragando con dificultad.

Cruzo la habitación en tres pasos rápidos, esquivando cuidadosamente una pila de ropa sin doblar, y me arrodillo frente a ella. De cerca, puedo ver el ligero temblor en sus manos mientras retuerce el dobladillo de su suéter. Un hábito de la infancia – solía hacer lo mismo con su uniforme escolar cuando estaba nerviosa por un examen.

"¿Qué pasó?", pregunto, aunque ya lo sé. Siempre es la misma historia con diferentes signos de puntuación – moretones en lugar de ojos negros, labios partidos en lugar de dedos rotos.

La mano de mamá se aprieta alrededor del paño, sus movimientos volviéndose menos coordinados mientras su fachada se desmorona. Bajo la dura luz del techo, puedo ver el pronunciado balanceo en su postura, el profundo rubor en sus mejillas que habla de mucho más que solo dos copas de vino. "Ese bastardo perdió los estribos otra vez", escupe, pero su toque sigue siendo suave mientras limpia el labio de Bianca.

"No fue así." La voz de Bianca adquiere esa cualidad de ensueño que me aterra – la que significa que ya está reescribiendo la historia en su cabeza. "No debí presionarlo sobre el dinero que falta. Ha estado tan estresado por el trabajo, y sabía que estaba teniendo un mal día, pero seguí haciendo preguntas—"

"Para." Agarro sus manos, obligándola a mirarme. Su piel se siente fría a pesar de la cálida noche de primavera. "Bianca, escúchate. Esto no es tu culpa. Carlos es un adicto que se vuelve violento cuando está drogado. No puedes seguir poniendo excusas por él."

Las lágrimas se acumulan en sus ojos color avellana – mucho más claros que los míos color miel oscuro. A veces la gente tiene problemas para creer que somos hermanas hasta que nos ven sonreír. Tenemos los mismos hoyuelos, heredados de un padre que nunca se quedó el tiempo suficiente para verlos aparecer.

"No entiendes", susurra, y odio la nota suplicante en su voz. "Él me ama. Realmente está tratando de limpiarse esta vez. Ayer, incluso habló de ir a reuniones, y tiró todas sus—"

"¿Como las tiró el mes pasado?", interrumpe mamá, sus palabras arrastrándose ligeramente a pesar de su evidente esfuerzo por sonar sobria. Deja su copa con más fuerza de la necesaria, y el líquido rojo salpica sobre el borde hacia un estado de cuenta de tarjeta de crédito sin pagar. "¿O el mes anterior? Jesucristo, Bianca, te va a matar uno de estos días."

Bianca se estremece como si las palabras de mamá fueran golpes físicos. "¡Eso no es justo! No lo ves cuando está sobrio. Es tan dulce, tan arrepentido. Me compra cosas, me lleva a restaurantes bonitos—"

"Con dinero que probablemente robó de tu cuenta conjunta", no puedo evitar intervenir, pensando en mi propio miserable saldo bancario y la creciente pila de facturas. "La cuenta que sigue quedándose vacía aunque ambos tienen trabajo."

"Estás celosa", Bianca responde bruscamente, pero no hay verdadero calor detrás de sus palabras. Solo desesperación. "Celosa de que tengo a alguien que me ama, que quiere cuidarme —"

"¿A esto le llamas cuidarte?", señalo su labio, y ella se encoge. "Bianca, por favor. Esto no es amor. Esto es abuso, y te mereces algo mucho mejor."

"No puedo." Su voz se quiebra. "No puedo dejarlo. No entiendes lo mucho que está intentándolo." Se levanta de repente, tambaleándose ligeramente. "Solo necesito descansar. Todo estará mejor mañana. Probablemente está muy preocupado por mí ahora mismo."

"Bianca, mi amor—" Mamá intenta alcanzarla, tropezando ligeramente y sosteniéndose en el brazo del sofá. Pero Bianca ya se dirige hacia la habitación de invitados – la que todavía tiene un cajón lleno de su ropa de la última vez que juró que había terminado.

La puerta se cierra con un suave clic que de alguna manera duele más que si la hubiera azotado.

Me hundo en el sofá, presionando las palmas contra mis ojos ardientes. Los resortes crujen debajo de mí, y capto un aroma del perfume caro de Bianca mezclado con el vino de mamá.

Cuando abro los ojos, mamá está mirando fijamente su copa como si pudiera contener respuestas, sus dedos temblando ligeramente mientras la levanta hacia sus labios.

"¿Cuántas veces vamos a hacer esto?", pregunto suavemente, mirando la pila de facturas sobre la mesa y calculando cuántos turnos extra necesitaría tomar para hacer mella en ellas.

Mamá toma un largo sorbo antes de responder, fallando ligeramente al llevar la copa a su boca. "Hasta que ella decida que ya tuvo suficiente. O hasta que él la mate." Su voz se quiebra en la última palabra. "Debí haberlo hecho mejor con ustedes, chicas. Debí haberles mostrado cómo es el amor verdadero en lugar de—"

"Mamá, no." Alcanzo su mano, estabilizándola mientras deja su copa. "Hiciste lo mejor que pudiste después de que papá se fue."

Ella aprieta mis dedos, pero puedo ver que ya está derivando hacia la cocina donde espera otra botella de Chardonnay.

Algunas noches me pregunto si todas somos adictas de diferentes maneras – Bianca a Carlos,

mamá a su vino, y yo a la esperanza de que de alguna manera pueda arreglarlas a ambas.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo, haciéndome saltar. La pantalla se ilumina con un mensaje de Amy.

Amy: *"CHICA. Noche de fiesta. No es negociable."*

Me quedo mirando el texto.

Yo: *"Estoy lidiando con asuntos familiares."*

La respuesta es inmediata.

Amy: *"Siempre estás lidiando con asuntos familiares, que es exactamente por lo que necesitas esto. O te encuentro en Lumière o paso por ti en 20 minutos. Tú eliges.* 💊*"*

Miro hacia el cuarto de huéspedes donde

Bianca probablemente está llorando sobre su almohada, luego hacia la cocina donde mamá seguramente se está sirviendo otra copa.

La casa se siente pesada con palabras no dichas y errores repetidos, botellas de vino vacías y facturas sin pagar, y de repente no puedo respirar.

Yo: *"Dame 30 minutos. Te veo allá."*

En mi habitación, me paro frente a mi clóset, apartando camisas de uniforme y ropa sensata de trabajo hasta que lo encuentro – el vestido negro que me compré durante las rebajas de fin de temporada.

Es sencillo pero sexy, con un escote de corazón que muestra el suficiente escote para ser interesante sin parecer desesperada. La tela abraza mis curvas de una manera que me hace sentir poderosa en lugar de solo bonita.

Me tomo mi tiempo con el maquillaje, concentrándome en el ritual de transformación.

Las ondas oscuras de mi cabello caen más allá de mis hombros mientras trabajo con la plancha rizadora, cada sección liberando una breve nube de vapor.

Delineo mis ojos color miel con sombra ahumada, dejando que el color se intensifique lentamente hasta que mi mirada parece misteriosa en lugar de cansada.

Una pasada de mi mejor labial rojo completa el look – ese que cuesta demasiado pero me hace sentir que podría conquistar el mundo.

El espejo refleja a alguien que no se parece en nada a la chica que pasó doce horas sirviendo café y esquivando proposiciones de camioneros. Esta versión de mí se ve peligrosa, intocable. Tal vez esta noche pueda pretender ser ella por unas horas.

"Voy saliendo", digo suavemente, deteniéndome junto al cuarto de huéspedes. "¿Llámame si necesitas algo?"

El silencio responde, pero sé que Bianca está despierta. Siempre tiene problemas para dormir después de noches como estas.

El viaje a Lumière toma veinte minutos, cada kilómetro poniendo un poco más de distancia entre yo y el peso del hogar.

El club se alza como un oasis brillante en el vecindario industrial, su fachada Art Deco prometiendo escape. La fila se extiende por la esquina, pero Amy ya me envió mensaje diciendo que estamos en la lista.

Adentro, el bajo retumba en mis huesos, lo suficientemente fuerte para hacer vibrar mis dientes. Las lámparas de cristal cuelgan de techos artesonados, proyectando luz prismática sobre la multitud de abajo. El aire huele a perfume caro y whisky aún más caro, con matices de sudor y desesperación.

Amy saluda desde su lugar en la barra de mármol, ya presidiendo con una copa de champán en su mano perfectamente manicurada. Parece salida de una revista con su vestido rojo ceñido al cuerpo.

"¡Por fin!", exclama mientras me abraza. "Dios, te ves increíble. ¿Ves? Esto es exactamente lo que necesitabas."

Antes de que pueda responder, me pone algo azul eléctrico en la mano. El vaso está frío contra mi palma, y el líquido en su interior brilla como una nebulosa.

"Bebe", ordena. "Luego bailamos hasta que olvidemos nuestros nombres."

Tomo un sorbo, dejando que el dulce ardor del alcohol se lleve el sabor metálico de preocupación que ha estado en mi lengua toda la noche. La multitud se divide y surge a nuestro alrededor como una marea brillante, y por un momento, me permito creer que esta noche realmente podría hacer una diferencia.

Es entonces cuando lo veo al otro lado de la barra.

Está sentado en la sección VIP como un rey, pero no hay nada relajado en su postura. Incluso recostado en un reservado de cuero, irradia poder contenido.

La luz ambiental juega sobre los planos de su rostro – todos pómulos afilados y mandíbula fuerte – mientras sus ojos verde claro observan a la multitud con un enfoque depredador. Lleva un traje gris carbón que probablemente costó más que mi auto. Su cabello castaño es corto y está perfectamente peinado, sin un solo mechón fuera de lugar a pesar del calor del club.

Levanta su vaso de líquido ámbar a sus labios, y observo su garganta mientras traga.

El calor florece en mi pecho y no tiene nada que ver con mi bebida y todo que ver con la forma en que flexiona su antebrazo, revelando un reloj costoso y un vistazo de un tatuaje que desaparece bajo su puño.

Entonces su mirada se encuentra con la mía, y el mundo deja de girar.

Leer ahora! https://mybook.to/AGpt

¡Gracias!

¡Espero que hayas disfrutado de la historia de amor de Daniel y Emma!

Como autor romántico recién establecido, ¡me gustaría agradecerle por tomarse el tiempo para leer mis novelas!

Su apoyo significa el mundo absoluto para mí. ¡Espero poder traerte más romances increíbles en el futuro!

Si te gustó esta historia, déjame una reseña en Amazon y sigue mi página de Amazon Author para que puedas encontrar mis nuevos lanzamientos.

Gracias de nuevo, ¡eres muy apreciada!

xoxo,

Nomaya Jax